



JANA
WESTWOOD

Retorando
al destino

Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Agradecimientos](#)

[Los pecados heredados](#)

Retando
al destino
Jana Westwood

© Jana Westwood

Portada: Jana Westwood

1ª Edición: octubre de 2017

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright

Capítulo 1

El senador Julio Dante se colocó en el atril dispuesto a torpedear una brillante carrera política delante de todo el país.

Su mejor amigo lo observaba desde el *backstage* con el corazón latiendo desbocado en su pecho. Sabía que lo que iba a hacer era una estupidez. Acababa de salir elegido senador por Toledo, ¿por qué arrojarlo todo por la borda?

Julio miró a Matías y pudo leer la súplica en sus labios: *Por favor, no lo hagas*. Su mejor amigo supo por su mirada que no iba a detenerse. ¿Cuántas veces había dicho Julio, cuando empezaron en eso de la política, que no podías salvar a todos todo el tiempo? *La política está para intentar ayudar al máximo de personas posible*, solía decir. ¿En qué iba a ayudar eso a nadie?

Pero eso fue antes de que Julio sostuviera la mano de aquella pobre mujer a la que habían mandado a su casa desde el hospital. Antes de que se cruzara con ella en la calle y tuviese el tiempo justo de sostenerla cuando se desplomaba. Durante media hora le sostuvo la mano esperando que llegara la ambulancia. Apenas podía hablar, pero pudo decirle lo suficiente. Eran cosas que él ya sabía, que había leído en la prensa o escuchado en la radio, pero no es lo mismo escucharlo en las últimas palabras de una moribunda.

La luna bañaba con su pálida luz el rostro de la anciana cuando finalmente cerró los ojos para siempre, pero a él lo había cambiado irremediablemente. No se dio cuenta enseguida. La ambulancia llegó demasiado tarde y lo relevaron de su amarga tarea. Le dijo a la policía lo que había pasado, después de identificarse, y le dejaron irse.

Cuando llegó a su casa, en la zona alta de Madrid, se sirvió whisky en un vaso. Demasiado whisky.

Esa noche durmió mal, inquieto, en su enorme cama de dos metros y medio. Por la mañana se levantó temprano, como siempre, se duchó y recibió a Matías, que llegó con su buen humor de siempre.

—¿Has dormido solo? —preguntó echando un vistazo a su habitación. Después lo miró con el ceño fruncido—. Chico, haces cara de haber pasado muy mala noche.

—He pasado muy mala noche. —Julio bebió un largo trago del zumo de naranja que acababa de exprimir—. ¿Quieres?

Matías arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Tu madre debería verte. —Sonrió—. Estaría orgullosa de su niño,

tomando zumo natural todas las mañanas.

Aquella mención a su madre retorció las entrañas de Julio, que se dio la vuelta para que su amigo no se percatase.

—Mi madre estaría orgullosa de mí hiciese lo que hiciese. —Se llevó el vaso de zumo a la boca de nuevo.

—También es verdad —dijo Matías—. Y no solo tu madre. También tu abuela, tu hermana y tu legión de admiradoras.

Julio torció una sonrisa. Únicamente había tenido una relación seria y solo le duró nueve meses. No era porque él no quisiera, simplemente no había encontrado a la mujer adecuada. Su aspecto jugaba en su contra. Era un hombre atractivo, realmente guapo, y su físico atraía a un tipo de mujeres con el que él no se sentía cómodo.

Matías aún se acordaba de la terrible Dolores. Se había esforzado con demasiado ahínco llegando, incluso, al acoso. Pero Julio no era capaz de echarla de su vida sin más y eso estuvo a punto de costarle un disgusto de los grandes. Cuando finalmente lo hizo, ella se dedicó a decirle a todas las mujeres de Madrid que no podían confiar en él.

—Dadle lo que quiere y dejaréis de interesarle —dijo en medio del salón del Palacio de Pozo Frío, en el que Julio celebraba la fiesta de Noche Vieja, después de tirar un vaso contra el aparato de música para que se la oyese bien. Después se fue dando un portazo y nunca volvió. Al menos se libraron de ella.

—Parece que no le gustan las mujeres fáciles —dijo Silvia, la hija del ministro de Cultura, a lo que todos los que estaban con ella rieron.

—Estoy dispuesta a comprobarlo —había dicho Marlene, la modelo que iba a protagonizar una película de Alex de la Iglesia.

Matías todavía se preguntaba si Julio había aceptado aquella proposición tan tentadora. Nunca alardeaba de sus conquistas. Sabía que entre las señoras se hablaba mucho de su amigo. Incluso había escuchado a las ujieres del senado llamarlo Jon Nieve hablando entre ellas y suspirar con devoción para enfado de sus colegas masculinos.

—Julio ha nacido para ser devorado en la cama; superadlo —dijo Marlene cuando Leo, el economista que salía un día sí y otro también en la tele, había preguntado qué tenía de especial.

—Pero si tiene fama de ser antipático —dijo Gustavo, desconcertado—. Luego os quejáis de que os tratan mal, pero lo cierto es que os encanta que os den caña.

—¿Para qué quiero yo un gatito? —dijo Marlene—. Prefiero que Julio me dé unos azotes.

La modelo puso el culo respingón y se dio un par de cachetes haciendo que

los hombres allí presentes pusieran los ojos en blanco.

A Matías le gustaba mucho Marlene y lo había intentado muchas veces con ella, pero la modelo solo tenía ojos para su amigo. No era que él no tuviera éxito con las mujeres, en realidad su carrusel de conquistas era interminable, pero lo cierto que era que, si una mujer se fijaba en Julio, él no tenía nada que hacer porque físicamente eran muy diferentes. Julio era moreno y musculoso, pero con un aspecto estilizado y ágil. Llevaba una suave barba oscura que hacía resaltar sus brillantes ojos marrones. Matías, en cambio, era rubio y barbilampiño. Estaba muy en forma, para algo era cinturón negro de kárate, pero tenía una estructura robusta que lo hacía parecer más un *highlander* que un modelo.

—A ti te pasa algo —dijo Matías viendo el perfil serio de su amigo.

—Ayer me pasó una cosa.

Matías frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué te pasó? ¿Alguien te atacó?

Todos estaban muy sensibles con los atentados terroristas últimamente y Julio sabía que su amigo estaba pensando en ello.

—No es eso —dijo el senador.

Matías lo miraba expectante y le hizo un gesto para que hablase de una vez.

—Fue cuando volvía a casa, después de reunirme con Carmena. Me crucé en la calle con una mujer mayor, iba tambaleándose y aceleré el paso para llegar hasta ella justo cuando se desplomaba. Estaba muy delgada. Fue como sostener un saco de aire.

Su amigo lo miraba con atención y con preocupación. Esperaba que no hubiese pasado nada que perjudicase su imagen pública.

—La mujer se murió en mis brazos, Matías.

—¡Me cago en...! —exclamó el otro.

Julio movió la cabeza con tristeza, antes de seguir hablando.

—La ambulancia tardó media hora en llegar y en ese rato me explicó muchas cosas...

Carraspeó y se dio la vuelta para servirse más zumo. Necesitaba mojarse la garganta para poder seguir hablando. Apuró el contenido del vaso y lo dejó en el fregadero.

—Era maestra de escuela, nunca se casó, no tenía hijos ni familia. Se había puesto enferma y fue al hospital. La tuvieron esperando en urgencias ocho horas. ¡Ocho horas, Matías! —exclamó mirando a su amigo con expresión furiosa.

—Los hospitales están saturados.

—Después de esperar esas ocho horas la atendió un médico joven que le dijo que lo que le pasaba era normal porque era vieja.

—Gilipollas —dijo Matías—. Debía de ser un residente, los médicos

veteranos saben que esas cosas no se dicen a la cara.

Julio miró a su amigo como si fuese imbécil.

—¿Te estás oyendo? —preguntó enfadado, y caminó hasta su habitación.

Matías lo siguió.

—Tío, que es broma, perdona. Debió de ser horrible que se te muriera la pobre mujer en los brazos, pero no sirve de nada lamentarse.

Julio se volvió hacia él y lo miró con una expresión que conocía bien y que casi siempre conllevaba algún peligro. Había en sus ojos una determinación y una seguridad aplastantes.

—Me dijo que era la cuarta vez que iba esta semana y que no le habían hecho caso. Que no importaba porque ya no iría más. Sabía que se estaba muriendo, Matías, lo sabía.

—Joder —susurró su amigo.

—Sabes cuál es ese hospital, ¿verdad? Nosotros lo permitimos, nuestro partido le hizo eso, Matías.

—Joder, joder, joder. —Matías se apartó el pelo de la cara, conocía bien a su amigo y sabía lo que estaba pensando—. Estas pensando... ¡No, no puedes, Julio!

—No puedo callarme más.

—No sabes lo que dices...

Los periodistas estaban listos.

—¿Me escuchan bien? —dijo Julio acercándose al micrófono.

Todas aquellas caras atentas asintieron expectantes.

—He convocado esta rueda de prensa para hacerles partícipes de mi decisión de renunciar a mi escaño de senador. Hace tres días murió una mujer en mis brazos a escasos metros del Hospital General. Esa mujer me explicó el viacrucis al que la había sometido una sanidad demasiado saturada y con muy pocos medios para atender a personas como ella, que de verdad lo necesitan. Me contó que fue maestra durante más de cuarenta años y que no se casó ni tuvo hijos que pudiesen ocuparse de ella en el final de su vida. Durante cuarenta años cumplió religiosamente con su país, pagando sus impuestos y cotizando mes a mes para tener una vejez digna. —Se detuvo para mirar a los periodistas que tenía frente a él. A la mayoría los conocía y a casi ninguno le importaba lo que estaba contando. Respiró hondo y continuó—. Me explicó cómo una enfermera le había pinchado hasta siete veces por ser incapaz de encontrar una vena de la que extraerle sangre. Y me dijo que esa enfermera de más de cincuenta años tenía los ojos llenos de lágrimas porque no quería hacerle daño, pero llevaba trabajando tres turnos de doce horas y no se aguantaba derecha. Y por último me habló del

médico joven y sin experiencia que le había dicho que lo que le ocurría era por la pila —el senador hizo una pausa dramática—, por la pila de años que tenía. Sí, ese sanitario fue tan cínico de hacer una broma como esa a una anciana a la que solo le quedaban unos minutos de vida.

Los periodistas escuchaban, con más o menos interés, mientras trataban de dilucidar la relación de aquel triste suceso con la dimisión del senador.

—Mientras esperábamos a que llegara una ambulancia, que tardó media hora a pesar de que estábamos a escasos minutos del hospital, la anciana falleció. Su nombre era Teresa Viudez. —El senador volvió a mirar a los periodistas, que empezaban a sospechar de qué iba aquella rueda de prensa—. Se preguntarán ustedes por qué los he convocado, ya imaginan que no es para contarles este tristísimo suceso. La cuestión es que, después de que una pobre mujer, desamparada y sola, muriese en mis brazos, me he dado cuenta de que soy un ser humano. Sí, soy político, pero también corre sangre por mis venas y tengo abuelos, padres y hermanos.

Matías cerró los ojos. Estaba claro que se había lanzado al precipicio.

—Estoy aquí para denunciar los tejemanejes de algunos miembros de mi partido para beneficiarse de la privatización de varios centros sanitarios de nuestra ciudad, entre ellos el hospital en el que atendieron a Teresa. Son tres las compañías que se han repartido las concesiones de estos centros sanitarios, tres grandes grupos sanitarios que poseen la mayor red hospitalaria privada de España y que, además, tienen relación con empresas y fondos de capital riesgo de Reino Unido. Las tres compañías tienen entre sus asociados a personas cercanas o familiares de miembros de mi partido.

»Durante meses he escuchado algunas conversaciones que ahora mismo me hacen enrojecer de vergüenza por haber mirado a otro lado y no haber dicho nada cuando debía. Quizá, si lo hubiese hecho, Teresa Viudez estaría ahora mismo en su casa, cuidando de su gato y pensando en qué libro leer esta noche.

»Esta mañana he presentado toda la documentación ante el Juzgado número uno de nuestra ciudad para que se ejerzan las acciones pertinentes.

El rumor entre los periodistas daba cuenta de la carga de profundidad que había soltado con aquella declaración. Sus caras eran ahora la viva imagen de la acción periodística.

—La muerte de Teresa me conmovió y me sacudió profundamente —siguió Julio Dante—. No me he beneficiado de ningún modo de estos hechos que denuncio, pero era conocedor, como muchos de mis compañeros, y considero que eso me invalida para representar a los ciudadanos que me votaron.

Matías lo observaba sin poder evitar pensar en lo bien que hablaba y lo seguro que se veía allí arriba destruyendo su carrera política y su posición social.

Se preguntaba a qué se dedicarían a partir de ese día. Tendrían que buscar un trabajo, no podrían volver a sus puestos anteriores. ¿O Julio pensaba regresar al negocio familiar? Su abuelo estaría contento.

—Entiendo que desean hacerme preguntas. —Julio mostraba una triste sonrisa—. Estoy seguro de que comprenden que no puedo responderlas hasta que haya declarado en el juzgado. Sé que quieren nombres y, de momento, no puedo dárselos. Les conmino al momento en el que el juez me permita hacer declaraciones. En ese momento responderé a todas sus preguntas sin ninguna reserva.

—Díganos al menos si piensa dimitir —dijo la periodista de El Periódico de Cataluña.

—Ya lo he dicho al comienzo de esta comparecencia —respondió—: Esta misma mañana he renunciado a mi escaño.

—¿Dejará también el partido? —preguntó un reportero de El País.

—Sí, dejaré también el partido.

—¿Ha hablado con el Presidente del Gobierno para explicarle todo lo que sabe? —Ahora era un representante del Diario Público.

—No —respondió taxativamente.

—¿Piensa usted que esto le dará réditto político? —preguntó un periodista de La Razón—. ¿Le han hecho alguna oferta en algún otro partido?

Julio sonrió asqueado, y negó con la cabeza.

—No voy a cambiar de partido y no, no me han ofrecido nada. Gracias a todos por venir. Buenas noches.

Se alejó del estrado perseguido por los flashes y el sonido de los disparadores de las cámaras que querían captar alguna expresión comprometida en su rostro. El teléfono vibraba cuando Matías se lo entregó.

—Es el presidente —dijo muy serio.

Julio miró la pantalla y apretó el botón rojo. Su amigo movió la cabeza con preocupación. Nadie le cuelga al Presidente del Gobierno.

Capítulo 2

Anna Medián era una chica desgarbada, tan delgada que más parecía un chico escuálido que una adolescente en plena efervescencia. El pelo corto no ayudaba a mejorar su imagen, pero es que además de un pobre físico tampoco es que tuviese un gran carácter y solía tener arranques de ira, casi siempre contra ella misma. Como el día que después de clase se encerró en su habitación llevando una larga y ondulada melena y salió con el pelo al cinco.

Cuando tenía trece años recibió una buena lección, de esas que moldean el carácter, de manos de su profesora de Literatura, la señorita García. Aquella mujer era sorprendentemente atractiva y su belleza exterior parecía haberse filtrado hasta su personalidad. Debía de estar alrededor de los treinta cuando entró en su clase por primera vez y mostró una evidente simpatía por Anna desde ese momento.

Solía charlar con ella antes o después de clase y alguna vez habían hablado a la hora del patio. Para Anna aquellas atenciones fueron como un bálsamo sobre la piel quemada, era muy agradable que alguien estuviese de su parte.

Y entonces volvió a escaparse. La cogieron en cuanto bajó del autobús en Santiago de Compostela y la llevaron de vuelta a casa. Su madre la miró con desagrado en cuanto cerraron la puerta a la policía.

—Hija, la próxima vez que no te encuentren tan rápido —dijo—. Al menos que me de tiempo a salir en la tele.

Su padre fue más expeditivo y le dio una paliza para recordarle por qué se había escapado. Y que no serviría de nada porque siempre la encontrarían.

Cuando al día siguiente volvió a clase, la señorita García se mostró extraña con ella. Le pidió que se quedara un momento cuando terminó su hora y se sentó en la mesa con una expresión distante.

—Tienes que hablar con María José —dijo refiriéndose a la psicóloga del centro—, te está esperando.

Durante unos segundos ninguna de las dos dijo nada. La relación cercana que habían mantenido parecía haberse roto después de su escapada.

—Quería ver el fin del mundo —dijo Anna bajando la cabeza.

La señorita García la miró desconcertada hasta que comprendió que se refería a Finisterre.

—¿Y por eso te escapaste de casa? —preguntó con la voz tensa—. ¿Sabes la enorme preocupación que has causado a tus padres? Y a todo el mundo.

Anna la miró sorprendida, nunca nadie le había prestado tanta atención y fue agradable sentirlo. Por un segundo pensó en contarle cómo era su vida realmente. Lo poco preocupados que habían estado sus padres. Las palizas, los insultos, los desprecios...

—Esta mañana he hablado con tus padres —dijo la profesora—. Me han dicho cosas horribles de ti. Tu padre es...

Anna comprendió que lo sabía y también que eso la había apartado para siempre. Ahora estaba preocupada por ella, pero con una preocupación de esas que hacen que te alejes lenta aunque inevitablemente. Nadie quiere ver sufrir a otro, no sin tener la posibilidad de aliviar ese sufrimiento. Sentarse a ver cómo la gente lo pasa mal un día tras otro no es soportable.

—Te pega, ¿verdad?

La pregunta. Aquella era la barrera que no debía cruzar y Anna lo sabía. Después de un sí vendría una residencia, pleitos, mentiras y mucha, mucha soledad. Ahora al menos tenía la escuela y a sus compañeros.

Ya lo había hecho antes, tan solo se trataba de imaginar una historia, una realidad no muy alejada de la verdad, pero sí lo suficiente como para que la dejaran quedarse con ellos.

—No son cariñosos, pero no me pegan —dijo levantando la mirada—. Mi madre es arisca desde que perdió un bebé. Antes no era así. El dolor la cambió...

Lo había leído en uno de los muchos libros que sacaba de la biblioteca. El dolor te cambia. Estaba segura de que aquello serviría. Anna nunca sabría si fue porque su profesora comprendió la verdad o simplemente no quería complicaciones, la cuestión es que esa fue la última conversación privada que mantuvieron.

Cuando llegó a casa, su madre la esperaba sentada en su sillón con la pequeña habitación tan llena de humo que le provocó un ataque de tos al entrar.

—Así que le hablas a tu profesora de los planes que tienes... —dijo con un tono de burla—. No me extraña que tu mayor sueño sea vivir entre libros. Ellos no pueden ver lo poco que vales.

Su madre la señaló de arriba abajo varias veces con la mano que sostenía el cigarrillo. Anna bajó la cabeza.

—No es que me extrañe que no pienses en casarte y formar una familia, con lo fea que eres no creo que consigas marido. —Su madre se puso de pie, se acercó a ella y le puso la mano en la barbilla para obligarla a mirarla—. ¿No serás tortillera? A ver si va a resultar que te has enamorado de esa señoritinga que ha hablado con tu padre y conmigo esta mañana.

Anna enrojeció por completo al pensar en las barbaridades que habrían dicho de ella esa mañana en el instituto.

—Si te crees que te vamos a pagar la universidad, vas lista —dijo su madre soltándola—. No pienso invertir ni un euro más en ti. Te doy de comer y te visto porque no quiero que las vecinas hablen de nosotros. Pero olvídate de sacarnos dinero para chorradas.

Consiguió pagarse la matrícula en la Facultad de Ciencias de la Documentación, de la Complutense, gracias a una beca. Para ello tuvo que esforzarse al máximo y conseguir un diez en todas las materias de Bachillerato y un nueve y medio en el examen de Selectividad. No era que le gustase estudiar, pero hacerlo la ayudaba a evadirse del mundo en el que vivía. Cuanto más leía más comprendía que ahí fuera había otra vida esperándola y eso le dio la fuerza necesaria para conseguir sus metas. No fue fácil porque la obligaban a trabajar, pero con eso aprendió a optimizar al máximo su tiempo.

A los dieciocho años se marchó de casa por última vez. Preparó una maleta con sus pocas cosas y se despidió de sus padres sin un beso. Su padre le dijo que era una asquerosa egoísta, ahora que había empezado a aportar dinero a la familia se largaba. Le gritó que no se le ocurriese volver y su madre se rió de ella augurándole un nefasto futuro en la calle.

Anna no se molestó en contestar. La habían obligado a trabajar desde que cumplió los catorce. Siempre en negro y siempre en lugares en los que no fuese visible, como el año que estuvo lavando los platos en el bar del amigo de su padre o cuando limpiaba las casas de las amigas de su madre, dos veces por semana cada una.

Cuando consiguió un contrato en la tienda de ropa decidió que había llegado el momento de lanzarse desde el nido. Arrancó uno de los anuncios de alquileres de la universidad y llamó para concertar una entrevista. Pablo era dueño de un piso de tres habitaciones en la calle de Viriato, lo que le permitiría ir caminando hasta su universidad en la calle Santísima Trinidad. El precio era asequible si reducía sus gastos al mínimo, y la tranquilidad emocional compensaría cualquier sacrificio.

Se marchó sin reproches, podía haberse desahogado con ellos, quizá eso hubiese sido bueno para ella, pero no creía que tuviese ninguna utilidad y tampoco estaba segura de salir viva de ello. Así que dejó allí la amargura y la tristeza que la habían acompañado toda su vida y respiró hondo para que sus pulmones se llenaran de aire nuevo.

Cuando terminó el Grado en Información y Documentación, se había deshecho del equipaje de su vida pasada. Consiguió beca todos los años, cosa que maravillaba a Pablo, que se había convertido en su mejor y único amigo. Después de un año de convivencia su casero le bajó el alquiler a la mitad, diciéndole que lo tomase como un mecenazgo, y echó al otro inquilino.

—No podemos gustarle a todo el mundo —le dijo Pablo cuando hablaron de ello—, lo importante es gustarle a la persona adecuada. Está claro que Tomás es un gilipollas que no conocía mi máxima.

Pablo pertenecía a una familia pudiente de Toledo, aunque sus abuelos tenían tierras y casas por toda la península. Aquel piso se lo había regalado su abuelo Juan cuando cumplió los dieciséis años «para que empezase a administrarse».

—No necesito el dinero, pero supongo que no te sentirías bien si no te cobro algo —le había dicho Pablo mientras esperaban a que Tomás recogiese sus cosas, sentados en el sofá.

Anna se sentía incómoda por Tomás, aunque era un tipo de lo más despreciable. Había intentado encontrar alguna afinidad con él durante meses, pero fue imposible. ¿Cómo llevarte bien con alguien que piensa que la Tierra es plana y que cree que los gays son enfermos que habría que ingresar en un psiquiátrico?

No entendía cómo Pablo había aguantado un año entero con semejante cavernícola en su casa. De lo que estaba segura era de que Tomás no se había enterado de que Pablo era gay.

Cuando Anna terminó la carrera ya había ahorrado lo suficiente como para pagarse el Máster universitario en Bibliotecas y Colecciones patrimoniales. La habían hecho encargada de tienda y su melena había crecido hasta la cintura.

—Este fin de semana vamos a ir a la casa de mis abuelos —le dijo Pablo aquella noche cuando se sentaron a cenar.

Anna lo miró desconcertada.

—¿A casa de tus abuelos?

Su amigo se levantó y sacó una botella de vino del armario colocándola sobre la mesa.

—Es de mi familia —dijo como si fuese su secreto mejor guardado.

Anna miró la botella con el ceño fruncido. No entendía de vino, jamás bebía nada que contuviese alcohol.

—Este finde se celebran las bodas de oro de los viejos. —Pablo volvió a sentarse frente a su plato—. Quiero que me acompañes.

Su amiga pensó en el trabajo que tenía que hacer...

—Tienes fiesta en la tienda, ya lo he mirado en la nevera.

—Pero tengo que estudiar...

—Puedes hacerlo allí, tenemos habitaciones de sobra. Incluso puedes hacerlo en la glorieta, en esta época del año es el mejor sitio. —Pablo dejó el tenedor y carraspeó antes de mirarla—. Mis abuelos son como Tomás y, por supuesto, no saben que soy gay. Nadie lo sabe en la familia.

Él era de esos gays que parecen heteros, lo que le había puesto en situaciones comprometidas más de una vez, y seguro que eso le facilitó ocultárselo a su familia.

—Si voy con una amiga todo será más sencillo. Además, me sentiré menos solo con alguien que me conoce de verdad.

—¿Quieres que hagamos como en esas películas de domingo por la tarde en Antena 3? Ya sabes, vamos en plan novios y nos dan una habitación con una cama... —dijo Anna sonriendo.

—Hemos dormido juntos muchas veces. —Él sonreía también—. Los dos sabemos que conmigo no corres ningún peligro.

Su amiga se puso seria.

—¿No te parece que es un poco infantil? Estamos en el siglo veintiuno. El matrimonio gay ya es legal...

—Cuando conozcas a mi familia lo entenderás.

—Está bien —dijo ella asintiendo—. Será interesante ver cómo vive la otra parte.

A su amigo le cambió la cara, era evidente que se sentía aliviado.

Capítulo 3

Cuando llegaron frente a la mansión de los Plazola, Anna no podía dejar de lanzar exclamaciones, impresionada por la maravillosa casa, los enormes árboles o el dibujo en el césped.

—Es artificial —dijo Pablo caminando hasta ella.

—¿En serio todo esto es de tu familia? —Anna no dejaba de dar vueltas anonadada, mientras su amigo sonreía divertido.

—En serio, pero no te dejes obnubilar por la riqueza, el dinero no es más que dinero.

—Claro, eso lo dice alguien que ha tenido siempre demasiado —dijo Anna mirándolo incrédula—. ¿Te haces una idea de lo impresionante que resultas ahí parado diciendo eso?

Pablo era un chico muy atractivo, sus rizos color caoba caían alrededor de un rostro un poco infantil. Tenía unos enormes ojos color miel que miraban con franqueza y te hacían sentir cómodo. No iba jamás al gimnasio, pero salía a correr todos los días y se mantenía muy en forma.

—Espero que no se te borre la sonrisa cuando conozcas a la familia Plazola. —Echó a andar hacia la casa sin esperarla.

Anna se quedó unos segundos disfrutando de las maravillosas vistas, hasta que echó a correr al ver que su amigo se alejaba demasiado. No quería llegar sola.

—¡Pablito! —Una señora mayor se acercaba a él con los brazos extendidos.

Pablo corrió a abrazar a la mujer y Anna se detuvo a una prudencial distancia.

—¡Pero qué guapísimo estás! Cada día te pareces más a tu abuelo —dijo la mujer cogiéndole la cara entre las manos—. Tienes sus ojos y esa pícara sonrisa que una no sabe nunca qué esconde.

—Tú sí que estás guapa, abuela, ya quisieran las actrices de Hollywood tener tu cutis.

La mujer se volvió hacia Anna y realizó un escrutinio intenso y detallado. Pablo se acercó a ella y la cogió de la mano.

—Abuela, te presento a Anna, mi... amiga —dijo.

—Así que tu amiga, ¿eh? —La anciana se acercó a ella—. Qué tontos sois los jóvenes, con ese empeño en no querer llamar a las cosas por su nombre.

—Anna, esta es mi abuela, Lucía Beteta.

—Encantada —dijo Anna dándole dos besos—, tiene usted una casa preciosa y un terreno aún más hermoso.

La abuela la miró con atención y asintió. Después se volvió a su nieto con una gran sonrisa.

—Me gusta, parece una chica auténtica, no como esas que van emperifolladas y más pintadas que una puerta.

Anna se ruborizó sin poder evitarlo. Lucía cogió a cada uno de un brazo y los guió hasta la casa.

—Os hemos preparado una habitación de las grandes —dijo la mujer provocando una sonrisa espontánea en ambos jóvenes y confundiendo su significado—. Os gusta, ¿eh, pillines? Bueno, vamos, que el abuelo está en el jardín preparando bebidas para todos.

—¿Ya están todos aquí? —preguntó Pablo.

Su abuela se paró en seco y lo miró divertida.

—Pablito, sigues siendo tan impuntual como siempre —dijo, y sin esperar respuesta entró en la casa.

Cruzaron un gran recibidor de techos altos con grandes cuadros adornando las paredes. Caminaron dejando a un lado la escalera que subía a la planta superior y siguieron hasta un gran salón con una impresionante chimenea. La anciana los guió hasta la terraza y se detuvo para que Anna contemplase las preciosas vistas al jardín, que se veía ocupado por un número considerable de personas.

—A ver, queridos, Pablito ya está aquí y trae a su novia. Se llama Anna, presentaos para que pueda conocerlos —dijo la anciana soltándola del brazo y empujándola suavemente para que se acercase a la familia.

—Yo soy Alberto, el padre de Pablo —dijo un hombre con aspecto severo, pero que la miraba con unos ojos que le resultaban conocidos por ser iguales a los de su hijo—. Esta es su madre, Marta, y aquella de allí es Vero, su hermana.

Anna miró a Pablo sorprendida.

—¿No sabías que tenía una hermana? —dijo la joven acercándose y dándole un puñetazo a Pablo en el brazo—. Hola, capullo.

—Hola, imbécil —respondió él.

—Ven, te presentaré a los demás —dijo Vero, que debía tener unos diecinueve años—. Ese es el tío Gustavo, la tía Blanca y nuestros primos Teresa y Julio. A él lo habrás visto por la tele. Se suicidó en público hace unos meses.

Anna lo miró desconcertada, le sonaba su cara, pero no tenía ni idea de lo que hablaba Vero.

—Y el más importante de todos los que estamos aquí —dijo la joven acercándose a un anciano que preparaba las bebidas y las iba colocando en la

barra de bar—. El abuelo Plazola. Algunos lo llaman Juan.

Pablo se había acercado al anciano y lo abrazaba en ese momento.

—Vaya, vaya, Pablito —dijo el hombre—, así que vienes con tu novia.

Se acercó a ella y la observó como había hecho su mujer. Anna no estaba segura de si era porque no veían bien o porque querían asegurarse de que no era una terrorista.

—¿Qué quieres beber? —preguntó.

—¿Tiene algo sin alcohol? —preguntó Anna.

—¡Hostia!

Anna se volvió rápidamente y comprobó que había sido Julio el que había dicho eso. Lo miró un momento y después volvió a mirar al anciano. Su expresión se había vuelto más severa.

—¿Eres de alguna clase de liga antialcohol? —preguntó el abuelo con mala cara.

Anna lo pensó antes de responder.

—No me gusta el alcohol, pero tampoco me gustan los macarrones ni las lentejas. Si hay una liga que englobe todo eso, me apunto.

Juan Plazola la miró frunciendo el ceño. Trataba de averiguar si se estaba riendo de él. Después de unos segundos dejó que su cara se relajase y aflorase una ligera sonrisa.

—Te pondré una Coca-Cola —dijo.

—Me vale —respondió ella asintiendo.

Mientras Pablo charlaba con su abuelo antes de la cena, Anna decidió dar una vuelta por los viñedos. Aspiró el aroma cálido y envolvente que se movía en el aire. Estaba completamente sola en un lugar increíble. La luz del sol, que había comenzado su descenso hacia el horizonte, se filtraba entre las viñas creando extrañas sombras.

Por un momento recordó su vida pasada. Al compararla con aquello parecía aún más horrible y un sabor amargo inundó su boca. Se sacudió los malos recuerdos, aquel lugar era el paraíso y no se llevan demonios al paraíso.

—Hay que disfrutar de lo bueno que te ofrece la vida —se dijo a sí misma—, nunca sabes cuándo te atacarán los malos momentos de nuevo.

Sonrió feliz y apresuró el paso. Llegó hasta un edificio que debía contener material de trabajo. Se acercó, pero estaba cerrado. En la pared había una placa de metal con el nombre de la familia Plazola grabado. Anna se acercó y se fijó en su imagen reflejada. Estaba muy delgada y las facciones de su rostro se veían por ello más huesudas. Seguía teniendo cierto aspecto de chico, aunque por

suerte la melena la ayudaba con eso. Sabía que lo mejor que tenía en su cara eran los ojos, una aureola verde con el núcleo color miel. Su boca no era gran cosa, pero al menos tenía la piel suave y aterciopelada como la de su madre.

Se alejó un paso para verse de cuerpo entero sin un ápice de aprecio. No reprochaba a sus amigos de la infancia que la hubiesen tratado como a un chico. Ahora que ya tenía unos pechos bien desarrollados, seguía pareciéndolo de algún modo. Se estiró la camiseta ajustándola al máximo a su anatomía y se puso de perfil para ver sus curvas.

—Anna, no te esfuerces, eres muy poca cosa. Lo único que te salva es que tienes un buen cerebro —se dijo en voz alta sin dejar de analizarse—. Me temo que, si tuvieses que ganarte la vida con tu cuerpo, te morirías de hambre.

No se había dado cuenta de que no estaba sola. Había alguien apoyado en el sauce que daba sombra a un pequeño banco en el lado izquierdo del edificio. Desde donde ella estaba había que fijarse mucho para verlo, y más si permanecía tan quieto como ahora. Tenía una expresión oscura y amarga, pero al oírla hablar se dibujó la ternura en su rostro.

Anna siguió con su escrutinio sin saber que la observaban y de repente algo llamó su atención en el cielo. Era un águila y volaba tan bajo que pudo ver perfectamente el dibujo de sus alas extendidas. La observó con atención, como si fuese un momento mágico, y dio palmas cuando el ave se alejó de allí como si quisiera transmitirle lo afortunada que se había sentido por verla.

—Es un águila real —dijo una voz masculina.

Anna dio un respingo y se apartó instintivamente. No se había dado cuenta de su presencia y se llevó una mano al pecho como si necesitara calmar su corazón. Reconoció a Julio, el primo de Pablo. No se había fijado mucho cuando los presentaron, estaba demasiado nerviosa por la situación, pero ahora que estaban solos y lo tenía a unos centímetros se dio cuenta de lo alto y atractivo que era. Tenía un rostro de marcadas facciones y perfecta simetría, pero lo que la hechizó fueron sus ojos. Las espesas pestañas los adornaban sin necesidad, porque eran los ojos más bellos que nunca hubiese visto y no necesitaban ayuda de ninguna clase. De un tono amarronado, con tintes rojos y dorados, la miraban ahora con intensidad.

—Siento haberte asustado —dijo con cierta arrogancia—, pero yo estaba aquí cuando has llegado. Te he visto haciendo giritos delante de la placa del abuelo...

—Oh —susurró ella.

—Reconozco que ha sido divertido. Debería haberte advertido de que tenías público, pero... —Se encogió de hombros con una expresión divertida.

—Ya —dijo ella—, era demasiado ridículo como para no mirar. Debía ser

como esos vídeos de Facebook en los que la gente hace estupideces mientras otros graban.

—Te doy mi palabra de que no he grabado nada —dijo él aguantándose la risa.

Anna bajó la cabeza y se miró los pies, que jugaban con la tierra.

—Eres demasiado joven para preocuparte por hacer el ridículo —dijo Julio. Ella levantó la mirada.

—Tengo veintidós. A mi edad Jane Austen ya había escrito varias novelas.

Aquel comentario despertó una nueva expresión en los ojos de Julio.

—¿Veintidós? —dijo escudriñándola con la mirada—. Pensaba que eras más joven. No te echaba más de diecinueve.

Anna asintió. Ya lo sabía, acababa de verse reflejada en aquella placa con el nombre del abuelo. Tenía el cuerpo de una cría y estaba claro que de nada servía su larga melena. Pensó en los insultos que había escuchado durante años en boca de su madre: machopingo, tarada, inútil, retrasada, fea... Un sentimiento de soledad la arrolló como una enorme bola de nieve, dejándola helada. Suspiró tratando de expulsar, junto con el aire, aquellos malos pensamientos.

Julio se remangaba las mangas de su camisa y poco a poco la tela fue mostrando unos musculosos brazos que atrajeron la mirada de Anna. Ahora podía imaginar lo que había debajo de aquella camisa, los pectorales se adivinaban bajo la tela y supuso que sus abdominales podrían sostenerla de pie.

Se puso colorada, no podía ser que él se hubiese dado cuenta de lo que estaba pensando, pero, entonces, ¿por qué la miraba de aquel modo tan intenso?

—Estaba dando un paseo —dijo de pronto.

—Ya veo —respondió él.

—Todo esto es precioso, y tu abuelo quería charlar con Pablo...

Julio asintió mientras su mirada se perdía entre las viñas.

—Está organizándonos el futuro a todos —dijo.

Anna frunció el ceño y Julio la miró para comprobar si lo había entendido.

—Pablo ya ha acabado la carrera y se pondrá al frente de los viñedos —dijo sorprendido—. ¿No te lo ha contado?

Anna negó con la cabeza.

—¿Cuánto hace que estáis juntos? —preguntó él.

Anna tuvo un momento de pánico. ¿Cuánto habían dicho? No estaba segura de si al final habían quedado en que llevaban ocho meses o diez.

—No soy de contar los días —dijo tratando de sonar convincente.

Julio no insistió.

—¿Y tú a qué te dedicas? —preguntó Anna después de un rato de silencio.

—Ahora mismo estoy sin trabajo —dijo mirándola de soslayo—. Y mi

abuelo quiere que me encargue de revisar la situación de parte de su patrimonio.

Anna no dijo nada, pero no podía dejar de pensar en la suerte que tenían de contar con una familia para solucionarles la vida. Se preguntó por qué no parecía nada feliz, la dureza de su tono la desconcertaba.

—No pareces muy contento —dijo sin darse cuenta.

—Me gusta solucionar mis propios problemas —dijo pensativo—, pero esta vez he involucrado a mucha gente y tengo que inclinar la cabeza.

—Yo podría dar clases de eso —dijo Anna con una tímida sonrisa.

Pero la mirada de él no era nada amigable.

—Estoy seguro de que no —dijo Julio con acritud.

—No me conoces —respondió ella.

Julio la miraba ahora sorprendido.

—Adelante, ilumíname.

Ella giró la cabeza y se centró en el paisaje.

—No he dicho que fuese a compartir mis experiencias contigo. Tan solo digo que sé muy bien lo que se siente al tener que bajar la cabeza —dijo.

Empezaron a caminar sin decir nada y Anna, aunque se sentía incómoda, no fue capaz de decirle que quería pasear sola.

—¿Vais en serio? —preguntó él sin acritud—. Entiendo que si Pablo ha decidido traerte aquí es que sí.

—Es una celebración importante para él y me pidió que lo acompañase. Pero no vamos a casarnos ni nada de eso. —Anna empezaba a sentirse muy mal con aquel tema.

—Pablo es demasiado cobarde para casarse —dijo Julio sonriendo.

—¿Qué dices? —preguntó molesta.

—Es broma. Pero me alegra ver que sacas las garras para defender a tu novio —dijo mirándola con aquellos ojos que hacían que se te doblasen las rodillas—. Quiero mucho a Pablo.

—Yo también le quiero —dijo Anna con sinceridad.

—Tengo entendido que os conocisteis porque te alquiló una habitación de su piso.

Anna asintió.

—Y echó al otro inquilino cuando empezó a interesarse por ti —siguió contando, y Anna volvió a asentir—. Lo que me choca es que siga cobrándote alquiler. Es un poco raro, ¿no te parece?

—No soy de las que se dejan mantener —dijo ella levantando la barbilla.

Julio la observó con atención y Anna sintió que su mirada provocaba una sensación de cosquilleo en su piel. Aceleró el paso alejándose de él.

—Tengo la sensación de que tu vida ha sido más complicada que la de Pablo

—dijo volviendo a colocarse a su lado—. No pareces la clase de chica con la que mi primo suele relacionarse. Ahora que lo pienso, es la primera vez que lo veo con alguien que puede llevar vestido.

—No creo que Pablo me haya visto nunca con uno.

De repente le vino a la mente el día que su padre vomitó encima de su vestido nuevo. El único vestido que había tenido porque siempre llevaba pantalones. Nunca iba a ninguna fiesta de cumpleaños porque no tenía dinero para comprar un regalo y no tenía nada bonito que ponerse. Pero cuando Carolina, la niña más guapa de su clase, les dijo a principio de curso que todos irían a la fiesta que organizarían sus padres cuatro meses más tarde para su cumpleaños, se juró que esa vez sí que iría.

Durante esos meses se ofreció a hacer numerosas tareas por pocos euros. Limpiar el jardín de la señora Rodríguez, que era demasiado mayor para recoger las malas hierbas, llevarle la compra a la señora Peláez, a la que se le hinchaban los tobillos por el exceso de peso, vigilar a los hijos de la señora López mientras ella iba de compras... Consiguió dinero suficiente para comprar un regalo para Carolina y un vestido para ella. El día del cumpleaños, con sus únicos zapatos bien lustrados y el regalo en la mano, estaba lista para salir cuando llegó su padre borracho. Sufrió un ataque de risa al verla así vestida y acabó vomitándole encima. Anna suplicó a su madre que la ayudase, en un mar de lágrimas y temblando como una hoja.

Por supuesto no fue al cumpleaños y se pasó la noche sentada en la cama mirando el bonito joyero al que le había quitado el envoltorio manchado de vómito. Se había aprendido de memoria cada pliegue del papel, cada rizo en el lazo.

—No se puede valorar lo que sienten los demás comparándolo con nuestras propias emociones —dijo apartando la mirada.

Julio la miró, de nuevo sorprendido por aquella respuesta. Se llevó una mano a la nuca y frotó como siempre que se ponía nervioso. Aquella chica tenía algo extraño que lo atraía como la llama a una mosca.

—Tengo que decirte algo de Pablo... —dijo de pronto y ella lo miró sobresaltada. Julio señalaba los viñedos con una mano—. Todo esto algún día será suyo.

Anna lo miró confusa y vio que se reía.

—Siempre he querido decir eso —dijo.

Poco a poco, en los labios de la joven se fue dibujando una sonrisa.

—Ya veo, eres un gracioso. Hablando en serio, sois muy afortunados gracias a vuestro abuelo y a todo lo que consiguió. Pero no es nada malo ser afortunado.

—Desde luego, y hay que reconocer que no fue fácil para él —respondió Julio—. Durante los primeros años estuvo muchas veces al borde de la ruina.

—¿Tu bisabuelo no tenía dinero?

—Mi bisabuelo era un cabrón.

Miró hacia atrás, como si temiera que su abuelo pudiese oírlo, pero estaban a mucha distancia de la casa y eso pareció tranquilizarlo.

—No le gusta que digamos nada malo de su padre, pero es la verdad. Cuando el abuelo era niño su padre le decía a diario que no valía para nada. Hizo que la criada se lo bordara en la bata del colegio y lo obligaba a llevarla a clase para que los otros niños se mofasen de él. —Julio movió la cabeza sin dejar de mirar al horizonte—. Cuando acabó la escuela lo envió a trabajar cortando madera. Si por su padre hubiese sido nunca habría aprendido el oficio. Pero tuvo la suerte de encontrarse con Jacinto Sánchez, propietario de los viñedos Dos Ríos. Con él empezó como chico de los recados. Después se hizo cargo de una pequeña tienda que vendía oporto. Trabajó como un esclavo, jugándose todo. Siempre a doble o nada. Apenas dormía, aterrado con la idea de fracasar y tener que darle la razón a su padre.

—Pero no fracasó —dijo Anna y se detuvo para ver la puesta de sol sobre los campos.

Julio la observó durante un instante y después disfrutó también del ocaso. Hacía mucho que no se detenía a mirar una puesta de sol. Su vida acelerada no le permitía ese tipo de asuetos. Ahora, en cambio, tenía demasiado tiempo libre. El móvil le vibró en el bolsillo y lo sacó para ver quién le llamaba.

—Discúlpame —dijo haciéndole un gesto, y alejándose un poco descolgó—. Dime, Matías.

Anna lo observó con disimulo. Se había sacado la camisa de dentro del pantalón y se había arremangado. La tela estaba tan tensa en su espalda que parecía que fuese a romperse. Debía comprar ropa de muy buena calidad, se dijo, y el hilo debía ser de lo más resistente...

—Ya lo hemos hablado, Matías —decía Julio—. El veredicto ha sido el que ha sido y yo no puedo hacer nada más que aceptarlo.... No, no voy a reunirme con él, lo siento. Esto se acabó... Pues no sé, venderé el palacio y después ya veré... Sí, la semana que viene empiezo con el inventario... Lo sé, primero hablaré con los de patrimonio nacional... ¿Vas a venir a ayudar o solo me vas a tocar los huevos?

Julio se volvió y se topó con los ojos de Anna, que lo miraban de un modo poco decoroso. Algo en su expresión se vio afectada por esa mirada. Se guardó el teléfono en el bolsillo después de despedirse de su amigo y volvió a acercarse a ella.

—Deberíamos volver —dijo muy serio—, a mi abuelo no le gusta cenar tarde.

Capítulo 4

Aquella mesa parecía la exposición de una tienda de antigüedades. Anna trató de mostrarse indiferente, pero su primer impulso habría sido ponerse a lanzar exclamaciones sin parar y mirarlo todo con ojos como platos. Pablo la cogió de la mano y la acompañó hasta una de las sillas. Después rodeó toda la mesa y fue a sentarse al otro lado, frente a ella.

A la izquierda de Anna se sentó el padre de Pablo y a su derecha la madre, como si la estuviesen escoltando, lo que la hizo sentir como uno de esos famosos que van a todas partes con sus guardaespaldas. Miró a uno y luego a la otra con tímida expresión, algo que no pasó desapercibido para Julio, que la observaba desde la distancia, sentado junto a su abuelo.

—Pablo y yo estamos de acuerdo en todo —dijo el abuelo después de que hubieron servido la sopa—. En cuanto acabe este semestre se hará cargo de los viñedos del centro de la península.

Pablo miró a su padre y este asintió, aprobando su decisión.

—Por supuesto, tú, Alberto, seguirás en las fincas del norte —dijo el anciano mirando a su hijo.

—Muy bien, papá —dijo su hijo—, sabes que estoy del todo conforme con tus decisiones.

Juan Plazola asintió satisfecho del comportamiento de su primogénito. El que tenía peor cara era Gustavo Dante, su yerno.

—¿Te ocurre algo, Gustavo? —preguntó el abuelo con cierto tono insidioso.

—No, suegro, no me ocurre nada —dijo.

—¿No estás conforme con los cambios en la empresa? —preguntó de nuevo.

—No creo que tenga mucho que decir —respondió Gustavo.

Blanca movió el pie tratando de golpear a su marido para que no dijese nada impertinente.

—Tu hijo Julio va a encargarse de revisar mi patrimonio y vender algunas propiedades —siguió diciendo el abuelo entre cucharada y cucharada.

—Si crees que esa tarea está a la misma altura que la que piensas encargar a Pablo, no hay nada que yo pueda decir —dijo Gustavo haciendo caso omiso a las señales de su esposa.

—Papá —intervino Julio—, esto es algo entre el abuelo y yo.

El abuelo soltó la cuchara y se apoyó contra el respaldo de la silla mirando a su cuñado y a su hija con interés.

—Hablemos claro —dijo el patriarca—. Julio nunca ha tenido ningún interés en la empresa familiar, lo dejó claro hace años. Sus pasos le llevaban por otro camino que él ha decidido truncar...

—¡Juan! —exclamó su esposa.

—Querida Lucía, sabes que los problemas familiares hay que afrontarlos sin temor, porque si los dejas avanzar son como la lava, lo arrasan todo —dijo su marido mirándola con severidad—. La situación de Julio es provisional, no va a quedarse aquí y todos lo sabemos. Yo le he ofrecido un medio para salir del paso y él ha estado conforme. Revisará nuestras posesiones y verá lo que es rentable mantener y lo que no merece la pena. El Palacio de Pozo Frío ya hace tiempo que quiero venderlo y no voy a esperar más. Nunca nos gustó ni a vuestra abuela ni a mí, no es de nuestro estilo, es demasiado recargado y antiguo.

—Y es la única posesión que conserva de su padre —dijo Marta, la madre de Pablo, entre dientes, comentario que solo escuchó Anna.

—Por eso mismo no te será nada fácil venderlo —dijo Alberto, el padre de Pablo, mirando a su sobrino.

—Lo sé —dijo Julio—. Además, tiene una biblioteca muy extensa que es en sí misma demasiado valiosa y deberíamos venderla por separado.

Anna dejó el tenedor muy despacio y fijó sus ojos en el rostro de Julio.

—Cuando haya hecho el inventario de todo lo que contiene el palacio sabré el precio que debemos pedir y también sabré mejor a quién ofrecerle su compra...

—Pero la biblioteca, si dices que es tan extensa, ¿no debería tenerla el Archivo Nacional? —dijo Anna mirándolo con fijeza—. Quiero decir, algo así no debería estar en manos privadas, debería estar al alcance de la gente.

—Vaya, Pablito, nos has traído a otra podemita —dijo el padre de Julio.

—Lo dices como si fuese un insulto —dijo Vero mirando a su tío divertida—. ¿Qué pasa, tienes miedo de que el pueblo pueda decir lo que piensa en un lugar donde sirva de algo?

Anna dedujo que aquel «otra» se refería a Vero.

—No pertenezco a ningún partido. No me gustan los políticos —dijo rápidamente tratando de cortar la discusión.

—¿No te gustan los políticos? —intervino Teresa, la hermana de Julio—. ¿Crees que las cosas pueden organizarse solas?

—No, pero creo que el poder corrompe y la política otorga poder —respondió Anna, confiada.

—Entonces eres de las que piensa que debe existir, pero que no va contigo. Mejor que se encarguen otros —dijo la otra, molesta—, así puedes criticar lo que hacen sin que tus manos tengan que mancharse nunca.

—No todos podemos hacer de todo —dijo Anna tratando de excusarse al ver que se lo tomaba tan a pecho—. Tampoco sería cirujano, no podría soportar tener la vida de otro ser humano en mis manos. Eso no significa...

—Pero las motivaciones son distintas —la cortó—. A los políticos los desprecias, a los cirujanos no. ¿Me equivoco?

Anna bajó la cabeza pensativa.

—Déjalo ya —dijo Julio mirando a su hermana con severidad—. Ella ha dado su opinión, nada más.

—Tienes razón —dijo Anna con humildad—, ha sido un comentario injusto...

—¿Sabes cuántas personas se dedican a la política en este país? —Ahora fue Julio el que siguió con el tema mirándola desde el otro lado de la mesa.

Anna negó con la cabeza.

—Te aseguro que son muchísimos más los que trabajan honradamente, haciendo un servicio a su país, que los que se dedican a aprovecharse del lugar que ocupan.

—Como, afortunadamente, pasa en todos los ámbitos de la sociedad —dijo el abuelo zanjando el tema—, no solo en política. Y ahora hablemos de algo más entretenido, que nos va a sentar mal la cena.

—He sido una gilipollas —dijo Anna al meterse en la cama junto a su amigo. Pablo estaba recostado en varios almohadones leyendo una novela. Apoyó el libro en sus piernas y la miró.

—Julio era senador —dijo.

Anna lo miró ojiplática mientras Pablo asentía lentamente sin dejar de mirarla.

—Hace un año dio una rueda de prensa para anunciar su renuncia al escaño que consiguió en las pasadas elecciones —explicó.

Anna frunció el ceño, no tenía ni idea.

—Deberías ver más la tele —dijo su amigo sonriendo.

—¿Por qué hizo eso? —Anna se sentó frente a su amigo con las piernas dobladas y mirándolo con atención.

—Denunció a miembros de su partido por... —Se detuvo de pronto y, abriendo el cajón de la mesilla, sacó el móvil—. Seguro que está en YouTube.

Cuando encontró el vídeo le dio el móvil a Anna para que lo viese.

—*He convocado esta rueda de prensa para hacerles partícipes de mi decisión de renunciar a mi escaño de senador.*

A Anna le chocó verlo en esas circunstancias. Daba una imagen fascinante en la pantalla y sus ojos se veían increíblemente hermosos. Iba impecablemente vestido y su aspecto era sobrio y elegante. Se lo veía relajado pero triste. Anna escuchó toda la rueda de prensa sin perder detalle de cada uno de sus gestos, y cuando terminó le devolvió el móvil a su amigo.

—Es muy fuerte —dijo Anna—. En su partido no deben de estar muy contentos con él.

—En Twitter lo vapulearon. Lo llamaron traidor, vendido, lo acusaron de rencoroso, de mentir porque no le dieron lo que pedía... —Pablo negó con la cabeza—. No fue nada fácil para él.

—Ahora entiendo a Teresa —dijo Anna recostándose de nuevo en los cojines, pensativa—. Debe de pensar que yo lo sabía todo y que estaba atacando a su hermano.

—No pienses en lo que piensan los demás —dijo Pablo volviendo a su lectura—. Así se han iniciado guerras.

A la mañana siguiente Pablo y Anna bajaron los últimos a desayunar. Entraron de la mano en el comedor y Anna se topó con la irónica mirada de Julio, que levantó una ceja al mirar aquellas manos juntas.

—Buenos días, tortolitos. ¿Habéis tenido una buena noche? No olvidéis que yo estoy en el cuarto de al lado, procurad hacer menos ruido la próxima vez.

Anna y Pablo se miraron sonriendo. Ella tuvo que contenerse para no echarse a reír al recordar a su amigo saltando en la cama y moviendo el cabecero para que golpeará contra la pared, sabiendo que al otro lado estaba su primo.

—Abuela, ¿ya está todo preparado para esta noche? —preguntó Teresa.

Anna se sentó frente a ella con una taza de café con leche en la mano. La hermana de Julio se parecía a él, aunque no tenía sus ojos los de ella también eran hermosos. Era una joven callada y hermética casi todo el tiempo, siempre que no creyese que estaban atacando a uno de los suyos, claro.

—Tampoco es que vayamos a hacer nada del otro mundo. Tu abuelo y yo solemos cenar todas las noches. La única diferencia es que esta noche lo haremos poniéndonos guapos y en compañía de nuestros hijos y nietos —dijo la abuela con una sonrisa—. ¡Cincuenta años juntos, Juan! ¿Quién nos lo iba a decir?

—Lo supe desde el momento en que te vi —dijo el abuelo mirándola con cariño—, no había ningún misterio en eso.

Lucía le lanzó un beso desde el otro lado de la mesa, y su hija miró a Gustavo y después bajó la vista con tristeza. Anna se dio cuenta de que su

marido ni se había percatado de aquella mirada y sitió pena por ella. Estaba claro que su matrimonio no era tan feliz como el de sus padres. Y lo sintió también por Julio y Teresa, esta última sí había captado aquella mirada de su madre y no era difícil imaginar qué parte de la melancolía que la embargaba venía del hecho de conocer las desavenencias de sus padres.

—Si puedo ayudar a preparar algo... —se ofreció.

—¡Oh, Anna! —dijo Lucía—. Eres encantadora, pero no tienes que preocuparte, tenemos gente que se encarga de todo.

Anna bajó la cabeza sintiéndose un poco ridícula. ¿Para qué la iban a necesitar a ella?

—¿A qué te dedicas? —preguntó Julio.

—Ahora mismo trabajo en H&M. Soy encargada de tienda.

—Pero tiene un Grado en Información y Documentación de la Complutense —se apresuró a decir Pablo—, y acaba de matricularse en un Máster universitario en Bibliotecas y Colecciones patrimoniales.

Teresa la miró frunciendo el ceño.

—¿Eres bibliotecaria? —preguntó.

Anna creyó ver en su expresión cierto desprecio y eso la hizo ponerse a la defensiva.

—Sí —dijo, y mostrando una serena sonrisa se recogió el pelo en una especie de moño—. ¿Verdad que doy para el papel?

La hermana de Julio no pudo evitar que asomase a sus labios una ligera sonrisa que no pudo abortar antes de que fuese evidente para Anna.

—¿Y te gusta tu trabajo como dependienta de ropa? —preguntó Vero con curiosidad—. A mí me encanta la ropa, pero estoy segura de que si tuviera que atender a las niñas tontas que van a comprar les arrancaría la cabeza.

A Anna le hizo gracia aquel arrebató, sobre todo porque muchas de esas «niñatas» se parecían a Vero.

—Supongo que solo ha sido un medio para sobrevivir —dijo Teresa—, seguro que tiene mayores aspiraciones.

—Me gustaría saber cuáles son las aspiraciones de alguien que estudia para bibliotecaria y trabaja en una tienda de ropa —dijo Julio mirándola.

A Anna le molestó el tono con el que lo dijo. Aunque quizá no era lo que dijo sino lo que ella escuchó en su cabeza: a su madre despreciándola.

—Habiendo sido senador, supongo que es normal que no lo entiendas —dijo con altivez—, pero debes saber que las personas como yo nos conformamos con tener un sueldo a fin de mes y llevarnos bien con nuestros compañeros.

El rostro de Julio se contrajo ligeramente, pero suficiente para que Anna comprendiese que lo había molestado. ¡Bien! Punto para ella.

Todos observaban aquel duelo en silencio. Algunos, como Vero, disfrutando del espectáculo como si de un agradable entretenimiento se tratase.

—No pretendía molestarte —dijo Julio, contenido.

—¿Molestarme? ¿Por qué habrías de molestarme? —dijo ella mirándolo con hielo en los ojos.

—Lo he dicho porque estaba pensando que a lo mejor te interesaría cambiar de empleo —siguió él.

Anna lo miraba totalmente desconcertada.

—Necesito alguien que haga el inventario de la biblioteca del Palacio de Pozo Frío. Si estás interesada en dedicarte a aquello para lo que te has estado preparando, pensaré en una propuesta. Pero, oye, si quieres seguir vendiendo pantalones y camisetas...

Anna abrió la boca para responder a aquel último comentario, pero se dio cuenta a tiempo de lo que acababa de ocurrir y la cerró. Un trabajo como ese era una perita en dulce. Una biblioteca pequeña, un trabajo fácil, y seguro que habría un buen sueldo. Miró a Julio a los ojos y asintió.

—Discúlpame —dijo con humildad—, te he malinterpretado. Me encantaría escuchar tu propuesta si aún quieres hacérmela.

Julio asintió y todo volvió a la normalidad. El resto del desayuno lo pasaron hablando de trivialidades y de la cena de esa noche.

Capítulo 5

Anna y Pablo decidieron dar un paseo aquella mañana y su amigo le enseñó los recovecos de unas tierras que conocía bien. Se adentraron por un sendero que bordeaba el límite de la propiedad y serpenteaba entre los viñedos adecuándose a la orografía del terreno.

—¿Está saliendo todo como esperabas? —preguntó Anna.

Pablo se detuvo a mirarla.

—Mejor de lo que pensaba —dijo asintiendo—. Te has metido a todos en el bolsillo. Mi abuelo te adora.

—No digas tonterías, si apenas me conocen —dijo ella sonriendo.

—Pues por eso —dijo él a modo de pulla.

—Idiota —le espetó ella dándole un ligero empujón, y caminó hasta uno de los pocos árboles que habían plantado en aquel lugar, para apoyarse en él.

—¿Has oído lo que ha dicho tu primo sobre el inventario de la biblioteca?

—¿Quieres trabajar para Julio? —preguntó volviéndose hacia ella de repente.

Anna frunció el ceño, desconcertada.

—No he escuchado aún su oferta.

—Será buena, estoy seguro, y quiero que tengas una respuesta pensada —dijo.

Su amiga lo miró con interés.

—¿Qué respuesta crees que debo preparar? —preguntó.

—Pues un no que sea convincente —dijo Pablo.

—¡Pero si fuiste tú el que le contaste qué había estudiado! —exclamó.

—Pero eso fue porque no quería que te infravalorasen —dijo su falso novio—. Ni se me pasó por la cabeza que te ofrecerían un trabajo. De ningún modo puedes aceptarlo.

—¿Por qué? —Anna se sintió decepcionada—. Podría ser bueno para mí...

—Estás loca. —Pablo se apartó el pelo de la cara, mirándola como si no diese crédito—. ¡Es mi primo! ¿Cuánto tiempo crees que tardará en darse cuenta de que lo nuestro es una farsa?

—Podemos romper —dijo ella—. Esas cosas pasan.

—Ya, ¿y crees que entonces te contratará?

—Pues rompemos cuando ya esté trabajando.

—¡Se dará cuenta! —Pablo movió la cabeza—. Tú no conoces a Julio, es

demasiado listo.

—¿Entonces tengo que renunciar a una oportunidad excelente por esta mierda de mentira?

Pablo miró a su amiga consternado, no imaginaba que las cosas irían de ese modo.

—Esta mierda de mentira es la que ha propiciado esa oportunidad —dijo bajando el tono.

Ella iba a decir algo, pero se lo pensó y movió la cabeza sin verbalizarlo en voz alta. Durante un rato continuaron el paseo sin hablar, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Escúchame —dijo su amigo de pronto, deteniéndose en el camino—, si realmente crees que ese trabajo puede ser importante, acéptalo.

—Pero si acabas de decir...

—No hagas caso a lo que he dicho. Tienes razón —reconoció—. Escucha la oferta que te haga Julio y, si te parece una buena oportunidad, adelante.

—Sabes que llevo mucho tiempo queriendo dejar el trabajo en la tienda —dijo ella con tristeza.

—Sí, lo sé, y he sido muy injusto y egoísta contigo —dijo Pablo.

—¡Pero si ni siquiera sé si el empleo merece la pena! —dijo ella.

Pablo la cogió por los hombros y la obligó a mirarlo.

—Por eso debes escuchar lo que Julio tenga que decir y, solo entonces, decidir lo que más te convenga.

Ella lo miró arrugando la boca como solía hacer cuando algo la contrariaba.

—¿De verdad no te importa? —preguntó mirándolo a los ojos.

Pablo negó con la cabeza y una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—No vas a pagar tú mi cobardía. Además, sé que Julio no diría nada aunque lo descubriese.

Lo abrazó agradecida, por algo era su único mejor amigo.

Después de comer, Anna estuvo pensando durante un buen rato, sentada en el porche con los pies apoyados en la barandilla y contemplando el jardín. Todos estaban ocupados haciendo no sabía qué cosas y ella pudo aislarse durante el tiempo suficiente para aclararse las ideas. Cuando la abuela de Pablo pasó por delante del porche camino de la glorieta, Anna se levantó y la interpelló preguntándole si sabía dónde estaba Julio. Siguiendo sus indicaciones fue hasta el despacho de su abuelo y lo halló sentado frente a su escritorio revisando un montón de papeles.

—¿Te molesto? —preguntó asomando la cabeza.

Él levantó la mirada y fijó sus espectaculares ojos en ella.

—Estoy trabajando, sí —dijo sin molestarse en ser amable.

Anna decidió que aquello era una invitación a entrar y se coló en el despacho cerrando la puerta tras ella.

—Necesito que hablemos sobre la oferta...

—¿Qué oferta? —la cortó él—. Que yo sepa todavía no te he hecho ninguna.

¿Pensaba que así iba a amilanarla? Debería haber convivido con su padre una tarde, sería más que suficiente para que se hiciese pipí encima.

—Esta noche es para tus abuelos y mañana nos vamos a primera hora —dijo acercándose hasta el escritorio—. He pensado que podíamos hablar ahora y dejar este tema zanjado.

Julio se recostó en la butaca y miró a Anna con una media sonrisa.

—Veo que cuando quieres algo no cejas fácilmente.

—Es el único modo de conseguir lo que quieres —dijo ella.

—¿Y tú qué es lo que quieres? —preguntó él, sin dejar de observarla con tal atención que Anna se revisó mentalmente para asegurarse de que se había vestido correctamente.

—Un trabajo en el que pueda poner en práctica lo que he aprendido —respondió.

Julio borró su sonrisa, dejó el boli sobre el papel, se levantó, dio la vuelta a la mesa y se sentó sobre ella para estar más cerca de Anna.

—¿Eres una persona de fiar? —preguntó.

—¿Cómo que si soy de fiar? —Anna no sabía si aquella era una pregunta trampa—. Pues claro que lo soy.

—Si te contrato tendrás a tu alcance objetos de un alto valor artístico y económico —dijo él.

Ella entrecerró los ojos y lo taladró con ellos.

—¿Necesitas un certificado de penales? —preguntó.

—¿Lo necesito?

Anna dudó un momento. No estaba segura de si debía ofenderse o echarse a reír. Apoyó la cadera en la mesa sin dejar de mirarlo, no iba a permitir que la amilanara.

—Dejémonos de juegos, ninguno de los dos tiene ganas de jugar, así que lo más sencillo es que me digas cuál es la propuesta para que pueda responderte a ella.

—La propuesta llegará cuando me demuestres que eres alguien en quien se puede confiar —insistió él.

Anna frunció el ceño, desconcertada. Estaba claro que aquello era por algo.

Julio la miraba con intensidad y ella esperaba que dijese lo que fuera, pero no parecía muy motivado a hacerlo. Empezó a darle vueltas a una idea. Solo había una cosa en la que había mentido, pero Julio no podía saberlo. ¿O sí?

—¿No es más fácil que lances tu acusación directamente? —preguntó.

Él se mordió el labio superior valorando lo que debía decir y se puso de pie.

—Si es lo que quieres... Pero debes comprender que una vez que lo haga no podré contratarte de ningún modo. En cambio, si me lo explicas tú, tendré en cuenta esa confesión como una muestra de buena voluntad por tu parte.

Anna frunció el ceño. Estaba claro que sabía lo de la orientación sexual de su primo y que ella era una impostora. Le estaba dando la oportunidad de enmendar su error y mostrar sus cartas. Pero aquellas cartas no eran suyas. Aquella confesión no podía hacerla sin traicionar a Pablo.

Como si Julio viese las dudas que la atenazaban, se inclinó sobre la mesa y cogió una hoja en la que había estado haciendo números.

—Esto es lo que te pagaría por hacer el trabajo —dijo mostrándosela—. En esa biblioteca hay primeras ediciones del siglo XVIII, del XIX y del XX, creo que para alguien como tú eso no es ninguna nimiedad.

Anna no pudo contener el suspiro y asintió, consciente de que iba a perder una increíble oportunidad.

—Me habría encantado hacer el inventario de esa biblioteca, pero está claro que el trabajo no era para mí —dijo.

Esperó unos segundos, pero al ver que Julio no se inmutaba, se encogió de hombros y se dirigió a la puerta, resignada.

—Supongo que fue idea de Pablo —dijo Julio cuando Anna tenía la mano en el pomo de la puerta.

No se volvió, pero tampoco salió del despacho.

—Mi primo es más tonto que las piedras —dijo Julio.

Ella se volvió hacia él, enfadada.

—No hables así de él, tú no entiendes...

—¿De verdad te llamas Anna y eres amiga suya o te ha contratado en alguna página de internet? —preguntó volviendo a sentarse sobre la mesa sin dejar de mirarla.

—No hace falta que seas borde —dijo ella.

Julio Dante levantó una ceja como si no diese crédito a lo que oía.

—¿Te vas a poner fina conmigo? Has venido a casa de mis abuelos, a sus bodas de oro. Te presentas contando un montón de mentiras...

—¿Un montón de mentiras? —Anna se acercó a él y sus ojos echaban chispas—. ¿Qué sabes tú de mí?

—Sé que nos has engañado a todos —dijo él muy serio—. Y sé por qué lo ha

hecho Pablo, es un cobarde y no se atreve a enfrentarse al abuelo. Pero tú, ¿qué sacas tú de toda esta mentira?

—No saco nada —dijo ella sin confesar, aún no tenía claro qué era lo que él sabía.

—¿Quieres que crea que has aceptado todo este montaje por amor al arte?

—Por amistad, sí —respondió con mirada orgullosa.

—Amistad... —el tono de Julio llevaba una buena carga de desprecio.

—¿Qué pasa? ¿No has tenido nunca un amigo? —atacó ella.

Julio sonrió con los labios aunque sus ojos seguían fríos como el hielo.

—Que llevara falda, no —dijo.

—Ya te digo que yo no suelo llevar mucho falda —respondió ella.

El primo de Pablo la miró desconcertado y después de unos segundos se echó a reír a carcajadas. Anna no supo cómo reaccionar.

—Explícamelo todo, anda —dijo él haciendo un gesto con la mano para que hablase—. Sé que Pablo es gay, deja de tratarlo como si fuese un testigo protegido.

Julio se levantó y dio la vuelta a la mesa para sentarse en la silla en la que estaba trabajando cuando ella llegó.

—Está claro que eres una persona de confianza, estabas dispuesta a perder el trabajo por no revelar el secreto de un amigo. Eso me gusta, pero te agradecería mucho que no me mintieses de aquí en adelante, si vamos a trabajar juntos.

Anna abrió los ojos, emocionada.

—¿Me vas a contratar? —preguntó.

—Necesito a alguien que haga ese inventario —dijo mirando los papeles desparramados sobre el escritorio—, y lo necesito mucho. Sí, te voy a contratar.

Julio levantó la mirada posándola sobre ella y Anna captó en sus ojos un ligero cambio, un destello de ternura. Y curiosidad, una intensa curiosidad. La joven sintió un escalofrío que le recorría la espalda de arriba abajo.

—Estoy en un momento de mi vida en el que no necesito más complicaciones —dijo él a modo de advertencia—. Supongo que sabes en el lío que me metí y lo mal que acabó, así que ahora a lo único que aspiro es a tener una vida aburrida y monótona.

Anna no supo qué contestar. No tenía claro si debía sentirse halagada u ofendida. Parecía haber captado la atracción física que ella sentía hacia él y no sabía si estaba dándole calabazas o diciendo que a él le pasaba lo mismo, pero que no podía ser. Decidió prescindir de ese tema. Bastantes quebraderos de cabeza tenían ya.

—Entonces, ¿tengo el trabajo? —preguntó.

Julio Dante asintió y una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Anna antes

de salir del despacho. Cuando cerró la puerta tras ella, el ex-senador se recostó en su butaca y juntó las manos, concentrado. Estaba convencido de que acababa de meterse en un problema.

Capítulo 6

—Debía haberlo imaginado —dijo Pablo cuando escuchó la historia—. Julio no es ningún tonto.

—No, no lo es —confirmó ella—, como probablemente no lo sea nadie de tu familia.

Siguieron por el camino de grava que salía de la propiedad. Comenzaba a hacerse de noche y la casa proyectaba su sombra en el jardín. Anna había ralentizado el paso y caminaba detrás de él admirando el lugar en el que estaba, tratando de imaginar cómo habría sido nacer allí.

—Ven —dijo Pablo haciéndole un gesto—, vamos a las bodegas.

Anna aceleró el paso para ponerse a su lado. El edificio estaba perfectamente integrado en el paisaje de los viñedos. Pablo la llevó hasta la sala de las barricas, en la nave de crianza subterránea.

—En estas tres alturas hay mil doscientas barricas de roble, descansando en durmientes metálicos —dijo Pablo—. Cuando era un crío venía aquí muchas veces y me dedicaba a contarlas. Me escondía, ¿sabes?

Anna lo miraba con atención.

—No es lo mismo vivir en una capital como Madrid que en un pueblo de Toledo —dijo su amigo.

—Pero ya no eres un crío, Pablo —le dijo Anna acercándose a él—. Y tienes derecho a enamorarte, a traer a tu pareja aquí para que sepa que contabas las barricas mientras tratabas de huir de la persona que eras.

Pablo asintió, pero Anna vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quiero mucho a mi abuelo —dijo limpiándose los ojos con el dorso de la mano—. Lo quiero y lo admiro más que a nadie en el mundo. Siempre fue mi héroe. Si me da la espalda...

Anna puso una mano en su hombro y lo miró con ternura.

—Si realmente es la persona que crees que es, no lo haré. Y si no es esa persona, cuanto antes lo sepas, mejor.

Pablo respiró hondo y sorbió las lágrimas que le bajaban por la nariz.

—Sé que tienes razón —dijo asintiendo—. Y, cierto modo, quise que me acompañaras porque sabía que me dirías exactamente esto. Hemos hablado muchas veces de que las luchas por conseguir derechos solo vencen si son desde dentro. ¿Qué clase de persona soy si no tengo la valentía de enfrentarme a los míos?

Anna lo miró con ternura.

—Eres la persona más valiente y más buena que conozco —dijo.

—Será mejor que lo haga cuanto antes. ¿Vienes?

Anna negó con la cabeza.

—Me quedaré un rato, luego vuelvo tranquilamente. Tú ve, no esperes más.

Observó a su amigo alejarse con una opresión en el pecho. Sabía que era lo que debía hacer, pero temía lo que pudiese ocurrir. Y más siendo una ocasión tan especial.

—¿Se ha enfadado? —la voz de Julio desde la oscuridad la hizo dar un salto.

—¡Qué susto! —exclamó sin tapujos.

Él bajó las escaleras y se acercó.

—Hacía tiempo que no bajaba aquí —dijo mirando a su alrededor.

Anna lo miró sorprendida.

—¿Nos has seguido?

—Quería hablar con Pablo para explicarle lo que ha ocurrido —dijo él—. Y sí, os he seguido.

—Pero no has dicho nada —dijo ella con desprecio—, has preferido quedarte en la oscuridad espiándonos.

—No estaba espiándoos —respondió él—, de hecho me he alejado para no oír lo que decía. No suelo poner la oreja en conversaciones privadas. Y la vuestra lo era.

El silencio era uno más en aquella reunión y Anna no podía dejar de mirar aquellos ojos que allí dentro se veían aún más irreales. Julio la miraba de un modo extraño, como si estuviese calibrando algo pero aquello lo perturbaba de algún modo.

—Quiero que sepas que valoro lo que has hecho por él —dijo de pronto—. Lo de venir y también lo de no delatarle, aunque sea una estupidez que me lo ocultaseis a mí.

—¿Ah, sí? ¿Lo valoras? —dijo ella con ironía.

Él se rió y Anna tuvo la sensación de que había cierta burla en aquel gesto. Quizá fue porque le recordó la risa de su padre cuando sabía que la había avergonzado delante de sus compañeros de clase. Compañeros, que no amigos, porque nunca los tuvo. Se recordó que ahora ya no era aquella niña despreciada, sino una mujer independiente que había dejado tras de sí toda aquella horrible vida.

—Supongo que es difícil de entender, para alguien como tú, lo que supone para Pablo...

—¿Alguien como yo? —la interrumpió él frunciendo el ceño.

—Sí, alguien con tu éxito, tu personalidad y tu... aspecto.

Las arrugas en la frente de Julio se hicieron más pronunciadas.

—¿Mi aspecto? —dijo con una expresión entre divertida y ofendida.

—Quiero decir que seguro que todo en la vida te ha venido siempre de cara y eso no te permite entender las debilidades de los demás.

—¿Por qué piensas que todo en la vida me ha venido de cara?

—Es evidente —dijo ella.

—Supongo que te refieres al hecho de que mi familia tenga dinero.

—Hombre, eso ayuda bastante —dijo ella con expresión cínica.

—Cualquiera diría que has vivido en la miseria —dijo él levantando una ceja.

—No, no he vivido en la miseria —dijo ella.

—Tienes una carrera universitaria y eso vale dinero.

Anna se mordió el labio para no responder y eso despertó aún más la curiosidad del ex-senador.

—¿Has estudiado con beca? —preguntó.

Ella desvió la mirada, incomprensiblemente avergonzada, y asintió.

—¿Tus padres viven? —preguntó él—. No quisiera...

—Sí, mis padres viven —le cortó ella cansada de jugar al gato y al ratón—. No tengo ninguna relación con ellos.

—¿Desde cuándo?

—Desde que cumplí los dieciocho.

Julio la miró con más interés.

—Si hay algo que debas contarme es mejor que lo hagas ahora, antes de que te contrate —dijo.

Anna lo miró sin comprender y después de unos segundos de escrutinio se dio cuenta de lo que estaba pasando por su cabeza.

—No me echaron de casa por hacer nada malo —dijo, molesta—. Mi padre es un alcohólico y a mi madre le importo un bledo.

—No hace falta que me cuentes...

—Ya —le cortó ella—, por eso me estás interrogando.

—Voy a meterte en mi casa...

—¿Tu casa? —dijo ella confusa.

—Hasta que la venda viviré allí —dijo él sonriendo—. Y tú también, no es una casita en medio de la ciudad a la que podamos ir de ocho a tres. Es un palacio en las afueras. Allí lo único que escucharemos serán los cantos de los pájaros y la voz de Sofía cuando nos llame para comer.

Anna lo pensó unos segundos y finalmente decidió que no tenía nada que ocultar.

—Mi madre nunca quiso tener hijos, me tuvo contra su voluntad. Mi padre la

obligó a llevar el embarazo adelante. Fui una decepción y mi padre nunca aceptó bien las decepciones...

Julio la miraba muy serio.

—¿Te pegaba? —preguntó entre dientes.

Anna se mordió de nuevo el labio, hablar de aquello seguía resultando demasiado difícil.

—Cuando bebía... —dijo apartando la mirada—. Pero lo peor no era eso, los golpes casi siempre duran un instante. Lo peor era la vergüenza.

—¿Y tu madre no hacía nada? —Julio sentía que le hervía la sangre.

—Mientras se desahogaba conmigo ella podía estar tranquila.

Julio se quedó perplejo.

—Has dicho casi siempre —dijo.

Anna lo miró sin comprender.

—Has dicho que los golpes casi siempre duran un instante —explicó él.

La joven respiró hondo, no era nada agradable estar hablando de aquello, pero si quería entablar una relación de confianza aquel era el único modo.

—Alguna vez se le fue la mano y acabé en el hospital. Costillas rotas, brazo roto...

—Hijo de puta —dijo Julio resoplando por la nariz.

—Todo aquello se acabó el día que me marché —dijo ella—. Ahora son solo malos recuerdos.

—¿Cómo conseguiste ir a la universidad? Eres muy joven.

—He tenido beca todos los años —dijo ella sonriendo, ahora orgullosa.

Julio sonrió también.

—Debes de tener un cerebro prodigioso —dijo.

Ella se mostró satisfecha.

—No me quejo —dijo.

—¿Y qué papel juega Pablo en todo esto? —preguntó interesado.

—Encontrar a Pablo fue una bendición. Yo trabajaba, pero tenía poco dinero, y él se portó genial conmigo. Enseguida nos hicimos amigos y entonces aún fue más bueno conmigo. Le debo mucho.

—Realmente Pablo es el mejor tío que conozco —dijo muy serio—. Pasando por alto el hecho de que sea gay...

Anna lo miró horrorizada y Julio se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué susto me has dado! —dijo Anna con una sonrisa sincera.

—¿Y por qué se ha ido Pablo?

—Para hablar con tu abuelo.

—¿Le va a contar...?

Anna asintió antes de que acabara la frase y Julio la cogió de la mano y tiró

de ella hacia las escaleras.

—Vamos, tenemos que darnos prisa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella preocupada.

Julio no contestó. Subieron las escaleras y salieron de las bodegas corriendo.

—¿Qué pasa? —insistió Anna—. Me estás asustando.

—Debemos impedirselo —dijo Julio llevándola hasta un caballo que estaba apostado junto a un árbol.

El primo de Pablo se subió sobre el animal con gran dominio y le ofreció la mano para ayudarla a subir tras él.

—Nunca he montado a caballo —dijo ella, insegura.

—Tranquila, solo tienes que poner el culo en el caballo —dijo él con urgencia—. Pon el pie en el estribo y dame la mano, yo haré el resto.

La joven sintió la fuerza de aquel brazo que parecía a punto de romper la manga de la camisa. Cuando estuvo subida detrás de él y sintió las manos rodeando su cintura, Julio espoleó al equino galopando hacia la casa.

Vieron a Pablo cuando estaban a trescientos metros de la casa. Cuando Julio detuvo el caballo levantó la pierna por encima de la cabeza del animal y saltó al suelo, para después ayudar a Anna a bajar. Sin esperar echaron a correr y llegaron al despacho del abuelo cuando Pablo acababa de soltarle la bomba.

Juan Plazola miraba a su nieto fijamente, sin pestañear. Anna observó el lenguaje no verbal, puños apretados, mejillas contraídas, el color rojo que subía desde el cuello... Sabía leer muy bien ese tipo de señales e hizo ademán de entrar, pero Julio la sujetó, impidiéndoselo.

—¿Me estás diciendo que tengo un nieto maricón? —La voz del abuelo golpeó a Pablo como una bofetada—. ¿Y entonces quién es esa muchacha? ¿Una puta? ¿Le pagas para engañar a tu familia?

—Anna es una amiga...

—¡Quítate de mi vista! —gritó el hombre mirándolo como si quisiera fulminarlo.

—Abuelo... —Julio se acercó temiendo que el anciano hiciese algo de lo que tuviese que arrepentirse.

El viejo lo miró con fuego en los ojos.

—¿Tú sabías esto? —preguntó enfrentándose a su otro nieto—. ¿Tú eras conocedor de esta infamia?

—Tranquilízate —dijo Julio—. Pablo es tu nieto, su orientación sexual no tiene nada que ver con nosotros.

Juan Plazola era un hombre de otra época, todos lo sabían. Su padre lo crió bajo un estricto sistema en el que recibió diez bofetadas por cada halago o cariño. Con una educación religiosa profunda, tenía una opinión sobre la sexualidad de lo más simple: los hombres y las mujeres están en el mundo para procrear, de ahí que tiendan a amarse. Todo lo demás era vicio y perversión. Así había vivido toda su vida y así pensaba seguir hasta el día de su muerte. Lo último que esperaba era que uno de sus nietos lo avergonzase con una abominación como aquella. Todo eso estaba muy bien en el cine o en las series cómicas, pero ¿un nieto suyo? ¿Un Plazola?

—Te he hecho una pregunta. ¿Tú sabías algo de esto? —preguntó acercándose a su otro nieto con dedo acusador.

—Él no sabía nada —le espetó Pablo—. Nadie de la familia lo sabe.

Su abuelo se volvió a él, furioso.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? ¿Precisamente hoy? —le recriminó—. ¿No podías dejarme en paz esta noche?

—Eres la persona que más admiro en el mundo —dijo Pablo controlando las ganas de llorar—. No podía seguir mintiéndote.

Su abuelo lo miró muy serio, tanto que Pablo se estremeció y Julio cerró los ojos un instante temiéndose lo peor.

—Os quedaréis a la fiesta, pero te juro que como tu abuela se entere de esto no solo te echaré a patadas de mi casa, puedes estar seguro de que no volverás a poner un pie en ella. Y olvídate de heredar un euro de mi dinero. Y de encargarte de los viñedos.

Pablo sintió que las lágrimas le quemaban los ojos, pero apretó los dientes y los puños y se prohibió llorar. Todo su cuerpo estaba tenso como las cuerdas de una guitarra y sentía un dolor enorme en el pecho. Julio no sabía qué decir, temía que si volvía a intervenir lo empeorase todo aún más.

—¡Salid de mi despacho! —gritó Juan—. ¡Los tres!

Pablo echó a correr y Julio le hizo un gesto a Anna para que saliese delante de él.

—Perdóneme lo que voy a decirle —dijo ella acercándose al viejo, que ya se había dado la vuelta—, pero es la persona más estúpida que he conocido en mi vida.

Juan Plazola se volvió lentamente. Sus ojos echaban chispas, pero Anna había vivido durante años bajo la sombra del terror y resultó para ella gratificante poder enfrentarse a aquel energúmeno sin miedo.

—Tiene un nieto maravilloso que lo mira como a un héroe —dijo sin amilanarse—. Alguien que le quiere con devoción y cuyo único temor en la vida era decepcionarle. Y usted solo, sin ayuda de nadie, acaba de mostrarle su

verdadero rostro. Un rostro repugnantemente triste, un rostro débil y cobarde...

—Anna. —Julio la cogió del brazo para llevársela de allí, pero ella se soltó con brusquedad.

—Usted ha acabado de un plumazo con los pilares que sostenían su admiración y respeto mostrándole la sucia realidad —le espetó—. ¡Usted, que debería quererle y protegerlo de cualquier mal! ¿Qué clase de daño le hizo su padre que lo convirtió en un monstruo?

—Llévatela de aquí —dijo Juan mordiendo las palabras.

Julio la cogió con firmeza y la llevó hasta la puerta, pero antes de salir Anna se volvió de nuevo.

—Me da usted pena —dijo con desprecio—; asco también, pero sobre todo me da pena.

Julio tiró de ella y la sacó del despacho cerrando la puerta tras ellos.

—Pero ¿tú de qué vas? —la recriminó cuando estuvieron lejos de allí.

Anna se metió las manos en los bolsillos de su tejano y lo miró desafiante.

—Es un homófobo de mierda —dijo con desprecio.

—Estás hablando de mi abuelo —dijo Julio sin dar crédito.

—¿Y? —Ella lo desafiaba con la mirada—. Los homófobos tienen nietos, y los racistas. ¡Hasta los asesinos tienen nietos! ¿Qué tiene eso que ver?

—Estás en su casa, le debes un respeto.

—¿Perdona? No le debo una mierda —dijo furiosa—. Estoy aquí por Pablo, a mí tu abuelo me importa una mierda.

—Has dicho mierda tres veces, deberías ampliar tu vocabulario.

Anna abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla negando con la cabeza como si no le saliesen las palabras.

—Pablo sabía lo que pasaría —dijo Julio al fin—. Debió hacer caso a su instinto.

—¿Y ya está? —Anna se sacó las manos de los bolsillos, estaba realmente muy enfadada—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Se dio la vuelta como si fuese a marcharse, pero cambió de opinión y se acercó a él. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban rojas.

—Luego, esta noche, cuando te conectes a Facebook escribes aquello de: *primero fueron a por los judíos, pero yo no era judío y no hice nada.*

—¿Qué crees que podía hacer? —dijo Julio irritado—. No es así como se hacen las cosas, deberíamos haber planeado algo. Yo...

—¿Tú qué? —le cortó ella—. ¿Qué habrías hecho? ¡Le habrías dicho que no dijese nada! No fuese a estropear la estupenda velada familiar. Me dais asco.

—¿Tú qué habrías hecho?

—Yo me habría enfrentado a él —dijo con los ojos llenos de lágrimas—, se

supone que os queréis, mierda. Y sí, ya sé que he dicho mierda otra vez, pero es que no se me ocurre ninguna otra palabra que defina mejor todo esto. ¡Pensaba que erais una familia de verdad!

Anna no esperó más y echó a correr hacia las escaleras para subir a la habitación bajo la atenta mirada de Julio, que no entendía porqué le importaba tanto lo que ella pensase de él. Tuvo que frenar sus pies que involuntariamente deseaban obligarlo a ir tras ella. ¿De dónde sacaba su fuerza aquella criatura? Su pasión lo había arrollado dejándolo confuso.

Capítulo 7

Pablo se hallaba de pie frente a la ventana. Su bolsa estaba en el suelo y la ropa que había sacado del armario tirada sobre la cama.

—No puedo irme —dijo cuando la oyó entrar y cerrar la puerta—. Es lo que quería hacer, pero no puedo hacerle eso a mi abuela. Ni a los demás.

Anna se acercó y lo abrazó sin decir nada. Cuando su amigo rompió a llorar como un niño, lo arrastró hasta la cama y se sentó junto a él sin dejar de abrazarlo.

—Cuando tenía seis años yo creía que mi padre era un héroe —empezó a decir con voz suave, como ella imaginaba que hablaban las madres que querían a sus hijos—. Les hablaba de él a los otros niños como si creyese que era Dios. Un día, al volver a casa, encontré a mis padres discutiendo. Mi madre estaba despeinada y tenía la ropa desarreglada, y mi padre estaba rojo y gesticulaba de manera violenta. Ya los había oído discutir, pero siempre me mandaban a mi habitación y nunca vi lo que pasaba. La puerta de nuestro piso estaba abierta, supongo que mi madre iba a salir y la ropa que llevaba fue la excusa para iniciar la discusión. Vi cómo mi padre la cogía del pelo y la arrastraba por la habitación mientras le susurraba toda clase de insultos. Mi padre rara vez gritaba, no lo necesitaba. Recuerdo que me quedé paralizada. Mi respiración era corta y rápida, no me entraba el aire en los pulmones y tenía muchas ganas de llorar. Estaba como en trance, como si creyera que aquello era una pesadilla y no pudiese despertarme. Recuerdo el miedo que sentía, un miedo atroz y frío que se coló en mi cerebro y lo anegó todo. Barrió cualquier otro sentimiento que tuviese hasta entonces.

Pablo se apartó para mirarla y se secó las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—Hasta ese día mi padre me había visto como un juguete, algo con lo que divertirse. Pero acababa de ver su verdadero rostro. Sus ojos me miraron con odio, como si fuese yo la que lo había convertido en aquel monstruo. Me ordenó que me fuese a mi cuarto, pero yo no podía moverme. —Anna paró un momento y cerró los ojos para recuperar la compostura—. Nunca he hablado con nadie de ese día. Me meé en las bragas. Temblaba tanto que era como si alguien me estuviese sacudiendo. Se acercó a mí despacio, como si tuviese dudas. Me golpeó tan fuerte que me tiró al suelo. Yo me puse a gritar aterrada y...

No pudo seguir hablando. Aquel momento era el único que nunca había podido revivir. Después hubo muchas palizas, pero aquella sin duda había sido la

peor. Porque aquella se la dio su héroe.

Pablo la rodeó con sus brazos y se quedaron así durante mucho rato.

—Gracias, Anna —dijo cuando se separó.

—Tú no has hecho nada malo —dijo ella—. Si tu abuelo no es capaz de pasar por encima de sus prejuicios para llegar a ti es que no es la persona que tú creías, y es mejor que lo aceptes cuanto antes.

—Lo sé —repitió él.

—En el fondo siempre supiste cómo sería, por eso no querías decírselo —dijo Anna yendo un paso más allá.

—He escuchado muchas veces su discurso machista —reconoció él—, un discurso que le grabó su padre a fuego. Por eso pensé que se caería por el peso de los sentimientos que tiene hacia mí.

—Las personas mezquinas no ven más allá de su mezquindad —dijo Anna—. Quizá haya sido por la sorpresa y después de recapacitar se dé cuenta de que no quiere perderte. Pero si no es así, no será culpa tuya. Querrá decir que es una persona despreciable que no merece tu cariño.

—Siempre tendrá mi cariño —dijo Pablo muy serio—. Aunque no lo quiera. Esto no borrará de un plumazo lo mucho que le quiero.

Anna sonrió y puso una mano en su mejilla.

—Eso te honra. Y por eso te quiero tanto.

Pablo sonrió por fin.

—No podemos gustarle a todo el mundo.

—Lo importante es que le gustemos a la gente adecuada —dijo Anna, repitiendo la frase que él siempre decía.

La cena fue un poco extraña. La primera impresión que se había llevado Anna, la de una familia unida y feliz, se le había desmoronado entre los dedos. Ahora miraba a Juan Plazola y ya no veía al increíble hombre que había levantado un imperio sin olvidarse de lo verdaderamente importante. Ahora lo único que veía era un hombre con los pies de barro y el corazón negro.

Pablo trataba de comportarse como siempre, pero sentía los ojos de su abuelo como teas encendidas que le atravesaban la piel. Y al mirar a sus padres y a su hermana se sentía como el mayor de los cobardes.

Julio se esforzó en mantener en alto la conversación, distrayendo la polémica hacia temas lo más alejados posible de la zona de tensión.

—¿Qué pasa? ¿Habéis discutido? —La abuela de Pablo se acercó a Anna

durante la fiesta.

—No, no, estamos muy bien —dijo la joven tratando de sonar natural.

Lucía miraba a su nieto, que estaba sentado en una de las tumbonas del jardín, frente a la piscina.

—Conozco bien a mi nieto, le pasa algo, y si no es contigo entonces es con su abuelo porque Juan también está muy raro...

Anna se volvió a la mujer y la miró a los ojos.

—Hoy son sus bodas de oro, creo que debería disfrutar de tener aquí a todos sus hijos y nietos. Lo demás seguirá ahí mañana —dijo.

Lucía no tuvo ya dudas de que entre abuelo y nieto había ocurrido algo.

—Eres muy lista, muchacha. Pero yo soy vieja y eso es un plus.

La mujer se alejó de ella y Anna siguió bebiendo del mojito sin alcohol que le había preparado Julio.

—He visto que mi abuela ha intentado sonsacarte —dijo acercándose a ella.

—No he dicho nada —se apresuró a decir Anna.

—Lo sé. ¿Cómo está Pablo? —Su expresión preocupada era sincera.

—Mal —dijo Anna—. Ha sido un golpe terrible para él, aunque en el fondo se lo esperara.

Julio asintió y bebió de su vaso.

—Mi abuelo es un hombre de otra época. A él le enseñaron que las cosas son blancas o negras. Así ha vivido toda su vida y no está preparado para cambiar.

—Pero decías que era un cobarde por no decirlo —dijo Anna tratando de no sonar recriminadora.

—Nunca me referí a mi abuelo —dijo Julio sin apartar la mirada de su abuela y su primo—. Me refería a sus padres, a Vero. A mí. De todas maneras, no es muy aconsejable seguir mi criterio, no hay más que ver cómo me ha ido.

Anna lo miró sorprendida.

—¿Lo dices por tu dimisión? —dijo ella—. No podías hacer otra cosa.

Él la miró con atención.

—¿Estás de acuerdo en lo que hice?

Anna asintió repetidamente.

—Evidentemente.

—¿No piensas que traicioné a mi partido? ¿Qué traicioné la confianza del Presidente? ¿No piensas que dejé a compañeros honrados en entredicho? —preguntó mirándola con fijeza.

—No —respondió Anna tajante—. Creo que tuviste mucho valor y que Teresa Viudez se hubiese sentido orgullosa de haber podido escucharte. Diste sentido a su muerte.

—Vaya —dijo sonriendo—, veo que tenemos aquí a una idealista. ¿No serás

realmente de Podemos?

—Ya dije que no me gusta la política —dijo Anna y bebió de su mojito—. No importa lo buenas que sean las intenciones de alguien, si se mete en una ciénaga saldrá de barro hasta las orejas.

—Buena metáfora —dijo Julio con algo extraño en su mirada.

En la cabeza de Anna sonó una alarma taladrante: «Cuidado, cuidado, cuidado». Fijó la mirada en el agua de la piscina. Sabía que Julio la estaba mirando, podía sentirlo como si fuesen sus dedos los que la rozasen. La hacía sentir insegura, pero no quería demostrárselo de ningún modo.

—Pareces incómoda —dijo él como si hubiese leído su mente.

Anna sintió el calor en sus mejillas y se maldijo por estúpida.

—Estoy preocupada por Pablo —mintió.

Julio no dijo nada y se dedicó a beber de su vaso. Tampoco él estaba cómodo y no era una sensación a la que estuviese acostumbrado. Siempre se sentía seguro, lo que a algunos les había hecho verlo como alguien arrogante. Pero no era arrogancia, era una cualidad que tienen algunas personas que son conscientes de que realmente no importa mucho lo que los demás opinen de uno, si no lo fieles que seamos a nosotros mismos. Y, sin embargo, cuando estaba frente a los ojos escrutadores de aquella mujer toda su seguridad se diluía como hielo en lava ardiente.

La fiesta se le hizo larga. Los discursos le resultaron ñoños y falsos, pero a pesar de todo no pudo deshacerse de un cierto sentimiento de envidia por lo que tenían. Aunque no fuese perfecto, era mejor que lo que ella había vivido. En medio de la alegría forzada, Anna captó varias miradas de Juan Plazola que la hicieron empalidecer. Aquel hombre estaba acostumbrado a poner a la gente en su sitio y sabía que rabiaba por no poder hacerlo con ella. Tan solo el enorme amor que sentía por su mujer le impedía echarla de allí.

A media noche todo el mundo había bebido demasiado y Anna decidió que ya había cumplido con su cometido y decidió retirarse.

—Voy a acostarme —dijo agachándose junto a la tumbona en la que estaba Pablo—. ¿Quieres venir o te quedas?

El joven se levantó.

—No, me voy contigo —dijo cogiéndola de la mano.

—¿Adónde vais tan pronto? —preguntó la abuela de Pablo—. Pero si solo son las doce y media. Estos jóvenes no aguantan nada, ¿verdad, Juan? En nuestros tiempos...

—Déjalos que se marchen —la cortó su esposo—. Son jóvenes, quieren disfrutar de la noche.

—Mañana nos marchamos temprano —dijo Pablo ignorando el comentario capcioso de su abuelo. Le dio un beso a Lucía—. No cambies nunca, abuela.

—¿No os quedabais hasta el mediodía? —dijo la anciana después de darle un montón de besos como tenía por costumbre—. Creía que no os marchabais hasta por la tarde.

—No, abuela, tenemos cosas que hacer en Madrid —mintió Pablo, y volviéndose al resto de la familia gritó:—. ¡Nos vamos!

Todo el mundo se acercó para despedirse y besaron a Anna como si fuese una más. Cada palabra y cada beso no hicieron más que aumentar la vergüenza que la joven sentía por mentirles.

—Dile a mi hermano que te dé mi teléfono —dijo Vero bajando el tono—, así cuando rompáis podremos seguir en contacto.

Anna la miró sorprendida pero asintió. Vero acercó su boca a la oreja de Anna.

—Sé que mi hermano es gay —susurró y después se apartó para mirarla a los ojos con una expresión triste que la sorprendió.

Anna no dijo nada y dejó que Pablo la cogiese de nuevo de la mano. Juntos entraron en la casa dejando atrás las voces y risas de los otros en el jardín.

—¿Ya os vais a la cama? —Julio llegaba con una bandeja de sándwiches.

—Veo que tienes hambre —dijo Pablo.

—Si no sacamos algo de comer acabarán todos borrachos perdidos, y ya sabes lo tonto que se pone mi padre cuando bebe —dijo al tiempo que dejaba la bandeja en una mesa.

—Nos iremos temprano y queremos descansar —dijo Pablo sonriendo.

—Lo comprendo —dijo Julio muy serio—. Si tenéis una noche tan movida como la de ayer os haré una visita y te daré la mayor paliza de tu vida.

—No me había dado cuenta de que te habías vuelto un capullo —dijo Pablo sonriendo.

—Mira quién habla, el que guardaba en secreto que se había vuelto un gilipollas.

Los dos primos se dieron un abrazo.

—Siento lo que ha pasado, tío —dijo Julio.

Pablo se encogió de hombros.

—¿Sabes aquello de que no es lo que te pasa sino lo que te dices sobre lo que te pasa? —preguntó Pablo—. Pues a mí no me ha pasado nada.

—Bien dicho —dijo Julio con expresión sincera, y después de eso volvió la mirada hacia Anna—. Encantado de conocerte, Anna, espero que no todo haya sido malo estos dos días.

Anna le dio dos besos y luego negó con la cabeza.

—Ha sido interesante ver las cosas desde este ángulo —dijo.

—Has visto que en el fondo en los dos lados es lo mismo —dijo Julio.

Pablo miró a Anna.

—¿Le has hablado de...? —No terminó la frase temeroso de meter la pata.

—Sí, tranquilo, sabe lo importante de la familia Medián.

—Vaya —dijo su amigo mirando a Julio—, a mi tardó varios meses en contármelo.

—Sabes que hago hablar a la gente —dijo su primo sonriendo.

Anna se volvió a mirar hacia el jardín y se topó con los ojos del abuelo.

—Vuestro abuelo nos está observando —dijo volviendo la cabeza rápidamente.

Julio miró hacia el exterior con semblante tranquilo y se encogió de hombros.

—Tiene que hacerse el gran hombre, es su papel.

Anna se sorprendió de su serenidad, pero teniendo en cuenta que estaba frente a un hombre que le había colgado el teléfono al Presidente del Gobierno no parecía tan raro.

—Que paséis buena noche y un buen viaje de regreso —dijo cogiendo la bandeja de sándwiches.

Ya se alejaban cuando Julio los llamó. Dejó la bandeja de nuevo en la mesa y se acercó a ellos.

—¿De verdad tenéis que volver a Madrid? —preguntó.

Su primo frunció el ceño sin decidirse a contestar a eso.

—Podríamos hacer una visita al Palacio de Pozo Frío —dijo Julio—. Así Anna podría ver la biblioteca y conocer a Sofía y a Cata.

Pablo miró a su amiga, interrogante.

—¿Te gustaría? —preguntó.

Anna asintió.

—Me encantaría —dijo ella.

Pablo le hizo un gesto afirmativo a su primo.

—Decidido, Anna va contigo a Pozo Frío y luego la llevas a Madrid —dijo.

—Pero ¡qué dices! —Anna negaba con la cabeza—. Si yo voy tú también.

—Yo ya he visto el palacio y me apetece mucho volver a Madrid —dijo Pablo—. Pero tú te mueres por ver esa biblioteca, no lo niegues. Y por Julio no te preocupes, tiene piso en Madrid, no creo que le importe dormir allí una noche.

—En absoluto —dijo el susodicho.

Los dos hombres miraban a Anna esperando su respuesta.

—Está bien —dijo ella dándose por vencida, como si no lo estuviese

deseando.

—Yo me iré temprano —dijo Pablo—. No me apetece otro desayuno familiar.

—Entonces tendré que dejar de beber ya —dijo Julio guiñándole un ojo y volviendo a por la bandeja de bocadillos.

—Si piensas conducir tú, más te vale —le dijo Pablo, y cogiendo a Anna de la mano se marcharon a dormir.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, cuando salieron de la casa con las maletas, Julio les esperaba apoyado en su coche, listo para salir.

—¿No se sorprenderán cuando vean que te has ido? —preguntó Pablo.

—Me despedí anoche —dijo Julio cogiendo la maleta de Anna y colocándola en el maletero.

—Que tengáis buen viaje —dijo Pablo después de colocar su bolsa—. Nos vemos en Madrid.

Anna lo abrazó y esperó a que subiera al coche y lo pusiera en marcha para sentarse junto a Julio en el otro vehículo.

—Lo he visto mejor —dijo el ex-senador cuando enfiló el coche hacia el camino de salida.

—Anoche estuvimos hablando hasta las cuatro de la madrugada —dijo ella.

Julio la miró un instante sin perder de vista el camino.

—Ya veo que te vas a quedar dormida enseguida —dijo.

—No duermo mucho —dijo ella sin dejar de mirar las viñas que se extendían a los lados de la carretera—. Tranquilo, no te dejaré solo.

Julio sonrió y durante unos minutos continuaron el camino en silencio.

—Cuando éramos niños Pablo y yo pasábamos aquí gran parte del verano —dijo, sacándola de sus pensamientos.

Anna podía imaginarse a sí misma corriendo entre las vides, jugando con ellos. Era un don que tenía desde pequeña. Era capaz de imaginarse haciendo cosas que jamás había hecho y que jamás podría hacer. Porque ya nunca volvería a ser aquella niña. Sin embargo, a veces sentía que podía viajar hasta aquel tiempo en el que se encerraba en su habitación y se sentaba en la cama con un libro como única compañía. Después de llegar del colegio y atravesar el pequeño piso ignorando los gritos y los insultos de su madre, procurando no cruzar la mirada con su padre. Entraba en la cocina, cogía un trozo de pan y sacaba de la nevera algo para meterle dentro y desaparecía en aquella habitación que se había convertido en su reducto. Un lugar misterioso y casi seguro. Casi.

—¿En qué piensas? —dijo Julio de pronto.

Ella lo miró con tanta tristeza que algo dentro de él se estremeció. ¿Su corazón? Anna volvió a mirar por la ventanilla negando con la cabeza. Hay cosas de las que no se puede hablar. Julio siguió conduciendo con la mente puesta en ella. Sabía que había padres capaces de hacer daño a unas inocentes

criaturas a las que deberían proteger. Apretó las manos alrededor del volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos y aquel gesto no pasó desapercibido para Anna, que lo observó por el rabillo del ojo preguntándose si aquella furia contenida era por ella.

—¿Qué hacías antes de meterte en política? —preguntó cambiando de posición y girándose hacia él.

Julio salió de sus pensamientos con cierta dificultad.

—Era profesor de derecho en la universidad.

—¿En serio? ¿Profesor? —Anna no disimuló su sorpresa.

—¿Qué? —preguntó él riendo—. ¿Tan raro te parece?

—¿Raro? ¡Increíble! —Trataba de imaginárselo dando clases y no podía. Si ella hubiese tenido un profesor así en la universidad no habría podido prestar atención a lo que explicase.

—Pues no se me daba mal —dijo él—. En cambio la política...

—¿Nunca ejerciste la abogacía? —siguió preguntando Anna.

Julio negó con la cabeza.

—Me gustaba la teoría, pero no el trabajo de campo —dijo con sinceridad—. Ya sé que es raro, todo el mundo...

—A mí no me parece raro —lo cortó.

—¿No? —Él la miró un instante para asegurarse.

—No —insistió—. Creo que una cosa es la materia en sí, el pensamiento de esa materia, y otra muy distinta llevarla a la práctica.

—Es eso exactamente —dijo él gratamente sorprendido—. Me gusta mucho el pensamiento en el derecho, las cosas tienen una razón de ser y se rigen por normas, lo que lo hace sencillo. Pero luego, en la práctica, el abogado debe aprender a retorcerlo y encontrar los recovecos por los que colarse. Yo prefería enseñar.

—Entonces tienes una plaza en la universidad esperándote —dijo ella.

Julio asintió.

—Sí, pero todavía no es el momento de regresar.

—Esperas a que todo se olvide —dijo ella.

Julio volvió a asentir y Anna se sentó mirando hacia delante.

—Supongo que es bueno tener un sitio al que regresar —dijo.

Quería preguntarle algo, pero no se atrevía. La tenía al lado, pero no podía mirarla con atención porque debía estar atento a la circulación, que era de doble sentido. Sin embargo, sentía su presencia como si no hubiese nada más que ella.

—Te gustará el trabajo —dijo de pronto.

Anna giró la cabeza para mirarlo. Tenía un perfil perfecto que hubiese querido dibujar si hubiese tenido talento para ello.

—Estoy segura.

—La biblioteca es una de mis habitaciones preferidas del palacio.

—Te gustaría que tu abuelo no lo vendiese, ¿verdad?

—Creo que es muy triste despojarse de tu historia —dijo él—, pero entiendo que para algunos esa historia es demasiado dolorosa. Me gustaría poder convencerle de mantenerlo en la familia.

—Es difícil —dijo ella sin darse cuenta.

—Tú le entiendes —dijo Julio—. A pesar de todo.

—Lo que hizo ayer no tiene justificación, pero me temo que su homofobia esté arraigada al maltrato que sufrió por parte de su padre. El verdugo deja su impronta en la víctima —sentenció.

Julio la miró un instante.

—¿Qué impronta crees que dejó tu padre en ti? —preguntó.

—El miedo a la entrega —dijo con sinceridad—. Confiar no es fácil para mí.

—Confiar en los demás es como lanzarse al agua sin saber cuánto cubre —dijo él sonriendo—. La única diferencia, entre tú y los demás, es que tú sabes lo que pasa cuando no cubre.

Anna apoyó la cabeza en su brazo y miró el paisaje a través de la ventanilla. Sentía que se resquebrajaba su coraza y no estaba preparada para ello.

Cincuenta minutos después, Julio Dante paraba el coche frente al Palacio de Pozo Frío. Matías salió de la casa cuando él puso los pies en el suelo y bajó del coche.

—Bueno, menudo madrugón te has dado —dijo riéndose de su amigo—. La fiesta no debió ser muy sonada si has podido madrugar y conducir.

—Eran las bodas de oro de mis abuelos, no la fiesta de carnaval de Marcos Alcántara.

—¡Menudas fiestas hace el tío! —dijo Matías poniendo los ojos en blanco—. ¿Te acuerdas de Lisa Thompson? ¡Dios, qué maravilla de mujer!

—Anda, no empieces —dijo Julio—. Necesitamos café, que apenas hemos dormido.

Matías inclinó la cabeza para ver a Anna, que salía del coche.

—¿Y esta quién es? —preguntó mirando a su amigo.

—Se llama Anna —dijo Julio—, y es bibliotecaria.

Matías frunció el ceño sin comprender mientras Anna se frotaba los ojos cansados acercándose a ellos.

—Hola —dijo sin saber si tenderle la mano o darle dos besos.

—Hola —dijo Matías sin hacer ninguna de las dos cosas y volviendo a mirar

a su amigo—. ¿Bibliotecaria?

Anna se encogió de hombros y dedicó toda su atención al palacio. Aquel lugar sería el sueño de cualquier princesa. Miró hacia uno de los balcones esperando ver asomarse a Rapunzel con su larga melena.

—Soy Matías Stewart. —Le ofrecía su mano después de una severa mirada de Julio—, el mejor amigo de Julio.

Anna le tendió la mano y Matías se colocó junto a ella frente al edificio.

—Recuerda a los palacios venecianos, ¿verdad? —dijo sonriendo—. Tiene una estructura ortogonal de villa palladiana. La fachada es de piedra de Carrejo. A mí me encantan esas galerías abiertas y decoradas con armaduras trilobuladas y columnata...

Matías se detuvo al ver la expresión de Anna.

—Matías es arquitecto y habla como un listillo —dijo Julio.

—¿Qué he dicho? —preguntó el otro siguiéndolos hacia el interior de la casa.

—Nada, Matías, nada —dijo su amigo.

Al entrar al hall Anna no pudo evitar lanzar una exclamación de sorpresa, abrumada por la belleza de la escalera monumental de dos brazos de alabastro situada al fondo.

—Yo no digo nada, habla tú, Julio —dijo Matías cruzándose de brazos.

—Pues este es el hall, esa escalera sube al piso de arriba y aún hay otro más —dijo Julio encogiéndose de hombros—. El palacio es de mil ochocientos noventa y siete y lo más chulo que tiene fuera son las gárgolas.

—¡Dios! —exclamó Matías.

Anna no pudo evitar reírse.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —preguntó el arquitecto con los ojos como platos—. Este palacio es una maravilla y añadido a su valor arquitectónico también tiene un gran conjunto de obras de arte, tanto pinturas como esculturas. Es un grandísimo edificio neogótico con aires venecianos y a este palurdo le parece que lo más «chulo» son las gárgolas.

—¿Dónde está Sofía? —preguntó su amigo ignorándolo.

—Desayunando en la cocina.

—¿Y a qué esperamos? —dijo Julio haciéndole un gesto a Anna—. ¿Tú no quieres un café?

La invitada no se hizo de rogar y le siguió sin perder detalle a cada paso. La cocina resultó ser una enorme habitación que habían modernizado con todo tipo de electrodomésticos, pero que mantenía su apariencia original. Con techos altísimos y materiales nobles como el roble en el suelo y los muebles.

Sentadas frente a la larga mesa de madera había dos mujeres jóvenes, una de

ellas parecía adolescente.

—Estas son Sofía y su hija Cata —dijo Julio presentándolas—. Esta es Anna, va a encargarse de la biblioteca.

—Hola, Anna, bienvenida —dijo Sofía levantándose y dándole dos besos.

—Hola —dijo su hija sin levantarse y sin soltar la tostada que untaba de mantequilla.

—Ahí tenéis café recién hecho, y podéis haceros tostadas o coger algún bollo —dijo Sofía volviendo a su sitio.

—Cogeré un bollo, gracias —dijo Anna señalando la cesta de mimbre.

—Los hace ella y están buenísimos —dijo Julio sacando dos tazas.

Matías se sentó frente a su servicio, que había dejado a medias cuando escuchó el coche pisando el suelo de grava de la entrada.

—¿Puedo? —preguntó Anna apartando la silla que había junto a Cata.

La joven se encogió de hombros y siguió a lo suyo.

—Cuando tengas un rato tenemos que hablar de lo de Albiol —dijo Matías mirando a su amigo, que se sentó junto a él y frente a Anna.

—Ya te dije que no —respondió Julio cogiendo un bollo.

—Eres un cabezón insoportable —dijo su amigo.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó Julio mirando a Sofía.

—Estupendamente. He pedido algunos presupuestos de lo que hablamos y los he dejado en tu mesa para que te los mires.

—Hay que reconocer que cuando quieres algo...

Sofía miró a Anna.

—¿Qué te parece todo esto? —le preguntó.

Anna lo pensó antes de contestar.

—No entiendo cómo no os estalla el corazón con tanta belleza —dijo mirando a su alrededor—. Los viñedos de sus abuelos, la casa en la que viven y ahora esto...

Julio la miró con ternura, mirada que no escapó a los ojos de Sofía.

—Si yo pudiera vivir en un sitio como este no saldría jamás de aquí —dijo Anna—. Me encerraría y tiraría la llave.

—Nos has traído una romántica incurable —dijo Sofía sonriendo—. Pues espera a ver el resto.

Anna la miró con los ojos muy abiertos mientras mordía el delicioso bollo. Sofía Rojas era una mujer preciosa, demasiado joven para tener aquella hija. Su cabello rubio y rizado caía alrededor de un bello rostro que parecía haber sido cincelado por un experto artista. Cada uno de sus rasgos perfeccionaba el conjunto sin que con su actitud mostrase ser consciente de ello. Al mirar a Cata percibió el enorme parecido entre ambas. Tan solo su pelo, de un castaño dorado,

y sus ojos verdes se diferenciaban de los de su madre, cuya mirada era azul.

—¿Es eso cierto? —preguntó Matías con una pícaro mirada—. ¿Eres una romántica, Anna?

Anna apartó la mirada y al cruzarla con Julio enrojeció sin remedio.

—No hagas caso a este zángano, Anna —dijo Sofía saliendo en su ayuda—. Tiene el corazón en el bolsillo, lo usa como llavero para la llave del coche.

—Yo también te quiero —dijo su amigo.

—Vamos —dijo Julio apurando su café y poniéndose de pie—. Te enseñaré la biblioteca.

—Yo me quedo aquí —dijo Matías como si alguien le hubiese preguntado—. A ver si Sofía me explica a qué se debe esa terrible imagen que tiene de mí.

—Mejor —dijo Julio—. Así no nos das la tabarra con el gótico y el románico.

Pasaron por la sala de billar, el comedor y el salón principal antes de ir hacia la biblioteca, situada en la primera planta. Su anfitrión le fue señalando los materiales, pero sin dar excesivos detalles técnicos: aquello es roble, esto es ébano, aquí tienes nogal. Anna se detuvo ante las vidrieras policromadas y Julio tuvo que cogerla del brazo para obligarla a moverse.

Pero sin dudarle la habitación más increíble de todas era la biblioteca. El artesonado y las paredes decoradas con pan de oro, las hermosas y coloridas vidrieras, no hacían más que adornar las robustas y labradas estanterías que soportaban los cientos de tomos que allí descansaban.

—¿Por qué alguien querría vender tanta maravilla? —preguntó abrumada.

—Es sencillo —dijo Julio—. Cuando nosotros miramos este edificio vemos lo que es, pero cuando mi abuelo lo mira ve lo que fue.

A pesar de entenderlo, Anna seguía con los ojos llenos de motivos para quedarse.

—Juan y tú tenéis algunas cosas en común —dijo Julio sin darse cuenta.

—¿Algunas cosas? —Anna lo miró molesta—. Supongo que te refieres a que nuestro padre nos pegaba.

—Soy un imbécil —dijo él moviendo la cabeza.

—Sí, lo eres. —Sin concesiones—. Me gustaría pensar que no vas a sacar ese tema cada vez que hablemos de algo.

Los ojos de Julio se encogieron, como su ánimo, y Anna se sintió vulnerable bajo aquella mirada.

—Perdóname —se excusó él—. Empecemos de nuevo. ¿Qué te parece lo que ves?

Anna se había perdido en aquellos ojos marrones y en los carnosos labios que emergían de su ligera barba.

—¿Y bien? —preguntó él.

—¿Te refieres a la biblioteca? —preguntó Anna todavía absorta.

Julio frunció el ceño sin comprender y miró a su alrededor.

—Estamos en la biblioteca, ¿no? ¿A qué crees que me refería? —dijo con aquella mirada felina con la que le había visto mirarla cuando paseaban entre las viñas.

—Me gusta muchísimo —dijo ella, y quitándose la estupidez que tenía encima se acercó a una de las estanterías y sacó uno de los libros al azar—. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de Fray Bartolomé de las Casas.

Julio se había acercado y sonrió al ver el libro que había elegido.

—Descubriéronse las Indias en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos —leyó Anna—. Fuéronse a poblar el año siguiente de cristianos españoles, por manera que ha cuarenta e nueve años que fueron a ellas cantidad de españoles...

La joven levantó la mirada y sus ojos mostraban a las claras lo contenta que estaba.

—¿Cuándo crees que puedes empezar? —preguntó Julio satisfecho.

—¿Cuándo quieres que venga? —preguntó ella.

—Cuanto antes —respondió Julio.

—¿Tienes muchas ganas de deshacerte de este palacio?

—No es en eso en lo que estoy pensando —dijo él de manera enigmática.

Anna se mostró confusa.

—Creía...

—Ya habrá tiempo de hablar de ello cuando estés aquí —dijo él sonriendo.

—Pues entregaré mi despido esta tarde y espero que no me exijan los quince días—respondió—. Si todo sale como espero en dos días estaré aquí.

—Contaré con que serán quince —dijo él—. Si eres tan buena en tu trabajo como creo, no les será fácil desprenderse de ti.

—Me temo que en esta clase de empleo eres fácilmente sustituible. Estaremos en contacto, ya tienes mi móvil —dijo Anna.

—Estupendo —respondió él asintiendo.

—¿La quieres dismantelar? —preguntó la bibliotecaria con tristeza.

—No —dijo él—. Algunos libros se venderán, otros se quedarán en la familia y algunos pasaran al Archivo Nacional.

Anna asintió. Estaba deseando empezar.

Capítulo 9

Anna bajó del taxi y miró de nuevo con devoción aquel impresionante palacio. Al final había tenido que cumplir con el plazo de quince días, pero ya estaba allí.

—Menuda casita —dijo el taxista sacando la maleta del maletero—. Espero que se haya acordado de traer el GPS, porque lo va a necesitar para encontrar el baño.

Anna trató de que su sonrisa pareciera sincera aunque el chiste era de lo peor que había oído. Se despidió del taxista antes de coger la maleta y caminó con ella hacia la casa. No había llegado a la escalinata de entrada, cuando la puerta se abrió y salió Cata, que se paró en seco al toparse con ella.

—¿Ya estás aquí? —preguntó.

Era una adolescente de dieciséis años, no se podía esperar que fuese amable y educada con una desconocida. Llevaba el pelo atado en dos trenzas y vestía un pantalón corto y una camiseta que podría haber sacado del armario de su hermano, de haberlo tenido.

—Pues sí —dijo Anna—, aquí estoy.

—Voy a limpiar a Torbellino y a Caos. Pasa, te esperan.

Cata echó a correr sin esperar preguntas y sin dar más información. Anna la vio alejarse y entró en la casa. Llevaba la maleta del asa, no se atrevía a arrastrar las ruedas por aquellos suelos de nogal. Su sentido de la orientación dejaba mucho que desear, así que deambuló sin rumbo hasta que escuchó las voces de Sofía y Julio y se dejó guiar por ellas.

—... Cata estaría encantada y lo sabes —decía Sofía.

Anna se detuvo antes de entrar. No quería espiarlos, pero tampoco le parecía que aquella fuese una conversación trivial a juzgar por el tono que empleaban.

—¿Y si se cansa? ¿Y si tú te cansas? —parecía preocupado—. Es una gran empresa...

—¿Cómo me voy a cansar? —dijo la mujer—. Sabes que es lo que siempre he querido hacer. Y será nuestra salvación, la de las dos. Estoy segura de que esto es lo mejor para Cata, para su futuro. Sabes lo mal que ha estado...

—Es una fase, tú también la tuviste —dijo Julio.

—No fastidies —dijo con sobresalto la mujer—, lo mío fue mucho peor. Ella es solo una niña.

—Eres demasiado dura contigo misma —insistió Julio—. Y tú también lo

eras.

—¡Me quedé embarazada con dieciséis! —dijo la mujer, y Anna se dio la vuelta para marcharse de allí. Se sentía mal escuchando, eran cosas personales.

Al darse la vuelta con demasiada precipitación dio un traspies y lanzó una exclamación que sonó mucho más fuerte de lo que habría deseado.

—¿Adónde vas? —preguntó Julio detrás de ella—. ¿Te aburría nuestra conversación? Puedes pasar y ponerte algo más cómoda.

Cuando Anna se volvió vio que Sofía estaba detrás de él y la miraba con el ceño fruncido.

—¿Has estado ahí todo el rato? —preguntó.

Anna negó con la cabeza con la misma expresión de inocencia que un ladrón de joyas con el botín en la mano.

—No recuerdo que fuese muda —dijo Sofía mirando a Julio.

—No, yo la he oído hablar —dijo él sin apartar la mirada de Anna.

—¿Y qué crees que le ocurre? —preguntó la mujer.

—Creo que está avergonzada porque la hemos pillado cotilleando.

—No estaba cotilleando —se apresuró a decir Anna.

La mujer miró a Julio y este hizo un gesto con la mano.

—¿Ves? Te dije que hablaba.

—Anda, vamos a dejar de meternos con ella —dijo su amiga riendo—, mírala qué cara tiene la pobre. Bienvenida, Anna.

Se acercó a ella y le dio dos besos.

—Hola —dijo Anna—. De verdad que no os estaba escuchando. En cuanto he visto que teníais una conversación que no debía interrumpir he intentado irme, pero...

Sofía se encogió de hombros.

—Pues yo lo habría hecho, y sin el más mínimo reparo.

—Estoy seguro de ello —dijo Julio sonriendo—. ¿Has tenido buen viaje?

Anna asintió.

—¿Quieres comer algo antes de instalarte? —preguntó el anfitrión.

Anna negó con la cabeza.

—Entonces, vamos, te enseñaré tu cuarto y te explicaré algunas cosillas antes de que vayamos a la biblioteca. —El ex-senador le indicó que le siguiese después de coger su maleta y levantarla del suelo.

Subieron las impresionantes escaleras de alabastro y Julio la llevó hasta una de las habitaciones. Techos y suelos de madera, papel en las paredes, grandes cortinas en las ventanas. Una cama en la que podría dormir una familia...

—¿No te gusta? —preguntó Julio al ver que no se movía de la entrada—. Si esta no te gusta hay más.

—Ya lo imagino —dijo ella en susurros.

—Entonces, ¿qué? ¿Te gusta esta o no?

—Sí, sí, claro que me gusta —dijo ella entrando hasta el centro de la estancia

—. Tengo ojos. ¿A quién no le gustaría algo así?

—Entonces, ¿te instalas y quedamos en un rato? ¿Cuánto tiempo necesitas?

Anna lo pensó un momento.

—¿Una hora te parece bien? —preguntó.

—Perfecto —dijo él caminando hacia la puerta—. En un hora nos vemos en la cocina. Porque ¿a la biblioteca sabrías llegar?

—La cocina mejor —dijo ella sonriendo.

—Muy bien.

Cuando Julio salió de la habitación Anna se volvió de nuevo a mirar aquella cama y sonrió, pero rápidamente se quitó aquellas locas ideas de la cabeza y se puso a deshacer la maleta.

La biblioteca le resultó tan espectacular como la primera vez. Pero ahora no estaba ahí para una visita relámpago. Aquel iba a ser su lugar de trabajo durante una buena temporada y no se le ocurría ningún lugar mejor en el que estar.

—¿Quién vive en la casa? —preguntó Anna apoyándose en el escritorio.

—Los que conoces —respondió Julio—. Y luego están Herminia y Mercedes, que ayudan a Sofía en la cocina y a mantenerlo todo limpio. Claudio, que se encarga de los caballos. Tenemos cuatro. Y no me olvido de Martín, el jardinero. Eso es todo, de momento.

—Tú te has trasladado para la venta, pero antes vivías en Madrid.

—He estado viviendo aquí a temporadas —respondió Julio—. Cuando quería aislarme del mundo, alejarme de los periodistas que me esperaban a la puerta de casa todos los días y no me dejaban moverme por la ciudad, me pasé una larga temporada aquí.

Anna asintió. Veía en la televisión lo que les ocurría a los famosos e imaginó que debía ser algo parecido.

—Un día, hablando con mi abuelo, propuso encargarme de prepararlo todo para su venta. Por aquel entonces se abría un día a la semana al público y lo llevaban Martín y su mujer, pero ella enfermó y él me pidió que pusiese a otra persona para poder dedicarse a cuidarla. Le ofrecí el trabajo de jardinero, estaba todo muy abandonado y sabía que de cara a la venta debía revalorizarlo.

—Y entonces trajiste a Sofía y a su hija —dijo Anna.

—Sí —dijo Julio—. Sofía estaba pasando por un mal momento y somos amigos desde niños...

Anna apartó la mirada para ocultarle lo que se le había pasado por la cabeza. Aunque los ojos verdes de Cata...

—En realidad éramos tres inseparables: ella, Matías y yo —siguió contando Julio.

—¿Matías? —preguntó Anna.

—Sí —respondió Julio—. Matías es mi mejor amigo. Un hermano, más bien. Siempre hemos estado juntos, desde críos. Nos metemos en líos y cuando hay que salirse pues nos salimos los dos. Aunque, para ser justos, debería decir que yo me meto en líos.

Se notaba que lo apreciaba de verdad.

—Sofía es ahora la encargada de tenerlo todo perfecto para las cuatro visitas que se realizan al mes, así que conoce muy bien este lugar —dijo Julio paseándose por la biblioteca—. Esto no es un apartamento, necesita atención y yo no quería ocuparme de cuánta sal hace falta y de si se han de limpiar los suelos, ya sabes. A Sofía se le da muy bien todo eso.

—¿Y Cata?

—Cata es una cría de dieciséis años que no para de dar problemas a su madre. Está enfadada con el mundo y no soporta que su madre sea más guapa que ella y parezca su hermana mayor.

Anna tuvo que reconocer que la mujer estaba increíble y jamás hubiese dicho que tenía treinta y dos años. Pensaba que era un poco mayor que ella, nada más.

—Un día es la contaminación del planeta, otro la manipulación de la Historia. Su madre está convencida de que necesita trabajar para sentirse útil.

—Bien pensado —dijo Anna asintiendo.

—Por eso la he puesto a ayudar a Martín y a Claudio.

—El jardín y los caballos —dijo Anna—. Ahora entiendo quiénes son Torbellino y Caos.

—Son caballos —confirmó Julio.

Anna asintió.

—Me encontré a Cata cuando llegué y me dijo que iba a limpiar a Torbellino y Caos. Confieso que pensé un buen rato quiénes podían ser, pero me inclinaba más por perros.

—Caos es el mío.

—¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Anna.

—No sabía que me hubieses calado tan pronto —bromeó.

Anna sonrió y se acercó a una de las estanterías de la biblioteca para acariciar suavemente los libros. Julio la observaba con atención. La manera en la

que rozaba aquellos viejos tomos con la yema de sus dedos le demostraba lo mucho que los apreciaba.

—¿De dónde viene ese amor por los libros? —preguntó con curiosidad.

Anna se volvió a él y lo miró con tristeza.

—Ser hija única en una familia como la mía no era muy divertido. Me pasaba en la calle jugando todo el tiempo que no estaba en el cole. Procuraba estar en casa el menor tiempo posible, pero siempre tenía que volver. Mis compañeras de juegos se iban de vacaciones con sus padres y entonces tampoco podía distraerme con ellas. Un verano, cuando tenía ocho años, se mudó a mi edificio una niña a la que le gustaba mucho leer. En mi casa no había ni un libro. Me pareció sorprendente la primera vez que entré en su habitación y vi una estantería llena de ellos. —La expresión del rostro de Anna parecía la de una niña que acababa de presenciar un milagro—. Se llamaba Sonia y tenía mi edad, pero hablaba de cosas de las que nadie me había hablado nunca. Me dejó un libro: *La pequeña Dorrit*. Era un libro con dibujos y letras muy grandes. Me dijo que era el primer libro que le regalaron sus padres y que podía llevármelo a mi casa para leerlo cuando estuviese tranquila en mi habitación.

Julio se apoyó en la mesa, relajado, y cruzó los brazos frente al pecho sin perder detalle.

—Después de ese vinieron *Las mellizas en Santa Clara*, *Torres de Malory*, *Mujercitas*... Pronto me di cuenta de que no solo me gustaba leerlos, también hacía fichas sobre ellos en libretas. De ese modo, aunque tuviese que devolvérselos a Sonia, se quedaban un poco conmigo. Cada hoja de cuaderno que ocupaba un libro era una estantería virtual en mi cabeza.

Julio asintió comprensivo.

—Ahora lo entiendo todo —dijo y su mirada se quedó clavada en los ojos de Anna durante unos interminables segundos.

La joven tuvo que girarse para que no leyese en ellos lo vulnerable que la hacía sentirse.

—Harás un buen trabajo —dijo el ex-senador—. Estoy seguro. Y me alegro de que el destino te pusiera en mi camino.

Lo dijo de un modo que hizo que se erizase el vello en la nuca de Anna. Ella se volvió a mirarlo y le sonrió con timidez.

—Gracias. Eso espero —dijo.

—Este será tu espacio —dijo Julio acercándose a ella y señalando a su alrededor—. Nadie te molestará y podrás trabajar como quieras y el tiempo que tú decidas cada día. Te pido que no te pases las horas aquí encerrada, eso sí. Este lugar es una auténtica maravilla y merece la pena que lo disfrutes.

—¿Cuánto tiempo tengo para hacer el inventario?

—Dos meses —dijo él—. En ese tiempo tendré que decidir qué hago con el palacio.

—¿Decidir? Pensé...

Julio se llevó la mano a la cabeza y apartó el pelo mientras la miraba dudoso.

—No he hablado con nadie de esto... Bueno, excepto con Matías, Sofía y Cata.

Anna se mostró confusa.

—Estoy barajando la posibilidad de quedármelo —confesó.

—¿Quedarte el palacio? Debe valer una fortuna —dijo ella sorprendida.

—No tengo dinero para comprarlo —dijo él—. Pero estoy pensando un modo en el que no sería necesario.

—No entiendo nada —dijo ella.

Julio lo pensó un instante y finalmente se decidió.

—Estoy pensando en convertirlo en un hotel —dijo.

Anna esperó a que continuara, pero él la miraba expectante sin decir nada.

—Un hotel —repitió ella.

Julio asintió y Anna pensó en ello. Se paseó por la biblioteca mirando aquellos techos altos con artesonado, las paredes regias y los grandes ventanales. Se acercó a uno de ellos y miró el inmenso terreno. Recordó la impresión que tuvo el día que vio el palacio la primera vez. Se volvió a Julio.

—El edificio sería una atracción en sí mismo. Además está en la provincia de Toledo, que tiene mucha historia, y no solo en su capital.

Julio dejó que aflorara una gran sonrisa.

—¿Te parece buena idea?

—Me parece una idea magnífica —dijo ella asintiendo—. Pero creo que te equivocas en una cosa.

Julio la miró con atención.

—No deberías deshacerte de esta biblioteca.

—Pero aquí hay libros muy valiosos que deberían estar en un museo, tú misma lo dijiste. No puedo dejarlos al alcance de cualquiera que reserve una habitación para pasar sus vacaciones.

—No, no puedes dejarlo al alcance de cualquiera. Por eso deberías contratar a un bibliotecario —dijo sonriendo—. No quiero que pienses que lo digo para que me contrates. De verdad creo que esta biblioteca sería también un reclamo para escritores, historiadores y para gente corriente amante de la literatura.

Julio miró a su alrededor pensando en aquella aportación a su proyecto.

—Funcionaría como una biblioteca, pero dentro del hotel —dijo la joven—. Piensa en el tipo de turista al que quieres abrir las puertas del palacio y te darás cuenta de que tus decisiones definirán ese detalle.

—Cierto —dijo Julio asintiendo.

—Igualmente hay que catalogar todos los títulos, no entiendo cómo habéis podido tener esta biblioteca sin ningún orden.

—Bueno, mi bisabuelo sí llevó cierto control de sus libros. —Julio le indicó un libro que había sobre el escritorio—. Anotaba ahí los datos sobre los libros que él adquirió para diferenciarlos de los que ya tenía su padre. Es una curiosa manera de catalogar, porque en lugar del ISBN y esas cosas que os interesan a los bibliotecarios él apuntaba de quién era el libro, cómo lo consiguió y cosas así.

Anna se acercó al libro y lo abrió con cuidado. Era uno de aquellos libros de cuentas que se utilizaban antes de que existieran los ordenadores y sus hojas de cálculo. Empezó a leer y se quedó absorta. Aquellas anotaciones con las explicaciones de la adquisición de cada libro le resultaron fascinantes. Julio comprendió que sobraba allí cuando la vio sentarse sin dejar de leer.

—Te dejo trabajar —dijo alejándose hacia la puerta.

—Perdona... —dijo Anna levantando la mirada, distraída.

—Si me necesitas para algo me envías un whatsapp —dijo él sonriendo—. Estaré con Matías en el despacho. Tenemos muchas propiedades que revisar para ver si son rentables o es mejor deshacerse de ellas, además de seguir con el proyecto que hemos iniciado.

—¿Matías participará también? —preguntó Anna.

—Ya te he dicho que yo me meto en líos y él siempre viene conmigo —dijo Julio sonriendo antes de salir de la biblioteca.

Anna se quedó un rato pensativa. La primera opinión sobre Matías no había sido muy favorable. Le pareció un tipo superficial y antipático. Pero estaba claro que era un verdadero amigo, de esos que tanto cuesta encontrar. Sintió un poco de envidia de ambos. De Julio porque tenía un amigo así desde niño y de Matías porque podía trabajar codo con codo con él. Intentó recordar si había visto el despacho. Pero no importaba mucho porque con su sentido de la orientación tampoco sabría cómo llegar a él. Bajó la mirada al libro y todo lo demás desapareció.

—*Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer —leyó en voz alta—. Un regalo de Salvador Sentís a su esposa en el décimo aniversario de boda.

Después había escrito el precio que había pagado Salvador cuarenta años antes y el precio que pagó el bisabuelo de Julio a uno de sus hijos. Y después, como colofón, un refrán. En todas sus adquisiciones escribía uno, como si fuese una lección para alguien, quizá para él mismo.

«Al cuervo su hijo le parece un ruiseñor».

Capítulo 10

El primer día que Anna se levantó en el Palacio de Pozo Frío resultó ser día de visita y se encontró con que habían colocado barras con cintas correderas que impedían el paso hacia diferentes habitaciones, incluida la suya. Bajó al comedor mirando con curiosidad los lugares en los que había paso libre y memorizando esos datos en su memoria.

Entró en el comedor y se encontró con Julio, que levantó la mirada del periódico con sorpresa.

—Vaya —dijo cogiendo su taza de café—. Eres muy madrugadora.

—Siempre me levanto temprano —dijo cogiendo una taza del aparador y sirviéndose café y leche.

—Sofía y Cata no desayunan nunca antes de las ocho —dijo Julio cerrando el diario y dejándolo a un lado de la mesa—. Así que siempre que no está Matías por aquí, desayuno solo.

Anna se sentó junto a él en la mesa.

—He visto que está todo preparado para que vengan visitantes —dijo cogiendo una tostada y poniéndola en su plato.

Julio mordió el pan sin dejar de mirarla y asintió con la cabeza.

—¿Quién hace de guía? ¿Tú? —preguntó Anna empezando a untar la mantequilla.

—¿Yo? —respondió Julio, desconcertado—. ¿Te parece que podría realizar esa tarea.

Anna se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Es demasiado difícil para ti? —dijo riendo.

Julio sonrió también, consciente de que estaba provocándolo.

—Quizá, para la próxima semana ya puedas encargarte tú —dijo él mirándola divertido.

—Me temo que no conozco la historia del palacio ni de la familia —dijo Anna—. De hecho, no me has contado si hay fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Me refiero a los muertos, ya sé que Matías no es exactamente un familiar...

Julio soltó una carcajada y Anna se contagió de su risa.

—No me imaginaba que fueses tan... —El ex-senador no parecía encontrar la palabra correcta y Anna lo observaba interesada por saber qué venía después

de aquel «tan».

—Parece que no sabes cómo catalogarme —dijo ella utilizando el argot de bibliotecaria.

Julio seguía mirándola, pero ya no sonreía. Sus ojos escrutaban aquel rostro juvenil como si la estuviese viendo por primera vez. Había algo en ella que lo exacerbaba, lo cuestionaba y lo interpelaba. Le hacía querer hablar, contarle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Pero al mismo tiempo sentía un rechazo visceral hacia ella, como si percibiese el peligro que entrañaba. No era la clase de chica con la que él solía relacionarse. En realidad no sabía qué clase de chica era.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Sabes cómo catalogarme a mí?

¿Era una pregunta trampa? Estaba muy claro. Julio era de la clase de hombre que tiene a todo el mundo a sus pies. Todos lo adoraban: Su familia, Matías, Sofía, Cata, el servicio... Todo el mundo que entraba en su radio de acción se veía naturalmente atraído hacia él.

—Necesito más datos —dijo ella centrando toda su atención en la tostada con mantequilla que se llevaba a la boca.

—Pregunta lo que quieras —dijo él satisfecho por el rubor de sus mejillas.

Anna lo pensó unos segundos y finalmente se atrevió.

—Dime tu película favorita —dijo.

—Blade Runner —respondió sin pensar.

—Tu libro favorito.

—El señor de los anillos.

Anna lo miró sorprendida.

—¿En serio?

Julio asintió.

—¿Te sorprende? —preguntó cogiendo la taza y apurando su café.

—Mucho —dijo Anna asintiendo—. Ese es también mi libro favorito.

Julio entrecerró los ojos escrutándola con interés.

—¿Qué? —dijo ella sonriendo nerviosa—. ¿No me crees?

«Muchos de los que viven merecen morir —empezó a declamar la joven— y algunos de los que mueren merecen la vida. ¿Puedes devolver la vida? Entonces no te apresures a dispensar la muerte, pues ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos. No hay muchas esperanzas de que Gollum tenga cura antes de morir, pero creo que aún podría salvarse: está ligado al destino del Anillo. El corazón me dice que todavía tiene un papel que desempeñar, para bien o para mal, antes del fin y cuando éste llegue, la misericordia de Bilbo puede determinar el destino de muchos, no menos que el tuyo».

—¡Dios! —exclamó Julio—, me has puesto los pelos de punta. ¿Te has

aprendido todo el libro?

—No —se rió ella—. ¿Cómo voy a aprenderme toda la historia de memoria? Tan solo memoricé algunos fragmentos que después de leerlo tantas veces cobraron un especial significado. Como este.

—El destino de Gollum —dijo Julio.

Anna asintió.

—Ligado al de todos.

—¿Crees en el destino? —preguntó Julio relajándose contra el respaldo de su silla.

—Creo que a veces las cosas te llevan hacia un lugar, pero estoy convencida de que tú puedes variar el rumbo.

Julio la miró pensativo.

—A veces hay que retar al destino —sentenció Anna.

Estaba subida a la escalera revisando una de las estanterías superiores de la biblioteca cuando se abrió la puerta y apareció Sofía para avisarle de que había terminado el día de visitas.

—Ten cuidado —dijo acercándose—, esa escalera es traicionera.

Anna la miró por encima de la libreta que tenía en las manos y asintió.

—Sí, ya lo he comprobado. —Le mostró el brazo en el que se veía un golpe—. Ya me he caído una vez.

—Le diré a Julio que traigan otra escalera —dijo Sofía apartándose para dejarla bajar—. Yo ya estaba acostumbrada, pero realmente es un peligro.

Anna fue a dejar la libreta y el lápiz sobre el escritorio.

—Julio me acaba de decir que te contó lo del hotel el día que llegaste y que no te pareció mala idea —dijo Sofía.

—No es que importe mucho mi opinión —dijo Anna asintiendo—, pero sí, me parece una idea magnífica. Además, tampoco creo que resultara fácil encontrar un comprador para un lugar como este.

—Es muy complicado —dijo Sofía—, por eso se lo encargó su abuelo, porque pensó que Julio era el único que podía llevar esta empresa a cabo.

—¿Crees que estará de acuerdo?

—¿Juan? —Sofía negó con la cabeza—. No tengo claro que lo consiga. No le tiene ningún aprecio a este lugar. No tuvo una infancia feliz aquí.

—Pero él no tiene por qué visitarlo —dijo Anna—. Tan solo recoger el fruto. Sofía sonrió.

—Visto así, ¿qué puede fallar? —dijo, y dejándose caer en el sofá puso las piernas contra el respaldo. Unas piernas esculturales que ya querría Anna para sí.

—¿En serio Cata es tu hija? —dijo con admiración.

Sofía giró la cabeza para mirarla y al ver su expresión se echó a reír.

—Es genética —dijo volviendo a poner la cabeza recta—. No tiene ningún mérito por mi parte. Lo único que hago es salir a correr todas las mañanas desde que tenía... La verdad es que no me acuerdo de cuándo empecé.

—Pues creo que Cata ha heredado tus genes —dijo Anna con una sonrisa—. Aunque no tu carácter.

—Es una bomba de relojería —dijo Sofía soplando por la nariz—. No hay día que no tengamos una discusión.

—Lo sé —dijo Anna.

—Nos has oído, ¿verdad? —Sofía se sentó de manera normal para poder mirarla cómodamente y Anna asintió al tiempo que apoyaba el trasero en el escritorio.

—¿Tú la entiendes? Tengo treinta y dos años, pero me siento vieja.

—Eras casi una niña cuando...

—Sí, sin el casi. Me metí en un embolao de los grandes. Pero no fue solo eso. Me escapé de casa porque mi madre quería que abortase y a mí no me daba la gana.

—¿Y adónde fuiste? —preguntó Anna.

Sofía hizo un gesto al tiempo que miraba las paredes de la biblioteca.

—¿Te quedaste aquí? —preguntó la otra, sorprendida.

—Aquí aquí, no. En la casita que había sido del guarda y que ya nadie utiliza. Julio me ayudó después de convencer a mis padres. Se encargó de que me trajeran comida del pueblo cada dos días.

—¿Y estuviste ahí sola hasta el parto? —Anna no daba crédito.

Sofía asintió.

—Y hubiera parido en esa casa si no fuese porque en el último momento se complicó y me tuvieron que llevar al hospital en una ambulancia —explicó.

—Supongo que al nacer la niña tus padres cambiarían de opinión.

Sofía negó con la cabeza.

—No, hija. Mis padres no vieron a Cata hasta hace cuatro años. Y no sabes lo bien que estábamos sin ellos.

—¿No tenéis buena relación?

Sofía se encogió de hombros con una expresión extraña.

—No sé cómo calificarla. Comemos juntos el día después de Navidad, por lo que solo nos vemos una vez al año. No podemos hacerlo el veinticinco de diciembre porque se celebra una fiesta muy sonada en casa y no estamos invitadas.

Anna la miraba con interés y extrañeza y Sofía sonrió al tiempo que se

dirigió hacia la puerta.

—¿Julio no te ha hablado de mí? Soy hija de los Marqueses de Rojas —dijo con una expresión cínica que ya le había visto antes.

—El único plebeyo del grupo soy yo —dijo Matías riendo, después de que Sofía sacase el tema, cuando estaban sentados a la mesa.

—Sí, claro, el hecho de que tu padre sea uno de los más importantes empresarios de Castilla te convierte en plebeyo —dijo Julio burlándose.

—Un plebeyo es un no noble, querido —dijo Matías señalando a su amigo con el tenedor—. Deberías leer más, que te estás asilvestrando.

—Entonces, ¿yo qué soy? —dijo Anna con curiosidad.

—Supongo que tú serías un miembro del proletariado —dijo Matías con la misma expresión divertida—. Y Cata es una nini.

—Tu padre —dijo la joven.

—¡Cata! —exclamó su madre mirándola con la crítica en los ojos.

—No pasa nada, Sofía —dijo Matías mirando a la adolescente—. Cata y yo tenemos una relación especial de amor odio. ¿Verdad, Cata?

La joven le mostró su dedo medio levantado y Matías se echó a reír a carcajadas.

—Cata no es una nini —dijo Anna—, para eso no debería ni estudiar ni trabajar, y está claro que trabaja.

—Cuando necesite ayuda para defenderme de este, tranquila que te la pediré —dijo la joven mirándola a los ojos.

Anna hizo un gesto de disculpa y siguió comiendo sin decir nada.

—Julio, hay que comprar una nueva escalera para la biblioteca, la que hay es un peligro —dijo Sofía—. Anna se ha caído.

El ex-senador miró a la bibliotecaria con expresión preocupada.

—¿Te has caído de la escalera? —preguntó.

—Estaba en el segundo peldaño —dijo Anna quitándole importancia—, tan solo me he dado un golpe en el brazo al tratar de controlar la caída.

—Matías, ¿te encargas, por favor? —Julio miraba a su amigo, que asintió.

—No vuelvas a subirte a ella hasta que traigan la nueva —dijo Matías poniéndose serio—. Nos puedes meter en un lío si te haces daño.

Anna asintió, aunque le parecía una estupidez.

—Al menos espera a que tengamos abierto el hotel —dijo Matías riendo.

—¿Hotel? —Cata miró a su madre y luego a Julio—. ¿Es que seguís con esa

estúpida idea de abrir un hotel?

—¿Estúpida por qué? —preguntó Anna.

—Pues porque no vendrá nadie —dijo Cata—. Mis abuelos se encargarán de ello.

—Estás hablando de más —dijo su madre.

—Si va a formar parte de esto tiene que conocer todos los detalles —dijo Cata.

—¿Si voy a formar parte de qué? —preguntó Anna haciendo que todos se volviesen a mirarla.

—Del hotel, ¿estás sorda o algo? —dijo Cata.

—Yo no formo parte de nada —dijo mirando a la adolescente—. Estoy aquí para catalogar los libros que hay en la biblioteca, nada más.

—¿Entonces esta no se queda? —preguntó Cata mirando a Julio.

—No hemos hablado de ello —respondió el hombre visiblemente molesto— No me has dado tiempo a proponérselo siquiera.

—¡Oh, vaya, lo siento! —dijo con ironía—. Te he estropeado la sorpresa, como si ese fuese el mayor problema que tienes.

—Cata, podrías ser un poco menos desagradable hablando —la regañó su madre.

—Me parezco a tu padre —dijo la joven—, es una cuestión genética, supéralo.

—Vete a comer a la cocina —le dijo su madre muy seria.

La joven no protestó, cogió su plato, el cubierto y el vaso y salió del comedor. Sofía se quedó unos segundos mirando su comida con las manos crispadas sobre la mesa.

—No pasa nada, Sofía —dijo Matías—. Es una niña.

La mujer negaba con la cabeza y Anna vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No sé por qué está tan enfadada —dijo con la voz entrecortada—. Antes no era así.

—Y volverá a ser la que era, ya lo verás —dijo Matías—. Venga, come y deja que se calme, luego hablaré con ella.

Sofía movió la cabeza al tiempo que se mordía el labio tratando de contener las lágrimas ante la atenta mirada de Anna.

El jueves, después de comer, Julio le pidió a Anna que lo acompañase a su

despacho para hablar. Dejaron a los otros dos tomando café y se marcharon juntos del comedor.

Anna ya había visto aquella habitación, pero seguía sintiendo la misma sensación opresiva cuando entraba en ella. Lo único que aliviaba el peso eran los ocho ventanales en esquina, que daban el marco perfecto a la mesa de madera noble bellamente labrada. Un escritorio robusto, con enorme presencia, que debía llevar allí muchos años y cuyas patas le parecían a Anna las de un dragón a punto de elevarse. En un lado, junto a otra ventana, había un sillón de piel con reposapiés del mismo material. Como remate a tanta madera, un mueble bajo cuya materia prima había sido extraída del mismo tipo de árbol que los paneles de las paredes.

Anna se volvió a mirar a Julio con expresión serena.

—No te gusta mucho el despacho —dijo Julio sonriendo.

—No importa, porque la capacidad de mis ojos para asimilar cosas bellas quedó totalmente saturada para el resto de mi vida desde que llegué aquí.

—Espero que no —dijo Julio riendo—, todavía no has visto por qué se llama Palacio de Pozo Frío.

Anna lo miró frunciendo el ceño.

—Imaginé que era porque aquí hubo un pozo frío en algún momento.

—Sí, es por eso, pero mi bisabuelo quiso honrarlo y construyó un bosque a su alrededor. Es un lugar mágico, sobre todo cuando anochece, al que iremos un día de estos.

Anna asintió sin decir nada.

—Bien, vayamos al tema —dijo él al tiempo que se acercaba y se inclinaba hacia ella provocando que se acelerase su corazón al ritmo de carrera.

Julio cogió algo de su escritorio y se apartó de Anna haciendo que se sintiese estúpida por pensar que era otra cosa muy distinta lo que iba a hacer.

—Matías y yo hemos estado toda la semana haciendo números para saber cuánto dinero necesitamos para poner el proyecto en marcha. Hemos contado con el personal de servicio, el de cocina, las caballerizas, los jardines; Sofía sería la directora y Matías se encargaría de la contabilidad.

—Pero ¿no es arquitecto? —preguntó Anna confusa.

—Sí —dijo Julio sonriendo—, y contable. Matías tiene dos carreras universitarias y dos másteres, habla cuatro idiomas perfectamente y es un excelente catador de vinos. ¿Lo compras?

—¡Dios! —exclamó Anna.

—Sí, él se cree que es Dios, pero yo tengo mis serias dudas. —Julio tenía una sonrisa relajada y su mirada era cálida como siempre que la miraba a ella—. Pensé que habías dicho que no volverías a sorprenderte de nada.

—Eso lo dije después de que me mostrases a tu caballo, que es el animal más hermoso que haya visto jamás —dijo ella sonriendo con la misma calidez.

—Tampoco es que eso fuese muy difícil —dijo él burlándose—. No es que hayas visto muchos. Creo recordar que dijiste que era la primera vez que veías un caballo tan de cerca.

—Pero los he visto en la tele —dijo ella.

—¡Ah, vale! —exclamó Julio con ironía.

—Bueno, no creo que me hayas traído aquí para hablar de caballos.

—No —dijo él—. Le hemos dado vueltas a la idea de incluir la biblioteca en el proyecto y consideramos que es una idea genial. Pero para eso necesitamos una persona que se encargue de custodiar los libros y atender a los huéspedes que requieran alguna información concreta sobre ellos. O sea, tú.

—Pero... —Anna buscaba alguna excusa que sonase creíble—. Yo tengo que hacer el máster, no puedo quedarme aquí...

—Tu máster es semipresencial —dijo Julio—. Puedes ir a Madrid cuando lo necesites, es una hora de coche. Podrías vivir aquí, pero si no lo deseas encontraremos un lugar en el pueblo que te guste...

Anna lo miró con franqueza y suspiró. Debía mostrarse sincera si quería que aquello, fuese lo que fuese, funcionase.

—Apenas me conoces —dijo ella con una mirada divertida—. No sabes nada de mí y ya me estás pidiendo que vivamos juntos.

—Eso no es cierto —dijo él, sonriendo—. Hemos comido juntos y llevamos durmiendo bajo el mismo techo casi una semana.

—En serio —dijo ella—. Creo que primero deberías ver si cumplo con el trabajo para el que me has contratado, y si cuando lo termine quieres proponerme algo, pues escucharé tu propuesta y la valoraré como merece.

Julio asintió.

—¿Cuántos años dices que tienes? —preguntó.

—Cumpliré veintitrés a final de año —dijo ella.

—Yo cumplí treinta y dos en febrero —dijo él.

—Para ser político eras bastante joven.

—La política no era mi vocación —dijo señalándole la butaca para que se sentara mientras él lo hacía en el reposapiés—. Recuerda que era profesor en la universidad antes de unirme al partido. Pero pensé que ahí podría hacer algo importante. No imaginaba lo que supone dedicarse a la política.

—Lo imagino —dijo ella.

—Yo también creía imaginarlo, pero no —dijo él negando con la cabeza—, no es como lo imaginé. Suponía que habría presiones para hacer cosas que no quisiera, y también que sería difícil defender mis ideas si tenía a todo el mundo

en contra. Pero es que no es eso. Lo que pasa con la política es que empiezan a salirte ramas y raíces por todas partes, y esas raíces te atan al suelo, que está cubierto por tus compañeros, y las ramas te obligan a cosas que han provocado esos mismos compañeros. De pronto un día te encuentras inmovilizado, viendo las injusticias que ocurren a tu alrededor y tú preocupado porque ninguna rama se te meta en el ojo.

—Debió ser terrible lo de esa mujer —dijo Anna recordando el suceso que lo hizo dimitir.

—Fue la media hora más intensa que he vivido —dijo mirándola a los ojos—. Nunca hablo de esto, pero te juro que se me partió el alma.

Anna hizo algo inesperado, se levantó y fue hasta él para abrazarlo. Julio aceptó el gesto y sin darse cuenta se puso de pie para poder abrazarla también. Durante unos segundos se quedaron así, sin decir nada y sin moverse. Después el ex-senador se apartó con suavidad pero con firmeza.

—Entonces, de lo de trabajar en el hotel hablaremos más adelante —dijo incómodo.

—Sí, cuando los dos estemos seguros. —Su respuesta parecía tener doble sentido.

Anna salió del despacho y caminó hacia la biblioteca, de la que ya conocía bien el camino.

Capítulo 11

La catalogación de libros antiguos no era una tarea menor. Hay muchas cosas que el archivero debe saber, por ejemplo si el libro ya está en algún catálogo oficial o si, por el contrario, debe crear un registro nuevo. Y hay muchos datos que se deben incluir en la ficha. El nombre del autor, vigilando que, aunque en la portada hubiese sido traducido, se escriba en su forma original. En caso de que el nombre hubiese sido un criptónimo (la primera letra del nombre seguida de un punto) se ha de averiguar el nombre completo y añadirlo. En algunos de aquellos libros había encontrado varios criptónimos, aunque no estaban en el título sino en la última página escritos a lápiz. Se deben respetar las mayúsculas en los títulos, aunque la gramática nos indique lo contrario. Y así hasta innumerables datos que hacían el trabajo de catalogación lento y aburrido.

Extrañamente, a Anna aquella tarea le resultaba excitante. Quizá era por el hecho de tener entre manos libros que fueron escritos hacía muchos años por personas que ya no existían. Le gustaba imaginarlos sosteniéndolos por primera vez después de su publicación. Los sueños e ilusiones, el trabajo y el esfuerzo que pusieron en ellos. ¿Pensarían en las personas que en el futuro los tendrían en sus manos? ¿Pensarían en ella?

La puerta de la biblioteca se abrió y entró Cata con su habitual malhumor y dando un portazo.

—Que dice Julio que te ayude —dijo y se fue directamente al sofá para tumbarse tan larga como era.

Anna pensó durante unos minutos y después cogió un libro y se acercó a ella.

—¿Tú quieres ayudarme? —preguntó.

La niña la miró extrañada.

—¿Tengo opciones? —preguntó—. Si las tengo me gustaría saberlas.

—Claro que tienes opciones —dijo Anna—. Siempre las hay, lo que pasa es que a veces no encontramos ninguna que nos valga.

Cata se incorporó, sin apartar la mirada, esperando conocer las suyas.

—Puedes quedarte ahí tumbada todo el tiempo que quieras y después marcharte. Yo no diré nada —dijo Anna—. O puedes trabajar conmigo y pasar el rato haciendo algo.

Cata levantó una ceja.

—¡Qué guay! —dijo sonriendo sin humor.

Anna se encogió de hombros y se dio la vuelta para seguir con su trabajo.

—¿Y qué faena me darás? ¿Recoger? ¿Limpiar?

La bibliotecaria se volvió de nuevo hacia la niña y sonrió.

—Si me ayudas te enseñaré a catalogar y harás el mismo trabajo que yo.

—¿Me enseñarás?

Anna asintió.

—Si quieres aprender, sí. Será mucho más entretenido trabajar contigo que sola.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo la joven poniéndose de pie.

—Tómalo como quieras —dijo Anna ofreciéndole el libro que tenía en las manos—. Ven, te enseñaré todos los datos que debes apuntar en el programa.

Los días transcurrían imparables y Anna se había hecho a su rutina con facilidad. Cada uno tenía su trabajo y lo realizaba mañana y tarde con un descanso para comer. Por la noche cenaban en el jardín o en la terraza y charlaban hasta tarde. Anna y Sofía tuvieron afinidad desde el principio y con Cata las cosas mejoraron. La adolescente caía rendida por la noche después de haber trabajado mucho y dormía de un tirón, lo que hizo que su carácter se suavizase un poco. Matías iba y venía y Anna estaba convencida de que dependía de sus conquistas que durmiese en el palacio o en la ciudad. Y Julio... Julio se había convertido en una constante en la vida de Anna. El ex-senador pasaba la mayoría del tiempo en su despacho repasando todos los documentos de propiedad de su abuelo para elaborar un informe sobre los que sería más rentables vender. Pero siempre encontraban un rato para charlar de cualquier tema. Pasaron horas leyendo algunas de las notas que había apuntado su bisabuelo en el libro de registro o discutiendo sobre los libros que Anna y Cata ya habían catalogado.

Cata se empeñó en enseñar a montar a Anna. Salían todas las tardes después del trabajo a dar un paseo con Torbellino y Dulce, la yegua mansa de las caballerizas, que era la única que no aterrorizaba a la bibliotecaria.

—¿No echas de menos el instituto? —le preguntó Anna cuando se cumplían tres semanas de su estancia allí.

Cata la miró como si no la reconociera.

—¿Estás ahí dentro? —preguntó poniendo cara de preocupación—. ¿Has tenido un ictus cerebral o algo? ¿Echar de menos el insti?

—Bueno, me refiero a tus amigas...

—No tengo amigas —la cortó Cata—. Ya sé por dónde vas, déjalo.

Continuaron el paseo sin que Anna insistiera en el tema. Era experta en

cuestiones tabú y dejó que la brisa y el silencio hicieran el trabajo de borrar sus palabras.

—¿De verdad te parece mala idea lo del hotel? —preguntó después de un buen rato.

—Es una pésima idea —dijo Cata sin apartar la mirada del camino.

—Pues me da la sensación de que a ti no te disgusta la idea, tan solo piensas que no funcionará y no quieres ilusionarte. —Hizo que la yegua se pusiese al lado del otro caballo, el camino era ancho y no había nadie más que ellas, así que podían cabalgar juntas y charlar.

—Me encantaría que funcionase —dijo la adolescente girándose para mirarla a los ojos con una expresión sincera—, de verdad que sí. Pero es imposible, tú no conoces a mis abuelos. No se arriesgarían a que alguno de sus amigos se alojase aquí. Cosa que, por otra parte, cualquiera de ellos haría inmediatamente para ver a la hija y a la nieta de los Marqueses de Rojas trabajando poco menos que como criadas.

—¡No seríais criadas! —exclamó Anna.

—¿Crees que notarán la diferencia? —Cata la miró muy seria—. No les conoces.

—No, no les conozco, pero ¿de verdad quieren tan poco a su hija y a su nieta como para querer que fracasen?

La joven la miró con el ceño fruncido.

—En las tres semanas que llevas aquí no te he oído ni una sola vez mencionar a tus padres —dijo sin dejar de mirarla.

Anna desvió la mirada, pero no lo suficientemente rápido para que la joven no captara el rictus amargo que había emergido en su expresión.

—Nunca te he oído hablar con ellos por teléfono, y llamas a Pablo casi todos los días —insistió.

—No quiero hablar de mis padres —dijo la bibliotecaria comprendiendo que no cejaría en su empeño si no era más directa.

—Entonces sí que lo entiendes. —Apretó las piernas contra el lomo de Torbellino y se adelantó para no seguir hablando.

Al día siguiente, por la tarde, Julio entró en la biblioteca y encontró a Anna sentada en el suelo con un montón de volúmenes amenazando con sepultarla. La joven vestía una camiseta azul cielo a juego con los pantalones tobilleros que se ajustaban a su figura como un guante. Llevaba una coleta alta, como siempre que trabajaba, y una cinta blanca. Cuando el ex-senador la vio así sintió una punzada

en el costado que no supo interpretar.

—Vamos, esta tarde ya has trabajado bastante —dijo acercándose.

Anna levantó la vista y lo miró con curiosidad. Llevaba un lápiz entre los dientes y liberó una mano para poder quitárselo y hablar.

—Aún me queda un rato —dijo.

—No —negó Julio, e inclinándose hacia ella la agarró de la mano y la obligó, con suavidad, a levantarse—. Te vienes conmigo.

—¿A dónde? —dijo mirando el reloj—. Dentro de nada vendrá Cata a buscarme para montar...

—Ya le he dicho a Cata que hoy la sustituyo —dijo Julio sonriendo—. Tengo algo que enseñarte y no podemos entretenernos o se nos hará de noche.

—Está bien —dijo Anna—, pero antes ayúdame a dejar todos estos libros en la mesa.

Julio aceptó y juntos colocaron los libros sobre el escritorio.

—No voy a entender nunca por qué te empeñas en trabajar en el suelo en lugar de hacerlo en la mesa, como todo el mundo.

—El suelo es más grande, me falta mesa —dijo ella colocando el último libro.

Julio no dejó que se entretuviese más y, cogiéndola de la mano, la sacó de allí.

—¿Vamos muy lejos? —preguntó Anna cuando llegaron a las caballerizas.

—Dos kilómetros —respondió él.

Montaron a Caos y Dulce y cabalgaron a trote ligero sin perder de vista que el sol viajaba imparable hacia el horizonte.

—Se hará de noche —dijo Anna—. ¿Por qué no has venido antes?

—Porque tiene que ser a esta hora —contestó él.

En pocos minutos se acercaron a un extraño bosque, solitario y marchito. Desde lejos las sombras proyectaban extrañas figuras retorcidas y mágicas. Anna detuvo a su montura para contemplar el espectáculo de luces que se proyectaba ante sus ojos y tener una visión del conjunto. Los rayos del sol más bajos se colaban entre los troncos creando una visión irreal. Aquellos árboles no podían ser reales. Se retorcían y crecían de maneras completamente imposibles.

—¿Están muertos? —preguntó confusa.

—No —respondió Julio—. Son una extraña especie de pino que crece con formas extrañas y con pocas hojas, lo que hace que parezca que están muertos, pero te aseguro que están fuertes y robustos.

Se acercaron hasta detenerse frente a uno de aquellos troncos de corteza rugosa y clara. Anna bajó de Dulce y Julio le indicó una rama en la que atar la rienda.

—Mi bisabuelo los hizo traer desde América para crear este bosque mágico. Vamos, hay que caminar un poco para llegar al Pozo Frío.

El silencio era alterado tan solo por el sonido de sus pasos y por el murmullo de la suave brisa que se colaba entre las ramas de los árboles. Anna sentía la emoción que te embarga cuando estás ante algo tan bello que inunda tu cerebro marcando el ritmo de los latidos de tu corazón. Saber que se trataba de un bosque artificial, algo que había creado el dueño de aquellas tierras, no mermaba en absoluto su belleza.

—¿Vas a contarme la historia del Palacio de Pozo Frío, por fin? —preguntó Anna.

—No me lo habías pedido —dijo Julio sonriendo—. Pensé que lo harías el primer día.

—Yo pensé que me lo contarías sin que tuviese que preguntarlo —respondió ella sonriendo también.

—Está bien —dijo él rindiéndose con gusto—, te la contaré. Al menos lo que sé, porque hay muchos misterios sin resolver.

Anna miraba el suelo mientras lo escuchaba y sintió cierta emoción inexplicable. Ella nunca tendría una historia que contarle a nadie sobre sus ancestros. Nunca supo nada de ellos y estaba segura de que nunca lo iba a saber.

—La familia Plazola hizo muchísimo dinero gracias a sus negocios en Cuba y al auge de los ferrocarriles —empezó Julio su relato—. El padre de mi bisabuelo heredó una fortuna cuando murieron sus padres. Al parecer tenía dos hermanos, pero murieron antes. Eso lo convirtió en uno de los hombres más ricos de España. Se casó con Benita Ortega, de la que dicen que Federico, así se llamaba mi tatarabuelo, estaba muy enamorado. El problema era que Benita no parecía sentir lo mismo por él.

Anna lo miró sorprendida y Julio asintió.

—Una telenovela, sí —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Por qué se casó si no lo amaba?

Julio se encogió de hombros.

—¿Dinero? ¿Privilegios? No lo sabemos. Pero te recuerdo que Federico era uno de los hombres más ricos de España.

Anna asintió, las cosas siempre habían funcionado igual entre los seres humanos. Con dinero todo es posible.

—Y ahí lo tienes —dijo señalando delante de ellos.

Se trataba de un sencillo pozo de piedra sin ningún adorno y, junto a él, una piedra en forma de banco sin respaldo.

—Supongo que esperabas algo extraordinario —dijo acercándose a ella—. Pero, como ves, no tiene nada especial. Al menos en apariencia.

Anna no se dejó engañar, estaba segura de que había algo más.

—El pozo ya estaba aquí antes de que mi bisabuelo trajese los pinos longevos. Lo importante es por qué plantó esos árboles alrededor de este lugar convirtiéndolo en un sitio especial.

Los dos se apoyaron en el pozo para observar el paisaje que lo envolvía.

—A Benita, mi tatarabuela, le gustaba mucho venir aquí al principio de su matrimonio.

Julio señaló la piedra para que se sentaran. Al hacerlo quedaron en la posición perfecta para ver el espectáculo de la puesta de sol.

—Dicen que Federico la traía aquí cada día, paseando desde la casa señorial, que estaba a un kilómetro de distancia. Se sentaban aquí mismo, en esta piedra.

—Has dicho casa señorial —dijo Anna, confusa.

—Al principio de su matrimonio aún no existía el palacio —contestó Julio mirándola con aquellos ojos de color indescriptible—. Poco después de la boda, el rey concedió a Federico el título de Marqués de Pozo Frío, por su fidelidad declarada a la Familia Real. Y entonces fue cuando mi tatarabuelo inició las obras para construirlo.

—A Cata le encantaría esta conversación. ¿No quieres esperar a que volvamos y nos lo cuentas a las dos? Para ella será como estar en el instituto.

—Muy graciosa —dijo él haciendo burla—. Si te aburres lo dices y me callo, pero te advierto que aún falta lo mejor.

—¿De qué vas a hablarme? ¿Del movimiento obrero? —Anna se echó a reír y los ojos de Julio la miraron con mayor intensidad haciendo que su risa fuese decayendo.

La bibliotecaria se apartó del pozo. Pero en realidad era del hombre de quien pretendía alejarse, porque de repente sentía unos terribles deseos de que la besara y temía que pudiese notarlo.

—Federico era un miembro destacado de la corte cuando su mujer, Benita, dio a luz a su primer y único hijo. El niño creció, y mientras lo hacía el matrimonio se fue distanciando. —Julio se acercó a ella sin dejar de mirar cómo el sol se ocultaba—. Entonces Benita ya no le acompañaba en sus paseos, prefería quedarse en la casa con el niño y el marqués venía hasta aquí y se sentaba a ver la puesta de sol en soledad.

Anna se imaginó la situación. Benita se había volcado en su hijo y dejó de lado a su marido y las atenciones que había tenido con él. Probablemente Federico se había volcado en los negocios y en sus idas y venidas a la corte y se había olvidado de su esposa. No importaba qué fue primero y qué después, lo que importaba era que las relaciones entre hombres y mujeres no eran tan diferentes a las actuales.

Julio la miró con intensidad y señaló la piedra en la que habían estado sentados.

—Ahí, junto a esa piedra en la que dicen que ella se sentaba, Federico Plazola estranguló a su esposa ante la aterrada mirada de mi bisabuelo, que entonces tenía siete años.

Anna se llevó las manos a la boca y ahogó una fuerte exclamación que se coló entre sus dedos.

—Por ese suceso perdió el marquesado y el favor del rey, pero gracias a su gran fortuna y excelentes influencias no fue condenado. Se acusó a Benita de adulterio y él fue indultado —dijo Julio con expresión decepcionada—. Como ves las cosas han cambiado bastante, aunque no sean perfectas.

—Cierto, ahora no sería indultado y el adulterio no sería un eximente —dijo Anna—. Algo hemos ganado.

—Sí —afirmó él.

—Para ese niño debió ser algo terrible.

—Seguramente eso lo convirtió en la persona que era. Si no hubiese tenido la infancia que tuvo, su relación con su hijo, mi abuelo, habría sido otra.

—Probablemente —corroboró Anna—. ¿Y por eso hizo esto? ¿Era una especie de homenaje a su madre?

Julio miró a su alrededor y asintió.

—Sí. Hizo traer estos árboles de América. No sé cuál fue el simbolismo de todo ello, pero es cierto que parece una especie de cementerio.

—Un lugar al que venir a recordar a su madre —dijo Anna.

Julio asintió.

—No dejaba que su hijo viniese aquí —explicó—. Mi abuelo siempre decía que este era un lugar prohibido para él. Quizá por eso mismo le atraía tanto y eso le costó muchas palizas de su padre.

—¿Y tu bisabuela? —preguntó extrañada de que nunca la mencionara.

—Murió al dar a luz —explicó Julio—. Por eso mi abuelo no tuvo apoyo de nadie. Si hubiese tenido madre, ella no habría permitido...

Anna lo miró y su expresión lo hizo enmudecer.

—Está oscureciendo, ¿no deberíamos volver? —dijo sintiendo un escalofrío.

—¿Te he molestado? —Julio se acercó a ella y sin pensarlo apartó un mechón de pelo de su mejilla con suavidad—. No quería decir nada que te hiciese sentir incómoda.

Anna sentía el contacto de los dedos en su piel y sintió cómo el calor le subía desde el pecho. Su respiración se volvió agitada y no podía apartar los ojos de sus labios. Deseaba que la besara, pero él no parecía decidirse a pesar de que sus ojos le decían desde hacía un buen rato que también lo deseaba. Sin pensarlo, se

puso de puntillas y lo besó. Fue un beso suave y dulce, al que Julio respondió enseguida. Tan solo acariciaron los labios del otro saboreando el momento, pero sin profundizar. Cuando Anna se apartó lo miró a los ojos y vio en ellos algo que la perturbó.

—Será mejor que volvamos —dijo él.

Anna asintió algo confusa y se dirigió a los árboles caminando rápido hacia el lugar en el que habían dejado los caballos. Cuando estuvieron junto a ellos ya había anochecido, pero todavía podía verse el camino.

—Espera, Anna —dijo él cuando ella hizo el gesto de subirse a su yegua—. No quiero que te vayas con una impresión equivocada.

Ella bajó las manos soltándolas riendas y lo miró algo cohibida.

—Eres muy joven... —dijo él y se mordió el labio, nervioso.

Anna lo miró con la incredulidad reflejada en la cara. Julio se acercó a ella.

—Siento una fuerte atracción por ti —dijo al fin—, pero al mismo tiempo hay algo que me dice que no debo acercarme.

Anna sintió un estremecimiento, como cuando una uña arañaba la pizarra.

—No creo que seas la chica que... me conviene —Julio no se cortó.

Experimentó un considerable alivio al oír en su boca las cosas que había pensado en el interior de su cabeza.

—Entendido —dijo y se volvió hacia la yegua para subirse.

—No quería decir... Ha sonado fatal —dijo él.

Anna suspiró y, tratando de no desmoronarse delante, de él montó sobre Dulce y la guió hacia el camino. Dejaron que los caballos marcasen el ritmo y regresaron en silencio. Ninguno de los dos parecía tener ganas de hablar. Julio, que iba un poco más atrás dejando que ella guiase, la miraba con disimulo tratando de averiguar qué pasaba por su mente. Debía pensar que era una persona horrible.

Pero Anna se había metido hasta el cuello en el fango de la autocompasión. Julio Dante no solo era su jefe, era un ex-senador que había denunciado una enorme trama de corrupción dentro del partido del gobierno y, además, pertenecía a una de las familias más relevantes de España. ¿Y quién era ella? Una mindundi, cuyo único logro en la vida era haber sido capaz de escapar de una familia tóxica y sacarse una carrera universitaria a base de becas.

Dejaron los caballos en las caballerizas y caminaron en silencio hacia la casa. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada, esperando que fuese el otro el que tomase la iniciativa.

—Nos vemos en la cena —dijo Anna cuando entraron en la casa.

No se volvió, atravesó el hall, subió las escaleras de mármol y caminó hasta su habitación como si alguien hubiese apretado el botón de retorno automático.

Cuando estuvo dentro de su cuarto cerró la puerta y se apoyó en ella, pensativa. Había sido todo muy extraño. El paseo a caballo hasta el jardín de Pozo Frío, la historia del tatarabuelo de Julio... Lo único que no le parecía extraño era su beso. El beso que le había dado a Julio era lo único que le parecía auténtico de aquella tarde.

Atravesó la habitación y se sentó en la cama. Ahora tocaba aceptar que había sido una redomada imbécil.

Julio la vio subir las escaleras y desaparecer. Estaba allí parado, en medio del hall, con la cabeza bullendo. De ninguna manera se iba a enfrascar en una historia que sin duda saldría mal. ¿Qué tenían en común? ¡Nada! Ella era demasiado joven en todos los aspectos y cargaba con una dramática historia que seguro la había convertido en una persona frágil. ¿Cómo arriesgarse a hacerle daño? El ex-senador sentía una fuerte tensión interior. Había percibido una conexión con Anna, no era solo que le atrajese físicamente, era algo mucho más profundo. Se conocían demasiado poco para sentir tanto, a la fuerza algo no estaba funcionando bien. Nunca había sido un santurrón, su larga lista de amantes lo confirmaban, pero ninguna mujer había conseguido traspasar la línea que lo separaba del compromiso. Sin que tuviese ningún motivo, sin que hubiese el más mínimo indicio, había percibido en Anna una fuerza capaz de sacudir todo su mundo. Y no iba a permitirlo.

Capítulo 12

A las nueve Anna bajó y se dirigió al salón, donde se reunían todos antes de la cena. Abrió la puerta y se sorprendió al ver que Sofía y Matías disfrutaban de una distendida charla con una mujer espectacular, una rubia y sofisticada fémina que parecía sacada de una revista de moda. Julio, que había bajado detrás de ella, entró en el salón justo cuando la mujer se volvía hacia la puerta.

—¡Por fin! —exclamó acercándose a ellos, y sin decir nada más rodeó el cuello de Julio y le estampó un beso en los labios—. ¡Iba a subir a buscarte ahora mismo, querido!

—No sabía que venías —dijo Julio con actitud fría—. Dijiste que volvías mañana.

—Ya me conoces —dijo ella riendo—, se me cruzaron los cables y me largué.

La mujer lo tenía bien cogido y no lo soltaba. Anna miraba su mano enjovada como si aquellos brillos dorados la hubiesen hipnotizado. Sus uñas largas y perfectamente pintadas de rojo resaltaban contra la camisa blanca de Julio.

—¿Y qué hacías tanto rato en tu habitación? —preguntó la modelo, ignorando sin disimulo a la bibliotecaria.

—Me estaba duchando —dijo sin mucho entusiasmo.

—Ha ido a enseñarle el pozo a Anna —dijo Sofía señalándola.

La mujer levantó una ceja y se volvió a mirar a la joven con una extraña mezcla de curiosidad y desprecio.

—¿Y quién es Anna? —preguntó.

Julio se volvió hacia ella.

—Es la bibliotecaria que he contratado para catalogar los libros de la biblioteca —dijo con la misma frialdad.

—¿Una empleada? ¿Y vive aquí? —La voz de la modelo sonó un poco estridente al echarse a reír—. Bueno, así no llega tarde al trabajo.

Anna miró a Matías y a Sofía, que se mantenían en un segundo plano. ¿Nadie iba a presentársela?

—¡Uy! —oyó una exclamación a su espalda—. Está aquí la duquesa y nadie me ha avisado.

Cata se acercó a la rubia.

—Isabel, disculpa que me presente de esta guisa, es que tengo el vestido

largo en el tinte.

Se dio la vuelta sin esperar respuesta y fue a tumbarse al sofá situado junto a la chimenea apagada.

—Ya veo que Cata sigue igual de impertinente —dijo Isabel mirando a Sofía, y después volvió a dirigir toda su atención a Julio, poniéndole las manos en el pecho—. He venido a buscarte para que me acompañes a la cena de los Marqueses de Rojas.

Anna miró a Sofía, que se dio la vuelta y fue a sentarse en el sofá en el que estaba Cata.

—Ya sé que debería haberte avisado, pero ya sabes cómo soy —dijo Isabel con todo meloso—. Te prometo que si vienes arreglaré todos mis asuntos para poder estar aquí contigo hasta que hayas vendido el palacio. Mis padres me han prometido hablar con todos sus amigos y te aseguro que alabarán las grandezas de este lugar como nadie.

Julio pareció pensarlo durante unos segundos y finalmente asintió.

—Está bien. Pensaba llevarte a cenar mañana, pero ya que estas aquí...

Isabel empezó a dar palmadas.

—Ve a por la chaqueta y nos vamos —dijo.

Julio asintió y se dirigió a la puerta. Al pasar junto a Anna ni siquiera la miró. Isabel se quedó un instante mirándola de arriba abajo y después, sin decir nada, se volvió hacia Matías y le preguntó por sus padres.

—¿Te ha gustado el bosque de ancianos? —dijo Cata mirando a Anna.

Ella se mostró confundida.

—Así es como yo llamo a los árboles del jardín de Pozo Frío —dijo la niña con la cara girada hacia la puerta para mirar a la bibliotecaria. El pelo le caía desde el asiento del sofá y se balanceaba hasta el suelo.

—Sí, me ha gustado mucho —dijo Anna con una voz extraña.

La despampanante rubia se volvió a mirarla con curiosidad.

—¿Por cuánto tiempo te ha contratado Julio? —preguntó.

—Unos dos meses, aunque no puedo darle un plazo exacto, dependerá de lo que tarde en revisar todos los libros...

—Uy, qué bien, así puedes entretenerte y cobrar más a su costa —dijo con ironía—. Si Julio te ha dicho dos meses, serán dos meses, reina, que todos sabemos aquí cómo funcionan estas cosas.

Sofía le hizo un gesto a Anna para no dijese nada y la bibliotecaria se sintió humillada.

Julio entró en ese momento.

—Ya estoy listo. ¿Nos vamos? —dijo.

Isabel cogió su chaqueta y el bolso de encima de uno de los sillones y

caminó hacia él. Anna no se había movido del mismo sitio y tenía la desagradable sensación de haberse quedado pegada al suelo. Isabel se paró delante de ella.

—¿Te podrías apartar, reina? —pidió con un tono exigente.

Anna se hizo a un lado para dejarla salir, aunque tenía espacio de sobra.

—Estas chicas no saben comportarse —dijo Isabel mirando a Julio.

—Que paséis una buena noche —dijo él antes de salir.

—¡Y vosotros! —exclamó Matías.

Anna ni se movió, era como si su cuello se hubiese quedado rígido. Nunca en su vida se había sentido tan estúpida.

—Vamos a cenar —dijo Sofía yendo hacia la puerta.

Los demás la siguieron, excepto Anna, que se quedó rezagada. Cuando se quedó sola sacudió la cabeza para tratar de despejar su mente, que giraba en torno a un agujero que parecía querer succionarlo todo. El destino se había propuesto mostrarle su profunda estupidez cuanto antes. Julio Dante debía de ser un hombre muy acostumbrado a ir dejando conquistas por donde iba mientras su novia aristocrática se daba un garbeo por ahí.

Se acercó a la ventana y vio el coche alejarse por el camino de grava. La luna llena había dejado caer su manto plateado y con su luz rompía la oscuridad de la noche. Anna sonrió, había tenido mucha suerte. Si Isabel hubiese tardado una semana más quién sabe dónde estaría ella. Quizá estaría recogiendo los rastros de Julio esparcidos por su habitación mientras se sujetaba los jirones de su corazón. Por suerte su corazón estaba casi intacto. Un beso. Tan solo un casto y ligero beso, eso era lo único que le había dado. Y, además, él no se había cortado en dejarle claro que ella no estaba en la órbita adecuada para abordar ese planeta. Se encogió de hombros. Aun así, la llegada de Isabel la había lanzado hasta otra galaxia a la velocidad de la luz elevada al cubo.

—¿Qué haces?

La voz de Sofía la sobresaltó haciendo que diese un respingo.

—¿Qué te pasa? —dijo acercándose a ella.

—Nada, vamos —dijo Anna sin mirarla.

—¿Te ha molestado Isabel? —dijo la otra sujetándola del brazo—. No le hagas caso, es una estúpida. Te he hecho un gesto para que no discutieses con ella porque es una auténtica zorra y te haría la vida imposible. No merece la pena, te lo aseguro. Lo sé por experiencia propia.

Anna la miró aliviada, por un momento había pensado que ella también se avergonzaba de considerarla su amiga. Como Julio.

—No pasa nada. Vamos a cenar, que estoy hambrienta —mintió.

Salieron del salón y Anna cerró suavemente con la sensación de que era otra

puerta la que se cerraba para siempre.

—Estás muy callado —dijo Isabel sentándose de lado para poder mirarlo.

—Creí que ya lo habíamos aclarado todo el día que nos vimos antes de tu viaje —dijo él muy serio.

Isabel volvió a sentarse mirando el camino.

—Ese día estábamos muy tensos —dijo ella—. Los dos dijimos cosas que no sentíamos.

Julio comprendió que no iba a ser una conversación fácil y después de pensarlo durante unos segundos, cambió de dirección y se metió por uno de los caminos para alejarse de la carretera. Detuvo el coche en una explanada y apagó el motor.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Isabel extrañada.

Julio la miró un instante antes de empezar a hablar. Quería encontrar las palabras exactas y hacer que no sonasen tan mal como lo hacían en su cabeza.

—Isabel, eres una persona maravillosa, la mujer que cualquier hombre querría tener a su lado —dijo—. Pero yo no soy ese hombre.

La hija de la duquesa de Sotobajo lo miró con incredulidad.

—Nos conocemos desde hace años, Julio —dijo tratando de sonreír—. Nuestros padres...

—Lo sé —la interrumpió—, sé que todos daban por hecho que tú y yo estaríamos juntos algún día. Pero eso no va a pasar. ¿No entiendes que yo no te convengo? Sería una mala decisión para ti. Siempre he sido una china en el zapato para todo el mundo. Desde que tengo uso de razón he visto cómo nuestros amigos comunes me miraban como a alguien a tolerar, pero con el que no se sentían cómodos.

—No digas eso —dijo ella moviendo su mano y haciendo sonar sus pulseras con un tintineo hipnotizante—. Lo que pasa es que siempre tenías una opinión distinta a la de la mayoría. Te metiste en política como un vulgar izquierdoso, pero lo hiciste en un partido al que puedo tolerar.

Julio sonrió ante su evidente esnobismo.

—A eso me refiero —dijo con segundas, aunque Isabel no captó la ironía—. Yo nací en una familia bien, mi tatarabuelo fue marqués, aunque perdió el título. Pero yo no siento que forme parte de ello. Nunca lo he sentido.

—Lo sé —dijo Isabel haciendo un mohín con la boca—. Fue un shock saber que ibas a ser profesor en la universidad en lugar de trabajar en un bufete de abogados.

—Tú necesitas a alguien acorde con tu posición —dijo él—. Alguien que se

sienta a gusto en celebraciones y fiestas a las que solo se invita a una clase de persona: tu clase.

Ella lo miraba poniendo atención a lo que decía. Julio le gustaba muchísimo físicamente, era un amante increíble y nunca había sentido con nadie lo que con él. Pero tenía razón en que nunca quería ir a ninguna fiesta de sus amigos y eso era un handicap importante. Además el resto de la gente cool tenía una mala opinión de él y solían ignorarlo bastante, algo que a ella no le convenía en absoluto. Quizá tuviese razón y aquella relación no tenía futuro. Lo miró con ternura y le acarició el rostro con su mano.

Julio malinterpretó aquel gesto y pensó que no estaba obteniendo el resultado que buscaba, así que decidió ser más expeditivo.

—Además, yo no te quiero, Isabel —dijo sin apartar los ojos de los suyos.

La mano de Isabel cayó de su rostro y su expresión mudó en otra sibilina.

—Lo siento —dijo él—, pero es mejor dejar las cosas claras de una vez para siempre.

Isabel lo miró entrecerrando los ojos, buscando en su expresión lo que no había dicho con palabras.

—¿Hay otra? —Asentía repetidamente—. Está claro, hay otra.

Julio levantó una ceja involuntariamente, pero no dijo nada.

—¿Quién es? —preguntó—. No será Sandra. Menuda zorra...

Julio frunció el ceño.

—¿Qué Sandra?

—Vale, no es Sandra. ¿Entonces?

Isabel pensó durante unos segundos en todo lo que le había dicho. Si no quería estar con alguien que pertenecía a su mundo entonces debía tratarse de alguna don nadie, alguna pelandrusca que había conocido vete tú a saber dónde. ¿Una oficinista? ¿La dependienta de una tienda? Entonces una luz se encendió en su cabeza y alumbró directamente a la bibliotecaria que había visto en su casa. Lo miró ojiplática.

—¿Esa? —dijo sin especificar.

Julio no mostró en su expresión que supiese a quién se refería.

—¿Cómo se llama? ¿La bibliotecaria!

—Anna —dijo él aceptando lo inevitable.

—¡Anna! ¡Es ella! —gritó Isabel—. ¡Pero si es una cría estúpida! ¿Prefieres a ese saco de huesos, a esa anodina criatura, antes que a mí?

—No metas a Anna en esto —dijo él esforzándose en mantenerse sereno.

—¿Que yo no la meta? ¡Tú la has metido!

—Eso no es cierto. Antes de marcharte de viaje te dije que lo nuestro no iba a ninguna parte.

—Esas son cosas que se dicen —dijo ella—, pero está claro que nuestra relación habría acabado en matrimonio dentro de poco. ¡Ha sido esa zorra que se ha metido en medio!

—¡Basta! —gritó Julio poniéndose serio—. No vuelvas a insultarla. Anna es una maravillosa persona que merece que la respeten.

—¿Tú la has respetado o ya te has acostado con ella?

—Eso no es asunto tuyo —dijo él poniendo el coche en marcha—. Voy a llevarte a casa de los Rojas y te dejaré allí. Espero que te haya quedado claro que entre tú y yo no hay nada.

—Tranquilo, no volveré a pensar en ti nunca más —dijo Isabel mirando por la ventanilla—. En el fondo esa estúpida me ha hecho un favor, eres un fracasado y unapestado para nuestros amigos...

—Tus amigos —la interrumpió él asegurándose de que no venía ningún coche antes de regresar a la carretera.

—¿Te molesto? —Al día siguiente, Sofía entró en la biblioteca a media tarde con una bandeja con café y pastas.

Anna se levantó del suelo y se acercó a la mesita que había frente al sofá.

—Anna —dijo Sofía cuando estuvieron sentadas—. ¿Qué pasó ayer entre Julio y tú?

La bibliotecaria la miró calibrando el alcance de aquella pregunta.

—No pienses que pregunto porque sea una cotilla —dijo Sofía antes de que respondiese—. Julio me importa mucho, lo quiero como a un hermano, de hecho lo quiero más que a mis hermanos.

Anna valoraba una respuesta.

—Tan solo un beso —dijo después de unos segundos.

Sofía cogió aire y lo soltó de golpe. Después asintió con la cabeza sin dejar de mirarla.

—Vale. Lo adiviné en tus ojos cuando viste a Isabel.

—¿Qué adivinaste?

—Que sientes algo por él. Y no te creas que no lo entiendo. Lo entiendo bien, conozco a Julio desde que éramos unos críos. Siempre fue mi caballero andante. La persona más leal que conozco. Irradia no sé qué que lo hace irresistible.

—No te aceleres, que solo ha sido un beso.

—Tú cara era un poema cuando viste a Isabel —dijo Sofía—. Y la suya también.

—No sabía que había una Isabel —dijo Anna con sinceridad—, pero eso no

significa que haya nada entre nosotros. Le he besado, sí. Creo que hay atracción entre nosotros, pero pertenece a otro mundo y está claro que no le intereso.

—¿Le besaste tú? —preguntó con una sonrisa.

Anna asintió.

—Julio es un hombre complicado —dijo su amiga después de unos segundos—. Ya, ya sé cómo suena eso. Para algunas mujeres, el término complicado unido a la palabra hombre es sinónimo de irresistiblemente atractivo.

—No para mí.

—Eso me parecía. Después de estas semanas creo que he visto un poco cómo eres, y no das el perfil de mujer a la que le gusten las complicaciones.

—No, no me gustan —reconoció Anna—. De hecho es evidente que no me gustan. Nunca he salido con ningún chico.

Sofía detuvo la taza cuando iba camino de sus labios y volvió a dejarla sobre su platito.

—Estás exagerando.

Anna negó con la cabeza.

—No puede ser —dijo Sofía—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—¿Y nunca has salido con un chico? ¡No es posible! —seguía sin dar crédito—. Perdona esta pregunta, pero no puedo resistirme: ¿me estás diciendo que eres virgen?

Anna tardó un poco más en asentir, esta vez.

—No soy de ninguna secta, si es lo que estás pensando, simplemente no ha ocurrido.

—¿Nunca te ha gustado ningún chico? —Sofía trataba de no sonar como una vieja.

—Claro que me han gustado, muchos, pero nunca ha coincidido mi gusto con el de ellos —dijo Anna pensativa—. En el instituto, en la universidad... los chicos que me pidieron salir no me gustaban y los que me gustaban no estaban interesados. ¿Qué podía hacer?

Sofía asintió.

—En las películas se ve todo muy fácil, pero la vida real es mucho más complicada. Mírame a mí.

Anna sonrió.

—Cierto.

—Me quedé embarazada con dieciséis años y me escapé de casa para que no me obligasen a abortar —explicó la madre de Cata.

—¿Y el padre?

—El padre era un crío. Nos enamoramos como se enamoran los niños, pero

de ahí a ser padres de una criatura va mucho trecho —le explicó Sofía—. Sé que él se hubiera hecho cargo de nosotras de haberlo sabido, pero yo no quería atarlo de ese modo. Y como mis padres deseaban obligarme a abortar consiguieron que sus padres lo enviaran a Londres a estudiar para alejarlo de mí y evitar las tentaciones.

—¿Ahora sabe que tiene una hija? —preguntó Anna.

Sofía negó con la cabeza.

—Ninguno de los dos ganaría nada sabiéndolo. Las cosas están bien como están —dijo de un modo enigmático.

—Qué crueles pueden llegar a ser los padres —dijo Anna pensativa.

Sofía la miró con atención.

—Parece que sabes lo que dices —comentó.

Anna asintió.

—Pues lo siento —dijo Sofía.

—Bueno, hace tiempo que ya no tienen ningún poder sobre mí.

—Ojalá yo pudiese decir lo mismo.

Anna la miró interrogadora.

—¿Qué poder pueden tener sobre ti a estas alturas? —preguntó.

—Hace unos años me enfrasqué en un negocio, con otra persona, que salió mal. —Sofía dejó su taza sobre la mesa—. Soy experta en equivocarme con la gente.

La madre de Cata miraba a Anna con la desilusión en la mirada.

—No puedo echarle la culpa a nadie, ¿sabes? Y es terrible tener que aceptar que todas las cosas malas que has hecho en la vida son única y exclusivamente culpa tuya. Debe ser gratificante pensar que tomaste malas decisiones porque te viste obligada a ello, pero yo no puedo decir eso y deberé cargar con ello el resto de mi vida. —Negó con la cabeza repetidamente—. Pero no podía arrastrar a mi hija conmigo. Estaba completamente endeudada y a punto de perder todo lo que tenía. Nos quedamos sin casa, sin empresa...

—Pero Julio te ayudó —dijo Anna.

—Sí, Julio acudió en mi ayuda como siempre, ya te he dicho que es mi caballero andante. Me dio un lugar en el que vivir con mi hija y un trabajo para salir adelante. Y Matías revisó los números y consiguió el mejor trato posible por parte del banco. Pero de ninguna manera podía pagar todo lo que debía. —Volvió a negar con la cabeza—. Era mucho dinero, Anna.

—Y se lo pediste a tus padres —dijo su amiga, comprendiendo la situación.

—No se me ocurrió otra solución. Si quería que mi hija pudiese tener algún día un futuro debía arreglar las cosas con ellos. Me costó mucho ir a verles y mucho más reconocer lo fracasada e inútil que era su hija. Estoy segura de que

disfrutaron mucho escuchándome. Dijeron que lo pensarían. Dos días después mi padre me acompañó al banco y canceló mi deuda. Así, de un plumazo.

Anna podía ver la enorme frustración que le causaba todo aquello.

—Ya sé que no tengo derecho a quejarme, la mayoría de la gente en mi situación se habría visto arruinada de por vida y habrían tenido que aguantarse. Lo sé, de verdad que lo sé. —Movi6 la cabeza y se limpi6 una lágrima furtiva y rebelde—. Pero te juro que si no hubiese tenido a mi hija jamás hubiera ido a pedirles ayuda.

—Si no hubieses tenido a tu hija probablemente no te habría hecho falta — dijo Anna.

Sofía suspir6.

—Me obligaron a firmar un contrato —dijo con tristeza—. Ellos pagarían mis deudas y los estudios de mi hija. A cambio los visitaría siempre que ellos me requiriesen y los haría partícipes de todas las decisiones que tuviesen que ver con Cata. Por suerte, solo nos invitan una vez al año, como te dije...

—...el día después de Navidad —Anna terminó la frase.

Sofía asintió.

—Se avergüenzan de nosotras y no quieren que sus amigos nos vean.

—Y aun así, quieren veros.

—Contradictorio, sí.

—¿Y tus hermanos? Me contaste que son dos chicos.

Sofía volvió a asentir.

—No los vemos nunca. Ese día comen en casa de mi abuela materna.

—¿Tampoco a ella la ves? —preguntó Anna.

Sofía negó.

—Tal y como yo lo veo —dijo la bibliotecaria—, hiciste lo que tenías que hacer. Algún día podrás librarte del yugo que te han impuesto y quizá entonces tengas ganas de ir a verlos una vez al año. O quizá no. Eso lo decidirás cuando llegue el momento.

Sofía asintió y volvió a llenar su taza.

Capítulo 13

—¿Qué opinas? —Matías miraba a su amigo, pero Julio estaba absorto en el movimiento de las cortinas.

Llevaban toda la tarde trabajando en aquellos documentos. Ya habían descartado la venta de dos fincas. Eran plenamente rentables y no producían la más mínima complicación, pero ahora estaban tratando la viabilidad de la finca de Tres Cantos y esa no estaba tan clara.

—Tierra llamando a Julio —dijo Matías colocando las manos para que actuasen de bocina.

Su amigo giró la cabeza para mirarlo.

—¡Hombre! ¡Has vuelto! ¿Qué tal el viaje? ¿Has encontrado a mucha gente en el camino? —dijo Matías con ironía.

—¿De qué estábamos hablando?

—De la Ley de la Gravedad —dijo el otro que seguía con la ironía—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—No puedo quitármela de la cabeza —dijo.

Matías frunció el ceño.

—¿A Isabel?

—No, imbécil —dijo Julio mirándolo como si lo fuese.

El ceño de Matías profundizó más sus arrugas. No tenía ni idea de quién le estaba hablando.

—¿Tú crees que soy un buen tío, Matías? —preguntó su amigo.

El arquitecto emitió varios sonidos incomprensibles antes de responder.

—Pues claro —dijo.

Julio se puso de pie, caminó hasta la ventana y miró hacia el jardín.

—Llevo todo el día dándole vueltas a lo mismo, y te juro que no sé cómo resistirme.

Matías trataba de comprender lo que decía su amigo y buscaba en su cabeza toda la información que tenía sobre él intentado relacionar lo uno con lo otro sin éxito.

—¿De qué hablamos exactamente? —se rindió.

Julio se volvió a mirarlo con la misma expresión de antes.

—De Anna, ¿de qué va a ser?

La expresión de Matías no pudo mostrar más sorpresa.

—¿Anna? ¿Qué pasa con Anna?

Su amigo movió la cabeza impaciente.

—Nada —dijo tajante y volvió a la mesa—. Vamos a terminar de ver esto que enseguida será hora de cenar.

Matías, completamente confundido, decidió dejarlo estar. En ese momento no se sentía el hombre más listo del mundo, precisamente.

No vio a Julio hasta la noche. A las nueve Anna salió de su habitación y se dirigió a las escaleras, como siempre. El ex-senador estaba parado en el primer peldaño y parecía estar esperándola.

—Hola —la saludó.

—Hola —dijo ella tratando de sonar tranquila.

—¿Qué tal el día?

—Bien —dijo, concisa, y sin esperar pasó por su lado y se dirigió al salón, como todos los días.

—¿Te ocurre algo? —preguntó él alcanzándola.

Ella lo miró con expresión indiferente.

—Nada en absoluto —dijo.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó mirándola a los ojos.

—¿Yo? ¿Qué iba a querer decirte?

—No lo sé, pero quería darte la oportunidad de hacerlo. Después de todo fuiste tú la que me besó.

La bibliotecaria se clavó las uñas al apretar los puños.

—Lo sé —dijo sonriendo con ironía—, estaba allí.

—No quiero que pienses que soy un cabrón que va por ahí...

—No pienso nada —le cortó ella—. Fue un beso sin importancia, fruto del momento.

—¿No quieres que te hable de Isabel? —preguntó él insistente.

—Bueno —Anna sonrió más abiertamente—, hubiese sido un detalle mencionarla, es cierto, pero nuestros actos nos definen. Yo he sido un poco pringada y tú un poco cabrón. No hace falta hacer sangre con ello.

Él soltó una carcajada y parte de la tensión desapareció.

—Isabel y yo nos hemos visto durante unos meses —explicó—. No había ningún compromiso entre nosotros y desde el principio fue algo que no iba a ninguna parte, pero a las personas como ella no les gusta oír según qué y cierran sus oídos a cualquier insinuación que no les guste.

Anna no estaba preparada para aquello. No lo necesitaba.

—No es de mi incumbencia...

—Sí lo es —dijo él mirándola con intensidad—. No siento nada por Isabel, se lo dije antes de marcharse de viaje, de hecho ese fue el motivo de su partida. Pero no es el tipo de cosas que alguien de la aristocracia espera que le digan.

—Y menos viniendo de alguien que también pertenece a su clase —dijo ella con segunda intención.

—Sé que sonó muy mal —dijo refiriéndose a su comentario en el bosque de Pozo Frío—, pero no era a eso a lo que me refería con lo de que no me convienes, Anna. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que puedo ser muchas cosas, pero desde luego no soy clasista.

—¿Cenamos? —dijo Anna y sin esperar se dirigió al comedor.

—Cuando Isabel y yo éramos pequeñas, recuerdo que su madre siempre estaba hablando de enfermos y muertos —explicaba Sofía—. En serio. Y después, cuando éramos como Cata, seguía igual. Siempre había un enfermo en algún lado al que debía ir a visitar.

—La duquesa es muy beata —dijo Matías—. Supongo que será para compensar lo bala perdida que es su marido.

Julio y su amigo se miraron con complicidad.

—Los hombres sois lo peor —dijo Sofía—. ¿Verdad, Anna?

La bibliotecaria la miró como si estuviese valorando una respuesta.

—Supongo que si se protegen es porque se sienten inseguros —dijo con una sonrisa perversa.

—¡Toma ya! —exclamó Cata.

Julio miraba a Anna entre divertido y misterioso.

—Tienes toda la razón, necesitamos estar unidos frente a vosotras porque sois mucho más inteligentes y extraordinariamente más fuertes que nosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Matías levantando su copa—. Brindo por ello.

—Tú deja de brindar de una vez o acabarás durmiendo en el suelo —dijo Sofía.

—Tienes que hablar con ella, Julio —dijo Cata—, es una víbora y acabará envenenándote.

—Eso no suena muy amigable —dijo Julio—. Si no te conociera creería que Isabel te cae mal.

—¡Premio al tío más observador de esta mesa! —exclamó Cata.

—Pues en cambio tú no eres nada observadora, porque te diré que lo de Isabel ya está aclarado —dijo Julio—. ¿Por qué crees que acepté irme anoche

con ella?

Cata sonrió abiertamente y le hizo un gesto con el dedo pulgar hacia arriba, satisfecha.

—Hay que reconocer que tenéis un ojo para vuestras amistades, que lo mismo daría que fueseis ciegos —dijo.

—No lo dirás por mí —dijo Matías—. Yo tengo un ojo clínico que ya quisieran muchos.

—No hay más que ver a la Svetlana esa —dijo Cata.

—¿Qué pasa con ella? —dijo Matías frunciendo el ceño—. Es una buena amiga, nada más.

—¿Amiga? —Cata se echó a reír—. Pues yo creo que ya tiene el vestido de novia encargado.

—¡Anda ya! —exclamó él.

—Venga, Matías, no seas rancio —intervino Sofía—. Esa chica se muere por tus huesos.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —preguntó su amigo—. No voy a ceder por eso, soy un soltero de oro y así pienso seguir el resto de mi vida. Aún no ha nacido la que pueda echarme el lazo.

—Menos lobos, Caperucita —dijo Sofía—. Tiene que llegar el día en que te vea babeando por una mujer.

—Hace muchos años que se me secó la garganta, querida.

—Qué edificante conversación para una adolescente —susurró Cata.

—Serás hipócrita —dijo Matías—. Tú lanzas la piedra y luego escondes la mano.

—Venga, hija, no te cortes y dile a tu tío Matías lo que piensas de él y de sus conquistas —dijo Sofía azuzando a su hija.

—¿Matías mi tío? ¡No, por Dios! —Cata hizo un gesto irónico y Sofía empalideció esquivando la mirada de su hija.

Anna los observó a todos con curiosidad, allí pasaba algo que se le escapaba.

Julio y Matías salieron a tomar una copa. Matías quería saber cómo había acabado todo con Isabel. Sabía el tipo de mujer que era y temía que pudiese hacer algo en contra de su amigo si no había jugado bien sus cartas.

—Venga, cuéntame —dijo mirando a Julio desde el otro lado de la mesa mientras esperaban a que el camarero les trajese las copas que habían pedido.

—No hay nada que contar —le contestó su amigo.

—Vamos, Julio, que soy yo, no me vengas con esas. Has dejado Isabel y los

dos sabemos que no es la clase de mujer que acepta que la dejen.

Julio sonrió.

—No la he dejado, porque no estábamos juntos. Solo he tenido que hacérselo ver.

Su amigo lo miró con expresión disconforme.

—Le he dicho la verdad, Matías. Ya sabes cómo funciona.

—Pero ¿estás loco? —Su amigo no daba crédito—. ¿Te costaba mucho decirle una mentirijilla de nada? Que tu abuelo te había desheredado, por ejemplo. Eso la hubiese alejado de ti a toda velocidad y sin represalias.

—Eres un cabrón —dijo Julio riéndose—. Eres un auténtico cabrón.

El camarero llegó con sus bebidas y le dieron las gracias antes de continuar hablando.

—Tendremos que asumir las consecuencias, como siempre —dijo Matías—. Haces las cosas sin pensar en lo que vendrá después.

—¿Qué querías que hiciera? Ella ya sabía lo que yo sentía, se lo dije antes del viaje. Pensé que se había ido para alejarse de mí y aceptar la situación.

—Pues cuando vino no parecía haber aceptado nada. —Matías se llevó el vaso a los labios y dio un largo trago.

—Por eso me fui con ella a casa de los Rojas, para dejárselo claro de una vez. ¿No lo ves, Matías? Estas cosas no pueden sortearse, hay que afrontarlas y terminarlas sin rodeos. Isabel es una buena chica, no hará nada contra mí.

—Lo que tú digas —dijo Matías nada convencido—. Ahora, háblame de Anna.

—¿De Anna? —Julio esquivó su mirada—. ¿Qué pasa con Anna?

—Tú sabrás. Después de lo que me has dicho esta tarde me has dejado *out*. Pero en la cena he visto cómo la mirabas —dijo Matías con expresión expectante—. Nunca te había visto mirar a una mujer de esa manera, y te conozco desde que éramos unos críos.

Julio no dijo nada, no era que quisiera hacerse de rogar, sencillamente no quería hablar de aquello. Era cierto que sentía algo por ella, pero no se sentía cómodo con la situación. Había un rumor martilleante en su cabeza advirtiéndole del peligro.

Cogió su vaso y bebió un largo trago mientras su mente se empeñaba en mostrarle imágenes que no quería ver. Recordó cómo la brisa alborotaba su cabello haciendo bailar sus suaves rizos. Sintió su piel aterciopelada en la yema de los dedos. Hubiera deseado besar su esbelto cuello. ¿Y sus labios? Todavía se estremecía al recordar cómo lo había besado.

—Parece una buena chica —dijo Matías.

—Lo es y eso es lo que me preocupa. Es una persona frágil que no ha tenido

mucha suerte con los afectos...

—Entonces debes andarte con ojo —le advirtió su amigo—. Ya tuvimos bastante movida por tu denuncia al partido. Ahora te están dejando bastante tranquilo, un escándalo amoroso no es lo mejor para mantenerlos alejados. Si no va a ser Isabel, que no sea Anna.

Julio asintió.

—Tienes razón —dijo mirándolo a los ojos.

—¿Exactamente en qué tengo razón?

—Me gusta mucho esa chica —confesó, y su amigo soltó el aire con un soplo—. No te haces idea de cuánto. Es diferente a cualquier mujer que haya conocido.

—Viene de otro ambiente, cómo no va a ser diferente...

—No me importa por qué lo es, lo único que sé es que cuando estoy con ella me siento vivo y con ganas de comerme el mundo.

Matías suspiró de nuevo.

—Entonces estás perdido —dijo muy serio—. Adiós a los amigos inseparables. Adiós a las noches de juerga, a las mañanas de resaca, a las confidencias y al compañerismo. Y hola a las comidas de los domingos, los sermones de la suegra y las babas y las cacas...

—¡Eres imbécil, hermano! —dijo Julio sonriendo.

—Prométeme que nunca tendré que cambiar pañales —dijo Matías—. Prométemelo o nuestra amistad acaba aquí y ahora.

—Te lo prometo, capullo.

—Brindo por eso.

Chocaron sus vasos y bebieron.

Cuando Anna bajó a desayunar se sorprendió al encontrar a Julio en el comedor.

—Buenos días —lo saludó esquiva.

—Ya veo —dijo él asintiendo—. Has bajado más tarde pensando que ya no estaría.

—Me he dormido —mintió.

Julio la miraba fijamente, pero ella se esforzaba en ignorarlo mientras se servía el café y se sentaba en su sitio de siempre en la mesa.

—¿A ti te tocó no beber? —dijo refiriéndose al hecho de que hubiesen salido la noche anterior—. ¿Sois como los amigos que salen de fiesta? ¿Os turnáis para emborracharos?

Julio la miró con fijeza.

—Yo nunca bebo demasiado —dijo, y Anna apartó la mirada para que no leyese en ella.

—¿Me pasas la mantequilla? —pidió después de tratar de alcanzarla sin éxito—. Tengo los brazos demasiado cortos.

—¿Que tienes los brazos demasiado cortos? —Julio la miró desconcertado. Anna asintió.

—Mi padre siempre decía que estaba mal hecha. Bueno, decía: *bien hecha pero mal terminada*.

Julio apretó los labios como si se esforzase en callar algo. La imagen que tenía de aquel energúmeno le hacía desear tenerlo delante y decirle lo que opinaba de él.

—No pasa nada —dijo Anna sin dejar de sonreír—. Como comprenderás, todo aquello me importa ya muy poco.

—El otro día me hablaste del porqué de tu amor por los libros —dijo él tratando de borrar la violencia de sus pensamientos—, pero no me explicaste por qué quisiste estudiar para bibliotecaria. Supongo que cuando eras una niña soñabas más con ser cantante o princesa.

—Me siento cómoda entre libros —dijo sin pensar—, pero cuando era niña no era bibliotecaria lo que quería ser de mayor.

—¿Y qué era?

—¿Quieres reírte de mí? —dijo ocultándole la mirada con timidez.

—Nunca me reiría de ti —respondió él.

—Pianista. Como comprenderás nunca tuve un piano, y así es difícil aprender a tocarlo —dijo sin dejar a un lado la timidez—. Nadie puede ser concertista de piano sin tener uno, y cuando me independicé ya era demasiado mayor para empezar.

Julio movió la cabeza con una mirada triste.

—No me mires así —dijo ella poniéndose seria—, no soporto que la gente me tenga lástima.

—No te tengo lástima.

—Pues deja de mirarme así —dijo enfadada—. Entiendo que para alguien como tú, que lo ha tenido todo, sea lastimoso lo que te cuento, pero no debes juzgarme y, sobre todo, no debes tenerme lástima.

—Deja de decir eso, ya te he dicho que no te tengo lástima —dijo él muy serio—. No te niego que desprendes mucha tristeza cuando hablas de aquello, quizá no te des cuenta, pero...

—Intentaré mostrarme más indiferente la próxima vez. Aunque lo que debería hacer es dejar de contar estas cosas, que parezco imbécil —masculló

entre dientes.

Julio la miraba confuso, no entendía por qué se enfadaba tanto. Durante un rato ninguno dijo nada, ambos se sentían incómodos por distintos motivos y no sabían cómo resolver la situación.

—Perdona si he sido un poco borde, pero es que me pone enferma que me tengan lástima —dijo Anna mirándolo al fin a los ojos—. Me gusta que los demás me vean como una persona fuerte y valiente. No quiero mirarte a los ojos y ver que me compadece, porque me conviertes en alguien que no quiero ser.

—Creo que eres una persona fuerte y valiente —dijo él con voz profunda—. Recuerda que te vi enfrentarte a mi abuelo, y no conozco a una persona que imponga más que él...

—Ya, claro —lo cortó ella, había algo en él que la hacía sentir vulnerable y no quería dejar que continuase—. Tu abuelo es poderoso y no está acostumbrado a que nadie le tosa.

—¿Por qué lo dices así? —preguntó él mirándola fijamente—. ¿Es porque tiene dinero? ¿Nos desprecias por ello?

—No os desprecio por tenerlo, os despreciaría si no fueseis conscientes de que lo tenéis.

—Explícame eso.

Anna lo pensó un momento.

—Los ricos vivís en un mundo paralelo. Es como si no os dieseis cuenta de lo que ocurre a vuestro alrededor. Os quejáis de lo caro que está el caviar mientras charláis en el club de golf, sin percataros de que la chica que os sirve las copas cobra menos de mil euros por trabajar cuarenta horas a la semana.

—¿Y quién dice que no nos damos cuenta? —dijo él frunciendo el ceño—. Tienes un montón de prejuicios.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees? —dijo ella retándole con la mirada—. ¿Has intentado vivir con mil euros al mes? ¿Teniendo que pagarte tu casa, tu comida, la gasolina de tu coche...? Estoy segura de que no. Pero lo peor es que no creo que sea algo exclusivo al hecho de tener dinero. Por desgracia creo que tiene más que ver con que seáis humanos.

Las arrugas en el ceño de Julio se hicieron más profundas.

—¿De qué hablas?

—Hay gente que cobra mil euros al mes y se queja de que lleguen pateras llenas de inmigrantes a sus costas. Es como si dieran por válido que el hecho de nacer en un lugar te da más derechos que a otros que no han tenido esa suerte. Como si esto de la vida fuese una ruleta rusa cósmica en la que dependiendo de dónde naces tienes cinco turnos seguidos. ¡Ah, se siente! —dijo agitando las manos.

—Estás mezclando temas sin ton ni son...

Anna soltó el aire de golpe y tiró la servilleta en la mesa.

—No me hagas caso —dijo poniéndose de pie—, no digo más que estupideces.

—No te vayas —dijo él—, me interesa lo que dices.

Ella lo miró con expresión irónica.

—¿En serio? Un político interesado por los problemas del pueblo...

—Estás volviendo a hacerlo —dijo él poniéndose de pie—. Hablas de ser político como si fuese sinónimo de hijo de puta.

Anna levantó las manos como si la estuviesen atracando.

—No me jodas —dijo él con malos modos—. ¿Eres de esas?

—¿De esas?

—Una antisistema que piensa que todos estaríamos mejor haciendo lo que nos dé la gana. —Julio se había acercado y estaba frente a ella. Ahora era él quien parecía realmente enfadado.

—No, no soy anarquista ni nada de eso, pero reconoce que, los políticos, mucha vocación de servicio no es que hayan demostrado.

—Hablas de los que hacen ruido, pero dejas en el fango a todos aquellos que sí trabajan para tratar de conseguir un mundo mejor.

—¡Ja! —exclamó ella.

—¿Ja? ¿Ese es tu argumento?

—No, no es un argumento, es que me da risa porque no conozco a ninguno de esos que dices. Para mí son como los cocodrilos en las cloacas de Nueva York, una leyenda.

—Me estás ofendiendo —dijo él con los ojos lanzando chispas rojizas.

Los dos se volvieron hacia la puerta al escuchar que alguien les aplaudía y se encontraron con Sofía y Cata paradas delante de la puerta del comedor.

—¿Tú sabías algo de esto? —preguntó Sofía a su hija.

—Ni idea —respondió Cata—, pero espero que haya más pases para no perdérmelo la próxima vez.

—Está claro que habrá que incluirlo en la publicidad del hotel —siguió diciendo su madre.

—Pues van a flipar.

Anna se había puesto roja como un tomate y se dirigió a la puerta esquivándolas.

—Tengo que trabajar —dijo y salió del comedor huyendo de las carcajadas de las dos mujeres.

Cuando Julio salió del comedor, Sofía lo siguió hasta el hall.

—Espera —lo llamó.

Su amigo se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Qué ha sido eso de ahí? —preguntó Sofía.

—¿De qué hablas?

—Tiene veintidós años, Julio —dijo Sofía—, pero románticamente es una adolescente.

Su amigo la miró con cara de póquer.

—Parece más madura porque en todos los otros temas lo es —insistió ella—, pero te aseguro que en cuestiones amorosas es casi una niña.

Julio Dante era un hombre de treinta y dos años, experto en relaciones amorosas, que había visto lo mejor y lo peor de la naturaleza humana gracias a su paso por la política. ¿Qué tenía él en común con Anna? Absolutamente nada. Venían de mundos distintos, contrarios incluso. Y encima él era su jefe. Sintió una profunda rabia, pero no movió ni una ceja.

—Ella no es para ti —dijo Sofía mirándolo a los ojos.

Julio apretó los labios y respiró hondo por la nariz.

—No sé de qué hablas —dijo muy serio.

—Escúchame, Julio, está claro que esa chica tiene una historia...

—Lo sé, y no necesita que la protejas de mí —la cortó.

—¿Estás seguro? —dijo su amiga buscando sus ojos—. Ya sabes cómo funcionan las cosas en nuestro mundo.

Julio hizo una mueca como si aquello sí le hubiese tocado en la línea de flotación.

—Sabes que te quiero mucho —dijo Sofía—, por eso no quiero que empieces algo que te romperá el corazón. Esa chica es oro, Julio.

—Tiene veintidós años —dijo él—, hablas de ella como si tuviese quince.

—No ha estado nunca con nadie. —Sofía no quería decirlo y se sintió como una traidora.

—¿Qué?!

Su amiga se dio la vuelta para volver al comedor, pero Julio la detuvo.

—Soy una bocazas —dijo ella negando con la cabeza.

—¿Lo has dicho en serio?

Sofía asintió.

—Por favor, Julio, no le menciones esto jamás. Me lo contó en confidencia, como a una amiga.

—Pues qué bien guardas los secretos, lo tendré en cuenta —dijo él burlándose.

—Me siento fatal —dijo y se mordió el labio, mortificada.

—Es imposible que no haya estado con ningún tío. Seguro que era una manera de hablar. Se referiría a una relación seria.

—No, Julio, se refería exactamente a lo que te he dicho.

Él cogió aire y llenó sus pulmones mientras pensaba en una salida.

—Me voy a desayunar antes de que Cata venga a por mí —dijo Sofía—. Y tú piensa en lo que te conviene, pero sobre todo en lo que le conviene a ella.

Capítulo 14

Anna no podía evitarlo, cada sonido que escuchaba fuera de la biblioteca la hacía mirar la puerta con ansiedad. Quería verlo aparecer y que le propusiera algún excitante plan para hacer juntos. Pero cuando la puerta de la biblioteca se abrió, la que apareció fue Sofía para avisarla de que ya estaba la comida. Ella fue quien le explicó que Julio se había marchado a Madrid por asuntos familiares y que no volvería en toda la semana.

Los días pasaron despacio. Anna trabajaba toda la mañana y unas horas por la tarde, pero siempre sacaba tiempo para pasear por los terrenos de la propiedad y poco a poco fue conociendo cada uno de los rincones de aquella preciosa finca. Todos los días al atardecer iba en busca de Cata y juntas cabalgaban hasta Pozo Frío para ver el crepúsculo. Aquella tarde, Cata se dio cuenta de que su amiga estaba más silenciosa de lo normal. La bibliotecaria iba un poco adelantada observando el paisaje mientras su yegua avanzaba lentamente, como si también quisiera disfrutar del entorno en su paseo, y Cata la observaba con atención sin que se diera cuenta. No era mucho mayor que ella y se sentían a gusto cuando estaban juntas. Agradecía que nunca pretendía darle lecciones, ni la sometía a largos interrogatorios como hacían los demás. Simplemente charlaban o compartían momentos de silencio sin que ninguna de las dos se sintiese incómoda por ello.

—A veces pienso en la historia del tatarabuelo —dijo la joven mientras ataban los caballos para hacer el último tramo caminando.

—Un auténtico drama —dijo Anna.

—Me he preguntado muchas veces lo que debió sentir Benita al darse cuenta de que el hombre con el que compartía su vida la estaba matando —dijo la adolescente.

Anna la miró sorprendida.

—Eso es muy profundo.

Cata sonrió.

—Pero ¿qué opinión tienes de mí?

—No es eso —respondió la otra—, pero debo reconocer que es difícil conocerte bien.

—Es posible —Cata la miró con tristeza—. Siento que debo protegerme. Quizá si mi madre no fuese tan absorbente...

—Supongo que es normal —dijo Anna mirando los troncos retorcidos

mientras caminaban—. No puedo ni imaginarme lo que debió ser tener una hija con dieciséis años.

—Yo tengo casi diecisiete y la idea me resulta aterradora.

—Cuando cumplí los diecisiete solo pensaba en que tenía que conseguir la beca para la universidad. Tu madre tenía a otro ser humano al que debía proteger.

Cata la miró de soslayo y dio una patada a una rama que se encontró en el camino.

—Ella no necesitaba una beca. Tenía una buena vida y podría haber hecho lo que hubiese querido —dijo con cierto rencor.

Anna frunció el ceño, desconcertada.

—Aún tiene más mérito —dijo.

—¿Mérito? —Cata levantó una ceja—. ¿Qué mérito? Rechazó una vida maravillosa. Un futuro brillante. ¿Has visto alguno de sus dibujos? ¡Era soberbia!

Anna la observaba mientras hablaba y vio que todo su cuerpo hablaba con ella. Sus gestos eran agresivos y sus palabras arrastraban mucha ira.

—¿Ella te ha enseñado sus dibujos? —preguntó, taimada.

Cata negó con la cabeza.

—Mi abuela. Y me ha explicado muchas cosas...

Anna entrecerró los ojos, empezaba a darse cuenta de lo que pasaba allí y no le gustó nada. Se adelantó para ponerse a su lado y miró hacia adelante con una pose relajada.

—Háblame de tus abuelos. No he conocido a ningún marqués —dijo sonriendo.

Cata se encogió de hombros y siguió mirando el suelo mientras caminaban.

—Son unos estirados y unos snobs. No sé por qué tengo que ir a verlos, no les interesa nada de mí. Tan solo querrían que desapareciese.

—No digas eso —dijo Anna.

Cata la miró y había mucha tristeza en su mirada.

—¿Por qué no? Pensaba que tú no eras de esas.

—¿De esas?

—Sí, como ellos —dijo señalando al camino por el que habían llegado—. Fingiendo siempre que todo va bien para que yo no me entere de nada. ¿Sabes que nunca he visto llorar a mi madre? La he oído, eso sí, porque se encierra en el baño cuando no puede soportarlo más. Como todas las Navidades después de ir a su casa.

Anna la miró a los ojos y después de unos segundos asintió.

—¿Sabes por qué te ocultan esas cosas?

—No me sueltes el rollo de que quieren protegerme.

—Pues lo siento —dijo Anna—, pero es exactamente eso.

—Ya —dijo con expresión de desprecio.

—Cuando tenía tu edad no tenía ningún amigo —dijo Anna captando su atención—. Ninguno. Y no era porque yo fuese rara o una apestada en el instituto. Me llevaba bien con todo el mundo y creo incluso que muchos me apreciaban. Pero no dejaba que nadie pasase la línea.

Cata frunció el ceño de nuevo.

—¿Qué línea?

—La de quedar después de clase. La de «ven a dormir a mi casa y cuéntame tus problemas». Esa línea.

Cata bajó la cabeza rehuyéndole la mirada, gesto que no pasó desapercibido para Anna.

—Tuve que hacerlo —siguió contando—. No era porque quisiera. Era porque mi padre era un alcohólico. Nunca podía saber cómo estaría cuando regresara. La última vez que llevé a una amiga a mi casa me lo encontré tirado en el suelo en medio de un charco de vómito y sangre. Se había caído y se había golpeado la cabeza. Como comprenderás aquella amiga nunca volvió a mirarme igual. Se apartó de un modo sutil, sin violencia, pero me hizo trizas el corazón.

—¿Estás tratando de enseñarme algo? —dijo Cata con una sonrisa torcida—. Es una de esas lecciones de los mayores en las que te muestran cómo es de dura la vida.

Anna negó con la cabeza.

—No, Cata. Te estoy hablando como a una amiga —dijo deteniéndose en medio del paraje—. Te estoy dejando pasar la línea.

Cata no pudo disimular su sorpresa.

—Nunca me he quedado hablando toda la noche de mis problemas, de mis sueños —siguió diciendo Anna—. Nunca he compartido mis gustos sobre chicos.

—Hablas mucho con mi madre —dijo la adolescente.

—Pero ella es una mujer experta, que sabe todo lo que me va a pasar y lo que voy a sentir. Yo necesito hablar con alguien que sea como yo, alguien para quien mi vida se tan misteriosa como la suya propia.

Cata sonrió sin darse cuenta.

—Me estás tomando el pelo.

Anna negó con la cabeza sin dejar de mirarla.

—Nunca he salido con un chico —dijo.

Cata no disimuló su sorpresa mezclada con la irremediable incredulidad.

—Tengo veintidós años y solo he besado a tres chicos en mi vida —siguió diciendo—. Y la última vez, fue aquí.

—¿Julio? —preguntó Cata poniéndose seria.

Anna asintió.

—No es ningún chico —dijo la otra con una sonrisa torcida.

—Tiene diez años más que yo, lo sé —dijo Anna con cierta timidez—. Pero no creo que ese sea mi mayor problema.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó la joven.

Anna dudó unos segundos, pero ella la había dejado pasar esa línea. Asintió.

—¿Y él siente lo mismo por ti?

—No tengo ni idea. Reaccionó muy bien cuando le besé y después rompió con Isabel, pero...

—¿Lo besaste tú? —la interrumpió Cata.

Anna sonrió al tiempo que afirmaba con un gesto.

—¡Vaya! —Cata sonrió también.

Siguieron caminando en silencio hasta el pozo. Cuando llegaron, el sol empezaba a bajar en el horizonte y se sentaron en la piedra para contemplar la escena.

—Podemos ser amigas —dijo Cata cuando el astro ya casi se ocultaba.

—Pero deberíamos establecer unas normas —dijo Anna, pensativa—. No puede ser algo trivial.

Cata asintió.

—Hagamos algo. Una promesa.

—¿Una promesa? —Anna la miró con atención.

—Sí, una promesa. Prometamos no mentirnos nunca, no edulcorar nada de lo que digamos y recurrir a la otra si necesitamos ayuda de cualquier clase.

Anna sabía que aquello era lo que Cata necesitaba. Y en el fondo, ella también.

Levantó el dedo meñique y la otra lo miró con ironía.

—¿En serio?

—Sí, en serio —insistió Anna—. Venga, tiene que haber algo simbólico.

Cata enlazó su meñique al de ella y sacudieron las manos.

Anna se metió en la cama con la lamparilla de la mesita encendida, como cada noche. Le gustaba leer antes de irse a dormir y cogió el libro que había tomado de la biblioteca esa tarde. Era el número diez desde que estaba allí y le pareció un número simbólico. Miró hacia la ventana, le gustaba dejar las cortinas abiertas durante la noche y dormirse mirando el cielo estrellado a través de aquellos cristales.

Abrió el libro por la primera página y empezó a leer. No había pasado la tercera hoja cuando alguien tocó a su puerta.

—Adelante —dijo.

—¿Puedo pasar? ¿Te molesto? —Cata asomaba la cabeza por el hueco de la puerta.

—Pasa —dijo Anna sonriendo.

La joven entró en el cuarto y cerró la puerta. Llevaba puesto el pijama y unos calcetines mullidos. Atravesó la habitación y se subió a la cama sentándose a los pies con las piernas dobladas.

—¿Qué lees? —preguntó.

Anna le entregó el libro y se incorporó colocando los cojines.

—*Rojo y negro* —leyó Cata en voz alta, y se lo devolvió.

—¿Te gusta leer? —preguntó Anna.

Cata asintió; se sacó el móvil de un bolsillo y lo movió delante de ella.

—¿Lees en digital?

—Sí —dijo sonriendo.

—¿Y no se te cansa la vista?

Cata negó con la cabeza al tiempo que hacía una mueca con la boca.

—No noto nada. Me resulta muy cómodo. Leer en papel me parece algo arcaico. Te enseñaré mi biblioteca virtual.

Se sentó junto a ella y le mostró la pantalla del móvil para que viese dónde tenía los libros.

—Puedo leer todos los que quiera pagando una cuota mensual —le explicó.

Anna vio su estantería repleta de títulos y no pudo menos que sentirse admirada.

—Desde que tengo esto leo muchísimo —dijo Cata—. Este año llevo unos ciento veinte leídos.

Anna lanzó una exclamación, admirada.

—Mi récord son ciento cincuenta —dijo Cata—, creo que este año lo fulmino.

—Yo creía que leía mucho, pero soy una pringada a tu lado.

Cata dejó el móvil en la cama y se recostó en los cojines poniéndose cómoda.

—He pensado mucho en lo que hemos hablado. Y tengo algo que contarte. —Cata tenía los ojos fijos en la ventana y Anna la observaba con atención—. Yo he estado con un chico. Nos acostamos durante una semana.

Anna se movió colocándose en medio de la cama para verla bien y no tener que girar la cabeza todo el rato.

—Adelante. Cuéntamelo todo.

Cata la miró con una aletargada expresión unos segundos antes de hablar.

—Pensaba que yo le gustaba de verdad.

Anna empalideció y Cata se mordió el labio conteniendo la tensión que le provocaba hablar de ello.

—Cuando empezamos a ver a mis abuelos mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Se empeñaron en que tenía que ir al mismo instituto en el que estudió mi madre y ella dijo que sí. Me sacó del colegio al que había ido desde niña, un colegio público en el que hubiese podido hacer la ESO y el Bachillerato con mis amigos de siempre. Sentí que mi madre me traicionaba pasando por alto lo que yo deseaba. Aun así, traté de tomármelo como un reto, enfrentarme a gente nueva y demostrarme a mí misma que podía hacerlo y salir victoriosa.

Cata estiró las piernas y miró cómo se movían los dedos de sus pies, mientras su mente revivía aquellos días.

—Al principio le puse muchas ganas. Muchas veces me pregunto por qué. Traté de hacer amigas, pero enseguida que descubrían quién era me daban de lado.

—¿Qué dices? —Anna no podía creerlo—. Pero ¿qué clase de instituto es ese?

—Un instituto de pijos de mierda —dijo Cata con desprecio—. Mi madre estaba de lo más ilusionada, hablando siempre de todo lo que iba a hacer, de lo que iba a estudiar, de cómo sería mi vida en el futuro. Enseguida me di cuenta de que estaba hablando de todo lo que ella hubiese querido, de la vida que ella quería tener y a la que renunció por mí.

Anna empezó a vislumbrar una realidad que explicaba el porqué de Cata.

—No podía decirle que aquello era una puta mierda —siguió contando—. Lo intenté, pero no pude. Así que decidí aislarme y seguir adelante. Serían cuatro años, seis si hacía allí el bachillerato. Podía aguantarlo. Me dije que si Khalesi podía soportar a los dothrakis, yo podía con las chorradas del instituto.

—¿Y tu madre no se dio cuenta de lo que pasaba? —preguntó Anna sonriendo ante el guiño literario—. ¿No vio que no tenías amigos?

—Sí, por eso tuve que empezar a mentirle. Le decía que iba aquí o allí y me iba a la biblioteca o al cine. Mis notas mejoraron, no hacía otra cosa que estudiar y leer —dijo encogiéndose de hombros—. Descubrí que se puede ser adolescente y vivir socialmente solo.

—Sí, es cierto —corroboró Anna.

—Pero entonces pasó algo inesperado. Un viernes por la tarde que estaba en la biblioteca se me acercó Javier Morán. Me preguntó si había hecho uno de los problemas que nos habían puesto en matemáticas y le dije que sí. Me preguntó si me supondría mucha molestia ayudarlo, porque no conseguía entenderlo.

—¿Quién es Javier Morán? —preguntó Anna, con la sospecha de saber la respuesta.

—Javier Morán es el tío más bueno del insti. Todas babeaban por él.

—¡Mierda! —exclamó Anna.

—Sí, mierda. Hay que ser muy lerda para caer en una trampa tan evidente —dijo Cata—, pero está claro que no era tan lista como me creía.

—¿Cómo lo hizo?

Cata suspiró, nunca le había contado eso a nadie y una vez que quitó el tapón las palabras le salían a borbotones y casi no se acordaba de respirar.

—Lo hizo muy bien —dijo sonriendo con tristeza—. Nos encontramos en la biblioteca unas cuantas veces y empezó a saludarme por los pasillos del insti. Fue una pasada porque todo el mundo me miraba de otro modo, incluso algunas chicas se acercaron a hablarme como si yo fuese alguien. Ya no parecía una apestada. Hasta que un día me dijo si me apetecía ir a tomar algo, que estaba rayado y necesitaba hablar con alguien. Fuimos paseando hasta el parque del Retiro y estuvimos charlando toda la tarde. Me dijo que se encontraba muy a gusto conmigo, que nunca le había pasado eso con ninguna chica y me pidió que saliésemos al día siguiente.

—Ya veo. Es todo un conquistador.

Cata asintió.

—Un cabrón, eso es lo que es.

—¿Te forzó? —preguntó Anna, preocupada.

—No —respondió Cata—, no le hizo falta. Me tenía en sus manos. Nunca me había sentido así. Tan importante.

—¿Y estás segura de que él no sentía nada por ti?

Cata se encogió de hombros.

—Estoy segura de que no le importaba lo que sintiera por mí. Un día me llevó a su casa. Sus padres estaban de viaje. ¡Menuda mansión! Mi madre y yo vivíamos en un piso de alquiler de dos habitaciones y, aunque una vez al año íbamos a casa de mis abuelos, no es que su casa fuese mi casa. Javier quiso que nos bañáramos en su piscina, pero yo no llevaba bañador... Ya imaginas el resto.

Anna asintió, sin decir nada.

—Sus padres estuvieron una semana fuera, que fue el tiempo que duraron sus atenciones hacia mí —dijo Cata, y su rostro se crispó haciendo evidente que había llegado al momento crítico de su historia—. De repente dejó de acercarse en la biblioteca, dejó de saludarme por los pasillos del insti, dejó de enviarme whatsapps. Yo no entendía nada, pero me daba pavor acercarme a él y preguntarle qué ocurría. Y entonces recibí esto.

Cata cogió el móvil de la cama, buscó un vídeo y se lo mostró a Anna. Su amiga se puso pálida y su expresión se fue crispando a medida que veía y escuchaba lo que se veía en él.

—¿Una apuesta? —dijo asqueada cuando terminó.

Cata asintió.

—Por eso me abordó en la biblioteca, me engatusó y acabó acostándose conmigo —dijo con rabia—. Y ¿sabes qué es lo peor? Que no me sorprendió. Era como si yo misma pensara que aquello lo explicaba todo, porque me había resultado inexplicable que alguien como él se acercase a alguien como yo. Eso fue lo peor. Descubrir que yo misma creía que era una mierda.

—Pero ¿qué dices? Aquí la única mierda es él. —Anna se sentía furiosa—. Pero ¿cómo puede haber gente así? ¿Qué clase de cabrón malnacido es? Será hijo de puta.

Cata la miró desconcertada y después de unos segundos de confusión se incorporó y se abrazó a ella haciendo que perdiera el equilibrio.

—Gracias —susurró la adolescente con la cabeza apoyada en su hombro—, gracias por ser mi amiga.

Cuando se separó de ella Anna esperaba con una mirada interrogadora y Cata suspiró.

—No me has regañado por ser tan estúpida, no me has sermoneado —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Has hecho lo que hacen las amigas: te has puesto de mi lado y lo has puesto a parir.

—Si lo tuviera delante haría algo más que insultarlo —dijo.

Cata se echó a reír.

—Estoy segura de que lo harías —dijo.

—No te quepa la menor duda —insistió Anna.

—¡Ufff! No sabes el peso que me he quitado de encima —dijo Cata, satisfecha—. Ha sido una pasada sacar todo eso de dentro.

Anna sintió una reconfortante sensación en el pecho.

—Julio es un buen tío —dijo su amiga de pronto—. Viejo, pero un buen tío.

—No hay nada entre nosotros —dijo la bibliotecaria rápidamente—. Yo le besé y él, simplemente, no se apartó.

—Ya, simplemente.

—Después de aquello se marchó y lleva toda la semana lejos de aquí —siguió diciendo Anna—. Sé sumar, Cata.

—Pero eso es porque mi madre habló con él. —La joven sonrió con complicidad.

—¿Que tu madre habló con él? ¿De qué hablaron?

—Le daba miedo que te hiciese daño —dijo apoyándose de lado en las

almohadas—. Ya sabes cómo son las madres, se meten donde nadie las llama para hacer cosas estúpidas porque creen que deben salvarnos de todos aquellos peligros a los que ellas se lanzaron de cabeza y sin dudar.

Anna abrió la boca sorprendida y después se bajó de la cama para pasearse por la habitación. Trataba de encontrar las palabras, pero las que le venían a la boca eran demasiado fuertes.

—Pero ¿qué le dijo? —Se detuvo en seco—. ¡Ya sé lo que le dijo! ¡Oh, Dios! Ha hecho que Julio salga huyendo de mí. Pensará que soy una especie de niña tonta que necesita que la protejan.

—¿Le dijiste a mi madre que no habías estado con ningún chico? —preguntó Cata, y la expresión de su amiga fue la mejor respuesta.

—No puede ser. —Anna se llevó las manos a la cabeza—. ¿De verdad crees que tu madre haría eso?

—Mi madre haría mucho más que eso. Cuando dije que no quería ir al instituto me dijo que iba a hablar con el director, pero en realidad lo que hizo fue entrar en una clase de tutoría de mi grupo y decirles a mis compañeros que si sabían de alguien que me estuviese haciendo bullying lo dijeran.

Anna se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación, mientras Cata se ponía boca abajo en la cama apoyando los brazos en una almohada.

—No te imaginas lo que esa mujer es capaz de hacer. Después de aquello tuve claro que no iba a volver, se pusiera como se pusiera.

—No me extraña —dijo Anna acercándose de nuevo.

—Le prometí que aprobaría la ESO si el año que viene me matriculaba en otro instituto. Eso sí, uno público.

—¿No quieres volver al que estabas antes del pijo de mierda? —preguntó Anna sentándose de nuevo en la cama.

Cata negó con la cabeza.

—No, ahí no puedo volver. Ya no soy aquella persona. Además, si vamos a hacer lo del hotel tenemos que vivir aquí, y son muchos kilómetros. Me matricularé en uno que esté cerca para que pueda ir y venir sin problemas.

—Bien pensado —dijo Anna—. Lo que importa no es dónde te saques el título.

—Lo haré para que mi madre se quede tranquila. A mí el título me importa una mierda. —Cata se tumbó boca arriba y se quedó mirando al techo—. ¿Nunca has pensado en lo estúpida que es la vida humana? La gente se pasa la vida haciendo cosas que no le gustan, para ganar dinero y gastarlo en cosas que no necesitan, esperando que llegue el día en el que les dejarán hacer lo que quieran. Es como si viviésemos para morirnos.

Anna se tumbó a su lado y meditó sobre lo que había dicho.

—Creo que lees demasiado —dijo.

—Es posible —respondió Cata—. Pero yo no empujaré la rueda del molino.

Capítulo 15

—Este fin de semana me paso, te lo prometo —dijo Pablo al otro lado del teléfono—. ¿Cómo llevas el trabajo?

—Bien, como esperaba —dijo Anna, contenta al saber que se verían—. Llevo un buen ritmo.

—Claro, ahí perdida en el campo no hay mucho que puedas hacer para distraerte.

Anna asintió con la cabeza como si él pudiese verla.

—¿Y el master? —preguntó Pablo—. No lo dejes de lado. Si mi primo te explota, dímelo y le diré cuatro cosas.

—Tranquilo —dijo sintiendo cierta tristeza al volver a pensar en Julio—. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, como siempre. Me aburro mucho sin ti, aunque... he conocido a alguien.

Anna se levantó del suelo y se tumbó en el sofá de la biblioteca. Llevaban varios días sin hablar y con el ajeteo diario no se había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

—¿Has conocido a alguien? —preguntó interesada.

—Pues sí —dijo el otro.

Anna lo conocía bien y aquellos esfuerzos por disimular solo podían esconder una enorme emoción.

—¡Cuéntamelo todo! —exclamó.

—Pues no sé... Es un chico muy majo. Es escocés.

—¿Escocés? —dijo sorprendida—. Foto, mándame foto ahora mismo.

—Voy —dijo Pablo.

Anna miró la pantalla esperando y al cabo de unos segundos tenía a un *highlander*, impresionantemente guapo, mirándola desde unos ojos claros que asustaban de bonitos que eran. Los rizos pelirrojos le caían sobre la frente dándole un aspecto de travieso que te robaba el corazón.

—¡Dios mío! —exclamó poniéndose de nuevo el teléfono en la oreja—. No tengo palabras.

—Es guapo, sí —dijo Pablo.

—¿Y es gay?

—Completamente gay —respondió su amigo sonriendo.

—Madre mía, no sé cómo lo haces.

—Es un tío majo, nos hemos visto unas cuantas veces, pero no sé a dónde llegaremos.

—Más te vale que aguantes hasta que puedas presentármelo —dijo ella riendo—. Para una vez que puedo ver a uno de esos hombres de las montañas de cerca, resulta que es gay.

—¿Y tú?

—Yo no soy gay —dijo ella en broma.

—¿Ha saltado la chispa ya?

Pablo se había dado cuenta enseguida de la atracción que Anna sentía hacia su primo.

—No ha saltado nada. En realidad tu primo salió huyendo después de que le besé.

—Es idiota. Ya se dará cuenta.

—Te echo muchísimo de menos —dijo poniéndose ñoña.

—Este finde nos resarciremos. Pienso llevar una tonelada de guarrerías en el coche. He comprado chokolatinas para alimentar a un batallón de lanceros. Y patatas fritas de todos los sabores.

—¡Venga química!

—De algo hay que morir, hija. Mejor que al menos sea por algo que esté bueno.

—Como tu *highlander* —dijo ella riendo.

—Por ejemplo —respondió él—. Y ahora te tengo que dejar, que llega mi bus.

—Hasta el sábado.

—Besos.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la fotografía del escocés.

Anna miró el reloj y después se desperezó tensando al máximo sus brazos y los músculos de su espalda. Llevaba tres horas sin parar desde que volvió de comer. Miró las estanterías que había ordenado y catalogado desde que llegó hacía dos semanas ya. Y luego miró todo lo que le faltaba por hacer. Haciendo un cálculo mental acabaría en Navidad. Sonrió de soslayo al pensar que podía ralentizarse y alargarlo si era lo que quería. Julio no le exigió ningún plazo, de hecho había insistido en que no se precipitase, que quería un trabajo bien hecho.

Como si hubiese lanzado un conjuro la puerta de la biblioteca se abrió y apareció su jefe. Llevaba un pantalón tejano negro y una camisa vaquera que se ajustaba a sus brazos y hombros realzando aún más su musculatura.

—Hola, Anna —dijo avanzando hasta ella que, como siempre, estaba sentada en el suelo rodeada de libros—. Veo que sigues trabajando en el suelo.

—Para ser honestos, este suelo es de madera de roble, así que podríamos considerarlo una mesa un poco más grande —dijo ella sonriendo.

—Espero que Herminia y Mercedes se empleen a fondo en la biblioteca todos los días —dijo refiriéndose a las señoras encargadas de la limpieza.

—Sí, lo hacen —dijo Anna poniéndose de pie y estirándose los pantalones —, saben cómo trabajo.

—¿Cómo estás? —Parecía nervioso.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

—Te fuiste sin despedirte —dijo ella.

Julio asintió sin responder a ello.

—¿Has hablado con tu abuelo del proyecto?

Julio negó con la cabeza.

—He estado sondeando a posibles inversores. Cuando hable con él tengo que tener todas las cuentas hechas. Debo presentarle un proyecto en firme, no tendré ninguna posibilidad si no lo hago así.

—Claro —dijo Anna ajustándose la coleta—. No tengo mucha idea de cómo van los negocios.

—¿Qué tal por aquí?

—Muy bien. He trabajado mucho...

—Espero que no te hayas pasado toda la semana aquí dentro —dijo él con preocupación.

—No. —Anna sonrió—. Ha habido tiempo para pasear y charlar.

Julio asintió. Se metió las manos a los bolsillos y miró a su alrededor. Estaba nervioso y le costaba disimularlo, algo que no era normal en él. Anna tampoco sabía qué decir y su corazón latía tan fuerte que temía que él pudiese escucharlo. No quería resultar vulnerable, pero ¿cómo afrontar aquellos ojos cuando solo puedes pensar en besar sus labios? Pensó en Javier, el chico que había hecho daño a Cata. Ella no quería caer en una trampa como aquella. Aunque allí no había apuesta ella era el eslabón débil en la cadena.

—Esta semana ha sido muy productiva —dijo al tiempo que recorría la estancia hasta una de las estanterías que ya estaban revisadas—. Cata y yo hemos encontrado algo muy interesante.

Sacó uno de los tomos y pasó las páginas acercándose a Julio.

—Mira —dijo entregándole el libro.

Julio cogió el papel doblado que alguien había dejado dentro de aquel libro. Al abrirlo vio que era una carta. Levantó la mirada y Anna le hizo un gesto para

que leyese.

«Amor mío:

Esta mañana te he visto paseando en el jardín de detrás. Tu cabello brillaba bajo los rayos del sol y lanzaba irisados destellos que caldearon mi triste corazón. Prometí no volver a hablarte, no torturarte con palabras que no puedes escuchar, pero déjame al menos que desahogue mis anhelos con la tinta de esta pluma pensando que quizá leerlo no cause zozobra en tu ánimo. Si me lo permites, sellaré una nueva promesa y te doy mi palabra de que no te hablaré de amor, tan solo los libros y sus historias serán nuestra conversa, ya que ellos fueron el lazo que ató nuestros corazones.

Por siempre,

D.L.»

—¿DL? —preguntó Julio mirándola con curiosidad.

Anna asintió y le indicó que la siguiera hasta la estantería.

—He encontrado dos cartas, esa que has leído y que estaba dentro de *El señor de Bembibre*, de Enrique Gil y Carrasco, y otra dentro de un ejemplar de *Fortunata y Jacinta*, de Benito Pérez Galdós. Al principio pensé que nadie se había encargado de esta biblioteca jamás. Mirando por encima era imposible encontrar una relación lógica al modo en el que estaban colocados los libros. No los habían organizado por temas, por autores, por épocas...

—¿Y has cambiado de opinión? —preguntó Julio desconcertado.

—Ahora creo que sí hubo alguien encargado de organizarla, aunque no he conseguido averiguar el sistema que siguió. No he encontrado ningún libro de registro, ni documento identificativo anterior al cuaderno de tu bisabuelo.

—¿Y por qué crees que había alguien encargado?

—Mira. —Pasó las páginas del libro que tenía en las manos y le mostró la última hoja—. ¿Ves estas siglas? Todos los libros que he revisado las tienen. Algunos tienen tres letras y otros tienen seis.

—¿Y qué significa? —preguntó él con curiosidad.

—Aún no lo sé, pero está claro que es un código. Fíjate, este tiene seis letras, pero las tres primeras son de una caligrafía distinta a las tres segundas.

—¿Las escribieron personas diferentes?

—Eso creo —dijo Anna asintiendo—. Creo que era un código entre ellos.

Julio miraba aquellas letras como si se tratase de uno de esos juegos de objetos ocultos.

—Espero que descubras el misterio —dijo sonriendo al tiempo que le devolvía el libro.

Anna lo abrió por una página en concreto y volvió a colocar la carta que acababan de leer.

—¿Sabes dónde va? —preguntó.

La bibliotecaria asintió.

—Sí —dijo y llevó el libro hasta su estantería.

—Por eso no has cambiado los libros de lugar.

—Hasta que sepa el orden que siguió no los moveré —dijo ella volviendo a colocarse frente a él—. Los he catalogado y he creado una estantería virtual en mi ordenador de manera que sé perfectamente dónde está cada uno.

—Pero yo necesito que les des un orden lógico —dijo él frunciendo el ceño.

—Y lo haré —lo tranquilizó—. Pero mientras los catalogo déjame intentar averiguar algo más sobre D.L.

—Vale —dijo Julio asintiendo—. Tienes libertad total para hacer lo que quieras, ya lo sabes.

Se dirigió hacia la puerta, pero la voz de Anna le detuvo.

—¿Te vas a quedar o vuelves a Madrid? —preguntó.

Él sintió una punzada en el pecho al percibir en su tono cierta desilusión. Cerró los ojos aprovechando que no podía verlo y trató de dibujar en su rostro una expresión relajada antes de volverse.

—Siempre voy y vengo —dijo con ambigüedad.

Anna comprendió aquel mensaje, no era ninguna tonta. Estaba claro que lo que él hiciese no era de su incumbencia y quería que le quedase claro. Asintió dispuesta a aceptar la situación. Volvió a sentarse en el suelo y cogió uno de los libros que había apilado a su derecha. Julio la miró durante unos segundos y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para salir de allí sin decir ni hacer nada más.

Cuando cerró la puerta se quedó un momento parado frente a ella repitiéndose mentalmente que aquello era lo mejor para Anna. Necesitaría repetírselo muchas veces si no quería dejarse llevar.

—¿Entonces ya tienes el dinero? —preguntó Sofía entusiasmada.

Estaban en el comedor disfrutando de una deliciosa comida.

—Tengo varios inversores interesados —dijo Julio—, el dinero llegará cuando nos pongamos manos a la obra con el proyecto.

—Yo ya tengo los planos —intervino Matías, que cogió la servilleta para limpiarse una mancha en su camisa—. ¿Por qué será que siempre me mancho?

—Porque eres un desastre —dijo Sofía.

—Gracias, yo también te quiero —dijo el hombre haciéndole burla.

—¿Cuándo hablarás con tu abuelo? —preguntó su amiga.

—Había pensado hacerlo en Navidad, pero tal como van las cosas creo que no esperaré —dijo Julio visiblemente entusiasmado.

—No hay que precipitarse —dijo Matías mirándolo muy serio.

—Matías no confía en mí —dijo Julio.

—Claro que confío en ti, pero no es eso lo que importa.

—No, lo que importa es vendérselo a mi abuelo de manera que no pueda decirme que no. Y para eso lo único que necesito es tener el dinero para que no tenga que invertir ni un euro en ello.

—Sabes cómo es Juan... —Matías lo miraba severo y Sofía asintió.

—Es verdad que tu abuelo es muy visceral y en este tema no lo tienes a favor —dijo su amiga.

—Bueno, no seáis agoreros —dijo Julio empezando a enfadarse.

—Tenemos que pensar en todo —dijo Matías—, no podemos dejarlo en manos de la suerte.

—No hay nada que pensar, Matías. Ya lo hemos hablado muchas veces. Si mi abuelo dice que no será que no —dijo muy serio—. El palacio es suyo y no me lo va a entregar porque sea su nieto. No soy el único que tiene. La única manera de hacer esto es que él acepte participar.

Su amigo apretó los labios en un evidente esfuerzo de resistirse a responder. Las tres mujeres lo miraban con curiosidad esperando que hablara, pero él cogió la servilleta y volvió a colocársela sobre los pantalones para seguir comiendo.

—Quizá la historia de Anna sirva para despertarle el interés —dijo Cata.

Todos dirigieron sus ojos a ella.

—Sí, hombre, lo de las cartas —dijo.

Matías y Sofía fruncieron el ceño sin saber de qué hablaba.

—¿Era un secreto? —La adolescente miró a su amiga con preocupación—. No me dijiste que no pudiese hablar de ello.

—No es un secreto —dijo Anna sonriendo—. Pero es que aún no sabemos nada, en realidad.

—Que aún no hayas descifrado el misterio no significa que no tenga una explicación sorprendente —dijo Cata.

Ahora era Anna la que tenía todos los ojos fijos en ella.

—Encontré algo en los libros —dijo con timidez mientras jugaba con la comida.

Matías y Sofía se miraron conscientes de que eran los únicos que no sabían nada de aquello.

—¿Qué encontraste? —preguntó el arquitecto.

—Dos cartas escondidas entre las páginas de dos de los libros que ya he catalogado —dijo.

—¿Cartas? ¿Qué clase de cartas? —preguntó Matías.

—De la época del tatarabuelo de Julio —dijo.

—¿El plano de un tesoro? —preguntó Sofía—. ¿Algún plan para derrocar la monarquía?

Anna no pudo evitar reírse con la expresión de Sofía.

—No es nada de eso. Son cartas de amor.

Matías soltó el tenedor sobre el plato.

—¡Acabáramos! —exclamó.

—¿Cartas de amor? —Sofía abría los ojos como platos—. Pero ¿a qué esperabas para contármelo? ¡Quiero ver esas cartas ahora mismo!

—Luego te las enseño —dijo Anna sonriendo—. No son nada del otro mundo. Ni siquiera sabemos quién las escribió.

—Yo sí —dijo Cata.

Anna sonrió.

—Cata tiene una teoría desde el mismo instante en que leyó la primera —dijo.

—Está muy claro —dijo la joven—, si no lo ves es porque no quieres. Esas cartas las escribía el bibliotecario a Benita, la tatarabuela de Julio. Estaban enamorados. Su marido lo descubrió y por eso la mató.

—Está convencida que las siglas D.L. son del hombre que organizaba la biblioteca —dijo Anna.

—Deberíamos centrarnos en descubrir quién fue D.L. —dijo Cata.

—¿Cómo? —preguntó Julio.

—Revisando los documentos que tengas de la época —dijo la joven—. Debes tener algunos archivos, ¿no?

Julio asintió.

—Sí, recuerdo haber visto una caja en alguna parte...

—No es una caja, es un baúl —dijo Sofía—, y si me lo hubieseis contado a mí os habría dicho que está en la buhardilla.

Anna y Cata se miraron cómplices y luego volvieron sus ojos hacia Sofía.

—¿En un baúl? —preguntó Anna—. ¿Estarán bien conservados ahí?

Sofía se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Sé que los envolvieron en telas pero no sé cómo estarán.

—¿Podemos subir a comprobarlo? —Anna miraba a Julio con un brillo ilusionado en la mirada.

—Matías y yo os lo bajaremos a la biblioteca después de comer —le respondió el interpelado.

—¡Dios! —exclamó Cata—. Me siento como un detective privado. Escribiré una novela sobre esto.

Matías movió la cabeza, seguía preocupado por el futuro del proyecto y Sofía miraba su comida un poco molesta por haber sido excluida de aquella historia.

—Sofía —dijo Anna mirándola—, ¿podrías ayudarnos? Sé que estás muy ocupada, tienes demasiado trabajo con la intendencia del palacio, pero si pudieras sacar un ratito, a Cata y a mí nos encantaría.

Anna miró a la joven y le hizo un gesto para que dijese algo. Sofía seguía mirando su plato sin decir nada.

—Mamá, por favor —dijo Cata—, si alguien puede resolver este misterio eres tú. Tienes un don para encontrar cosas.

Su madre la miró con cierta chispa en los ojos.

—No es lo mismo encontrar un calcetín perdido que esto —bromeó.

—Eso depende de hacia dónde diriges tu radar —dijo su hija—. Será divertido.

Sofía no se hizo más de rogar y aceptó.

Julio cumplió su promesa y después de comer Matías y él bajaron de la buhardilla el baúl con los documentos y lo llevaron hasta la biblioteca. Las tres mujeres fueron sacando y revisando cada uno de los papeles, que alguien había depositado allí dentro, envueltos en telas de lino y agrupados sin ningún orden.

—Mira que si descubrimos el secreto de Benita y Federico —dijo Sofía descansando sobre sus piernas el documento que revisaba y que tan solo era la compra de un trozo de terreno.

—Es muy fuerte que la matara —dijo Cata—. Debía ser un cabrón de mucho cuidado.

—No sabemos cómo era la tal Benita —dijo su madre—. A lo mejor la cabrona era ella.

—¡No seas burra! —dijo Anna.

—No justifico que la matara, solo digo que no se pueden juzgar los actos aisladamente. Quizá ella era una mala persona que le hacía la vida imposible y acabó por volverlo loco.

—O quizá él era un cabrón y la mató porque estaba celoso de D.L. —dijo Cata.

—Venga, tú erre que erre —dijo su madre riendo—. Te has empeñado en que tengamos una historia de amor y celos y no pararás hasta que Anna y yo encontremos las pruebas que lo desmientan.

Su hija le sacó la lengua, pero Anna no prestaba atención más que a los documentos.

—Es sorprendente la cantidad de servicio que tenían —dijo—. Había un mayordomo, una dama de honor para Benita, un camarlengo para Federico, cuatro camareras y cuatro camareros, tres caballerizos, dos cocheros, un secretario y tres cocineras.

Sofía asintió. Era hija de marqueses y conocía bien cómo funcionaba aquel mundo ahora y en el pasado.

—Veinte personas para el servicio de un palacio como este no es mucho. Mis padres tienen catorce personas contratadas y en la actualidad hace falta menos gente.

Anna aceptó lo que Sofía le decía, conocía perfectamente el tema, y aunque a ella le parecía increíble que tres personas, dos adultos y un niño, necesitasen tanta atención era consciente de que aquellos hombres y mujeres vivían de otro modo.

—En ningún sitio menciona a un bibliotecario —dijo Anna.

—Pero has hablado de un secretario —dijo Cata—. Centrémonos en él. Hay que averiguar su nombre.

Las otras dos mujeres asintieron. Estaba claro que era un buen hilo del que tirar.

Capítulo 16

Anna llegó a las cuabras como todos los días a aquella hora y sacó a Dulce después saludar a Oscar, el caballerizo.

—Hoy se va sola —le dijo el hombre.

—Sí —respondió Anna subiéndose a la yegua con relativa soltura—. A Cata no le apetece salir hoy.

—¿Lleva el móvil? —preguntó Oscar frunciendo el ceño—. Por si necesita algo.

—Sí, tranquilo —dijo despidiéndose.

Con un suave trote avanzaba hacia Pozo Frío, perdida en sus pensamientos, cuando vio a un jinete que se acercaba en dirección contraria. Lo reconoció enseguida. Venía al galope, ligeramente inclinado y con una pose veloz y segura. Antes de llegar hasta ella ya había aminorado el paso y cuando estuvo a su altura giró la montura para colocarse a su lado.

—¿Vas a Pozo Frío? —preguntó.

Anna asintió.

—¿Te molesta si te acompaño?

Ella dudó un instante. Quería que la acompañase, pero no quería querer, por eso habría preferido que no la pusiera en la tesitura de decidir.

—No me molesta —dijo.

Siguieron el camino y Anna trató de disfrutar del paisaje como todos los días, aunque no le resultaba fácil. En su silencio había mucha tensión y ambos la percibían y toleraban de diferente modo. Cuando llegaron al bosque de pinos longevos ambos saltaron de su montura y ataron las riendas en una de las ramas.

—Hay que ver lo mucho que has mejorado sobre el caballo —dijo Julio con una tímida sonrisa.

Anna acarició a la yegua con cariño.

—Con Dulce es muy fácil —dijo.

Iniciaron el camino a pie en silencio. Caminar uno junto al otro sin decir nada, esforzándose en que sus brazos no se rozasen cuando pasaban por algún lugar estrecho, intentando parecer relajados, resultó una ardua tarea. Por eso, cuando llegaron al claro ambos respiraron hondo como si necesitasen aire.

—Deberíamos hablar —dijo Julio, y aquella frase atronó el cerebro de Anna, que sintió que el pánico debilitaba sus rodillas.

Él se acercó y la joven no pudo evitar que su respiración agitada fuese visible

en el movimiento de su pecho.

—Está claro que pasa algo entre nosotros —dijo Julio—. He intentado ignorarlo, pero no puedo.

Anna cerró los ojos un momento para tratar de serenarse y, finalmente, se giró colocándose de frente sin prevención.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él.

Anna dudó un instante, desconcertada, pero acabó asintiendo.

—No sé a dónde nos lleva esto —dijo él—. ¿Tú sí?

Anna negó con la cabeza, seguía sin poder hablar.

—Supongo que crees que soy un hombre experimentado y que he hecho esto más veces. Pero quiero que sepas que no es así. He tenido relaciones, pero nunca he sentido algo como lo que tú me inspiras.

Anna torció una sonrisa.

—Sé que suena a falso —dijo él—. A tópico manido que utilizaría cualquier conquistador para hacerte caer en sus redes. No soy estúpido, aunque ahora mismo lo pienses.

¿Por qué tenía que creerlo? Anna se repetía mentalmente que no debía hacerlo, pero aun así sabía que le decía la verdad.

—Tengo miedo de hacerte daño —dijo él con una triste expresión—. Pero no creas que digo que tengo miedo de un modo metafórico. ¡Estoy aterrado!

Anna lo observó y sus ojos hablaban por él. En ese momento sintió que ella era la fuerte de los dos y se compadeció de él.

—Desde el día en que te vi hablando contigo misma, mientras te mirabas en la placa del abuelo, sentí que me sobrepasaba una emoción extraña —dijo Julio—. En aquel momento hubiese querido abrazarte y no comprendía por qué sentía aquello por una completa desconocida. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando me sorprendí. Sí, me sorprendí. Y me entró el pánico. Te imaginé en las reuniones de familia, en las fiestas a las que nos invitarían, gente como los padres de Sofía...

—Piensas que te avergonzaría...

—¡No! —exclamó él dando un paso hacia ella—. Son crueles y tú eres tan sensible...

Anna le mostró una torcida sonrisa.

—¿Crees que no podría soportar que me trataran con superioridad? ¿Que me derrumbaría al ver que no me consideraban una de ellos?

Julio frunció el ceño, confuso.

—¿Sabes lo que supone que tu padre te pegue? —dijo Anna levantando la barbilla con altivez—. ¿Crees que algo tan estúpido podría siquiera rozarme?

El hombre sintió el fuego que le ardía en el pecho y una reconfortante

sensación lo atravesó.

—No necesito que me protejas, Julio —dijo ella—. Tan solo que me trates con respeto.

Julio suspiró sin apartar sus ojos de ella. Anna lo miraba con franqueza, sin miedo. ¿Cómo elegir a alguien a sabiendas del daño que podía causarte? Porque si te lo causaba no habría ninguna excusa, sería ella misma la que habría dejado entrar al enemigo. Pero ella sabía que podía creer en su instinto, que le decía que nunca se habría enamorado de él si no lo mereciera.

Julio susurró su nombre y ella dio un paso hasta que el calor que desprendía su cuerpo le llegó como una caricia. Levantó los brazos lentamente y le rodeó el cuello a la espera de aquellos labios que se acercaban. La besó en la boca, pero fue un beso corto, una toma de contacto. Después besó su frente, los párpados, el cuello...

—¿Estás segura? —susurró junto a su oído.

Anna lo besó y Julio acarició sus labios con la lengua antes de introducirla en su boca. Ella jugó a su juego entregándose por completo a sus caricias. Sentía la sangre corriendo por sus venas y un ansia que buscaba saciarse. Sentía el miembro masculino apretado contra su vientre y a cada movimiento que hacía percibía la tensión que despertaba en él.

Julio metió la mano debajo de su camiseta y Anna la sintió arder contra su piel.

—No vamos a hacerlo aquí —dijo él contra su boca.

Ella lo miró con la súplica en los ojos, pero él negó con la cabeza.

—No tendrás tu primera vez así —dijo con ternura—. De ninguna manera.

La giró haciendo que su espalda se apoyase contra él y la rodeó con sus brazos. El sol se ocultaba en el horizonte.

—Haré que sea perfecto —susurró en su oído.

Anna se estremeció y suspiró tremendamente excitada por aquella promesa.

—Anna y yo estamos juntos.

Lo dijo en medio de la cena cuando todos estaban presentes y la joven bibliotecaria sintió que el color subía a sus mejillas sin que pudiese impedirlo.

—¡Bien! —exclamó Cata dando palmas.

—Recuerda la promesa que me hiciste —dijo Matías.

—¿Qué promesa? —preguntó Anna.

—Eso es cosa nuestra —dijo el amigo haciéndose el misterioso—. No vayas ahora a convertirte en una novia metomentodo.

Anna sintió una oleada de felicidad al reparar en cómo la había llamado

Matías.

—Sofía —dijo mirando a su amiga, que estaba muy seria—. No te preocupes, todo irá bien.

—Sabéis que me alegro —dijo con sinceridad—, pero no quiero que sufráis ninguno de los dos.

—No lo haremos —dijo Julio guiñándole un ojo—. Y ahora contadnos lo que habéis descubierto en vuestras pesquisas de esta tarde.

—Pues, tal y como yo decía —dijo Cata poniéndose estupenda—, el misterioso personaje que firma esas cartas como D.L. era el secretario de tu tatarabuelo, Daniel Luca.

Julio la miró con sorpresa manifiesta.

—¿En serio lo habéis encontrado?

—Sí —dijo Anna—. Cata estaba convencida de que era él, y tenía razón. Hemos visto en documentos que trabajaba en la biblioteca y era un miembro muy destacado dentro del servicio.

—Ahora solo falta encontrar la conexión entre Benita y él —dijo Sofía.

—Así es —corroboró Anna— y, de momento, no hemos hallado nada.

—Estoy seguro de que lo encontraréis —dijo Julio poniendo una mano sobre la de Anna.

—¡Uy, no! —exclamó Matías poniendo cara de asco—. No empezaréis a hacer manitas como dos adolescentes. Espero que solucionéis este acaramelamiento y podamos seguir disfrutando de vuestra compañía sin que tengamos que vomitar cada vez que os veamos. Os recomiendo una buena noche de sexo...

—¡Matías! —exclamó Sofía señalándole a su hija.

—Uy, sí, mamá —dijo Cata con voz irónica—. A ver si me voy a enterar de cómo se hacen los niños.

Todos se echaron a reír y Anna sintió una emoción desconocida. Por primera vez sentía lo que era ser parte de una familia.

Estuvieron levantados hasta tarde viendo una película que eligió Matías y que resultó ser malísima. Cuando se dieron las buenas noches y cada uno se fue a su dormitorio, Anna tuvo que disimular para no mostrar la tensión que sentía en todo su cuerpo al entrar en la habitación de la mano de Julio.

Se quitó los zapatos y los dejó en un rincón como hacía siempre. Mientras se quitaba los pendientes se acercó al ventanal y contempló las sombras que provocaba la noche. Dejó los pendientes sobre la mesilla y abrió la ventana para que el frescor nocturno calmase el ardor que inundaba su cuerpo. Se volvió a

mirar a Julio, que estaba apoyado en la puerta cerrada y la observaba.

—¿Estás segura de esto? —preguntó él sin moverse de la puerta.

La joven asintió y su corazón se aceleró al verlo acercarse. Julio empezó a desabotonarse la camisa y Anna lo detuvo, quería que la dejase hacerlo a ella. Dejó caer la prenda al suelo y observó sus músculos con atención. Después bajó las manos hasta el pantalón e hizo lo mismo. Sus manos se movían por su cuerpo como mariposas aladas. Sus dedos suaves y ligeros lo acariciaban con timidez y mucha ternura. Julio sentía deseos de tumbarla en la cama y lanzarse sobre ella, pero sabía que él no importaba esa vez. Era solo para ella.

Empezó a quitarle la ropa lentamente, apenas rozando su piel para hacerla sentir sin violentarla. Cuando los dos estuvieron desnudos se inclinó a besarla. Lo hizo suave, dejando claro que aquello eran caricias. Pronto los dos estaban jadeando excitados y con el ansia creciendo en sus entrañas. La llevó hasta la cama sin dejar de besarla y el juego se convirtió en algo serio. Los dos exploraban el sexo del otro sintiendo en sus manos el poder que se habían otorgado mutuamente.

Cuando llegó el momento Julio tuvo que hacer acopio de todo el autocontrol del que fue capaz para no penetrarla tal y como su cuerpo le exigía. Fue suave y tierno, a pesar de la fuerza que pugnaba entre sus piernas. Ella lo detuvo un par de veces al echarse involuntariamente hacia atrás, pero no dejó que se apartase. Cuando estuvo completamente dentro de ella Anna sintió que toda la tensión desaparecía y se agarró a él apasionadamente dándole carta libre. A partir de ese momento Julio dejó de controlarse y sus movimientos se convirtieron en pura pasión y sentimiento.

Los marqueses de Sotobajo recibieron a Juan Plazola y a su esposa en la entrada de su mansión, como solían hacer siempre que organizaban una cena, con el mayor boato.

—Queridos míos —dijo Cayetana cogiéndoles de las manos primero a Lucía y después a Juan—. Me alegro muchísimo de que hayáis podido venir. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, gracias —dijo Lucía con cariño—. Teniendo en cuenta los años, que pesan bastante, no podemos quejarnos.

—¡Pero qué dices, querida! Cada día estás más joven, tienes que darme tu secreto, pero hazlo cuando nadie nos oiga, no quiero compartirlo con nadie —dijo la marquesa riendo.

Entraron en el salón que ya estaba repleto de invitados y saludaron a varios

amigos que acudieron enseguida que los vieron aparecer. Juan era un hombre muy poderoso, aunque carecía de título nobiliario era mucho más rico que ninguno de los que estaban allí aquella noche. Y todos lo sabían, por lo que nunca le faltaban halagadores y correveidiles. Hablando de lo cual, en ese momento se acercó a saludarles Isabel, la hija de los duques de Sotobajo.

—Queridos Juan y Lucía —dijo besándolos a ambos—. ¡Qué alegría veros!

—¡Isabel! —exclamó Lucía con sincera admiración—, cada día estás más bella.

—Muchas gracias, Lucía. ¿Cómo estáis? Aunque os veo estupendos a los dos.

—Bien, gracias —dijo la abuela de Julio sin abandonar su característica ternura.

—¿Qué tal están todos? Hace tiempo que no veo a Teresa —dijo refiriéndose a la hermana de Julio.

—Muy bien, muy bien —dijo Lucía, mientras que Juan parecía haber perdido el interés en aquella insulsa conversación.

—El otro día estuve en Pozo Frío —dijo Isabel—. Después de mi viaje fui a ver a Julio. ¿Os ha contado algo?

Lucía negó con la cabeza, pensando que pronto iba a tener noticias de un compromiso, pero Isabel mudó el gesto y su rostro se mostró apesadumbrado.

—Siento mucho tener que ser yo quién os explique esto, pero Julio y yo hemos roto —dijo bajando la voz.

—¡Oh! —exclamó Lucía con tristeza—. ¡Cuánto lo siento!

Isabel suspiró con una tristísima expresión.

—Ya sabéis que quiero mucho a Julio, desde siempre —dijo—. Pero hay cosas que una mujer que se precie no puede tolerar. El servicio es el servicio...

Juan la miró con el ceño fruncido y una expresión arisca.

—¿Conocéis a la bibliotecaria, verdad? —preguntó como si diera por hecho que estaban al tanto de todo.

—¿Te refieres a Anna? —preguntó Lucía—. ¿La novia de Pablo?

—¿De Pablo? —dijo Isabel sorprendida—. ¡Pero si está liada con Julio!

Lucía negó con la cabeza.

—¿Pero qué dices? —dijo echándose a reír—. Te has confundido, chiquilla. Anna es la novia de nuestro Pablito.

—Lo siento Lucía, pero la que está errada eres tú —dijo Isabel muy seria—. Anna está liada con tu nieto Julio y, como comprenderás, yo no podía tolerar algo así. De modo que he roto el noviazgo.

El rostro de Juan era una máscara pétrea a punto de hacerse pedazos, mientras Lucía se mordía el labio mortificada por semejante noticia.

—¡Pobre Pablito! —dijo mientras veía alejarse a Isabel, que ya había logrado su objetivo.

Cuando Anna se despertó era pleno día. Se estiró somnolienta y con una sonrisa de felicidad bailándole en los labios. Giró la cabeza, pero el otro lado de la cama estaba vacío. Se apoyó en los codos y las sábanas dejaron a la vista sus turgentes pechos sin que hiciese ademán de taparlos, como hubiese hecho cualquier otro día. Ahora su cuerpo estaba pletórico e intensamente vivo y acarició su piel recordando lo que había vivido la noche anterior. Gimió de felicidad y se inclinó hacia la mesilla para mirar la hora en el móvil. ¡Las diez de la mañana! Se levantó de un salto y corrió a la ducha.

—¡Vaya, por fin! ¡Menudo madrugón te has pegado hoy! —dijo Sofía cuando la vio entrar en la cocina.

—¿Puedo desayunar algo? —preguntó con timidez.

—Más te vale —dijo su amiga sirviéndole un café con leche—. Seguro que después de lo de anoche necesitas recuperar fuerzas.

Anna evitó su mirada y sintió cómo se sonrojaban sus mejillas. Sofía se echó a reír.

—Pareces una adolescente —dijo.

—Es como me siento —respondió Anna mirándola al fin.

—¿Todo fue bien? ¿Julio se portó?

—¡No me preguntes eso! —dijo su amiga riendo avergonzada.

—¿Que no te pregunte qué? —La voz de Julio hizo que diera un respingo y su cara se pusiera roja como un tomate.

El hombre la abrazó desde detrás y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Le he preguntado si te portaste bien —confesó Sofía.

—¿Y que respondes a eso? —dijo él meciéndola.

—Sois horribles los dos —dijo Anna consciente de que le tomaban el pelo.

—Matías y yo nos vamos a hacer unas gestiones —dijo dándole la vuelta sin dejar de abrazarla—. Volveremos para cenar. Pablo debe estar a punto de llegar, así que estarás entretenida y no me echarás de menos.

Anna se mordió el labio y su expresión estuvo a punto de retrasar su partida.

—Matías me espera —le dijo al oído—, deja de mirarme así o daremos que hablar a esta cotilla.

Anna se rió bajito, como si su risa también fuese un secreto.

—Esta noche te resarciré por marcharme ahora —siguió susurrándole.

—Si os seguís comportando como dos adolescentes, vomitaré —dijo Sofía.

Anna giró la cabeza y la miró con una mirada de gatito recién nacido.

—Está bien, os dejaré solos para que os hagáis carantoñas. ¡Dios, vaya par de moñas!

Anna rodeó el cuello de Julio y se pegó a su cuerpo.

—Voy a pasarme todo el día pensando en ti —dijo.

—Eso espero. —Él la aprisionó con firmeza y el calor aumentó entre ellos—. Piensa en mis manos quitándote la ropa. En mi boca recorriendo todo tu cuerpo, en mi lengua dibujándote...

Anna gimió y se retorció entre sus brazos haciéndole sonreír.

—Me vas a volver loco —susurró—. Ahora mismo le digo a Matías que se espere...

—¡No! —exclamó ella preocupada.

Julio se inclinó y la besó, un beso profundo y lento que hizo que flaquearan sus rodillas. Cuando se separó de ella la miró a los ojos con tanta ternura que Anna se sintió morir.

—Dime que esto no es un sueño —le pidió—. Dime que no despertaré y me veré de nuevo sola.

Julio se conmovió y la abrazó con fuerza cerrando los ojos emocionado. Quería protegerla de todo y de todos.

—¿Se puede saber...? —Matías entró en la cocina y se paró al ver la escena—. ¡Acabáramos! ¡Venga ya, tío! ¿Qué tenéis? ¿Quince años?

Julio se separó de ella para mirarla a los ojos y le sonrió con cariño.

—Volveré lo antes que pueda —dijo.

Ella asintió. Parecía que ninguno de los dos pudiese soltar al otro, así que Matías se acercó y agarró a su amigo del brazo tirando de él y arrastrándolo hasta la puerta.

—No tardaré —dijo Julio riendo.

Anna también reía. Hasta que los dos hombres desaparecieron. Entonces se quedó seria y preocupada. El miedo se enroscó alrededor de su cuello y atenazó su garganta. Es mucho más difícil soportar la soledad cuando has tenido compañía. Mucho más terrible perder el amor cuando lo has conocido.

Capítulo 17

—¡Pablo! —Corrió hacia el coche del que bajaba su amigo y se abrazó a él.

—¡Qué ganas tenía de verte! —exclamó él después de devolverle el abrazo.

Cogiéndola del hombro, caminaron juntos hacia la entrada.

—Hola, Pablo. —Sofía le dio dos besos cuando entraron en la casa.

—Hola, Sofía. ¿Y Cata? —preguntó.

—Cepillando a los caballos —dijo su madre.

—Bien hecho —respondió sonriendo—. ¿Y dónde están Julio y Matías?

—Han ido a Madrid a hacer unas gestiones —dijo Anna.

—¿Para el hotel? —preguntó su amigo.

Anna y Sofía asintieron.

—¿Ya ha hablado con el abuelo?

Las dos negaron con la cabeza.

—Pues creo que se han saltado el paso más importante de este asunto. La autorización del abuelo es imprescindible para llevar a cabo el proyecto.

—¿Y crees que no se la va a dar? —preguntó Sofía—. Es un buen negocio...

—¿Qué tal si charlamos tomando una cerveza? Tengo una sed que me muero —dijo Pablo, a lo que las dos mujeres estuvieron de acuerdo.

—Lo de mi abuelo es un tema complejo —dijo Pablo—. Odia este lugar, fue muy desgraciado aquí.

—¿Y crees que eso le influirá a la hora de pensar como empresario? —preguntó Sofía—. Yo espero que su vena mercantil le haga superar las reticencias.

—Probablemente —dijo Pablo—. Pero Julio debe hacerlo todo con mucho tacto para no darle una excusa a la que agarrarse. Estoy seguro de que lo que realmente desearía sería pegarle fuego a todo esto y destruirlo.

—No creáis que no le entiendo —dijo Anna mirando a su alrededor con tristeza—. Si yo hubiese vivido aquí con mi padre tampoco querría saber nada de este sitio, por muy precioso que sea. Pero si es capaz de dejar a un lado sus terribles recuerdos y darse cuenta de que este lugar es tan solo piedra y cemento...

—Y, sobre todo, que no tendrá que venir para nada —dijo Pablo sonriendo.

—Bueno, yo os dejo, que tengo que preparar la comida —dijo Sofía levantándose de la tumbona en la que había estado disfrutando de un día de sol

otoñal—. Hoy voy a hacer algo especial para celebrar que has venido.

Cuando Pablo y Anna se quedaron solos, su amiga le contó lo que había pasado con Julio. Pablo la escuchó con atención y sin hacer ningún gesto que evidenciase lo que opinaba al respecto.

—Pareces contenta —dijo escudriñándola con la mirada.

—Lo estoy —reconoció ella—. Y asustada también.

—Julio es un buen tío —dijo Pablo—. Sé que se puede confiar en él. A pesar de su aspecto, no es un engreído que vaya por ahí rompiendo corazones.

—Sé que me he metido en un terreno pantanoso —dijo Anna.

Pablo asintió.

—La familia Plazola no se caracteriza por abrirle la puerta a la clase baja —dijo sonriendo con cinismo.

—¿Crees que sus padres y su hermana me darán la espalda? —preguntó su amiga con preocupación.

—Todo dependerá de mis abuelos —dijo Pablo—. Y no tienes nada de qué preocuparte porque te entendiste perfectamente con ellos.

Anna trató de mantener una expresión imperturbable y se esforzó en cambiar de tema.

—Bueno, bueno. ¿Y qué me dices de ese *highlander* macizorro?

—Ya estabas tardando —respondió su amigo sonriendo.

—Nada de tonterías, cuéntamelo todo.

—Hemos quedado unas cuantas veces.

—¿Y? —preguntó ansiosa.

—Y hemos pasado alguna que otra noche juntos... —confesó.

—¡Oh! —Anna se puso a dar palmas—. Cómo me alegro, Pablo, parece un tipo majo. ¿Es majo?

—Es sorprendentemente majo —dijo Pablo con una expresión que mostraba a las claras sus sentimientos—. Todo lo que tiene de grande lo tiene de tierno. Es dulce y agradable. Cariñoso, sensible...

—¡Ay, Pablo, que te has enamorado! —exclamó Anna.

Su amigo asintió.

—Me parece que sí —dijo.

—El amor está en el aire —dijo Anna con una expresión muy elocuente.

—Estás coladita, ya veo.

—No lo digo solo por mí. Hemos estado investigando la historia de tu tatarabuelo.

Pablo la miró sorprendido.

—¿Mi tatarabuelo? ¿Y eso?

—Pues, verás, pasó algo muy curioso mientras organizaba los libros de la

biblioteca. Encontré en dos de ellos sendas cartas escritas por alguien que firmaba como D.L. Eran cartas de amor y no sabíamos a quién iban dirigidas, pero al conocer la tragedia que asoló a vuestra familia en el pasado pensamos que quizá el misterioso amante de vuestra tatarabuela, Benita, fue ese D.L., y que las cartas fuesen para ella. Entonces...

—Espera, espera, más despacio —la interrumpió Pablo al tiempo que dejaba la cerveza en el suelo—. ¿Mi tatarabuela estaba enamorada de alguien que trabajaba para su marido en el palacio?

Anna asintió.

—Encontramos un baúl con documentos de aquella época y en él había un listado de todos los trabajadores que había en el palacio. Cata estaba convencida de que D.L. era el secretario de Federico. ¿Y sabes cómo se llamaba? ¡Daniel Luca! —exclamó.

Pablo sonrió.

—Sois unas románticas sin remedio. Me gustaría ver esas cartas.

Anna asintió.

—Vamos, te las enseñaré —dijo poniéndose de pie—. Estoy segura de que hay más, pero aún no las he encontrado. No sé cuál fue el sistema que utilizó para esconderlas.

Pablo abrió la segunda carta sentado en uno de los sofás de la biblioteca y ante la atenta mirada de Anna, que sostenía los dos libros en los que D.L. las había escondido. Leyó en voz alta:

«Amor mío:

Acabas de pasar junto a mí y tu fragancia me ha llevado de la mano por los recónditos pasadizos de la memoria. Ni siquiera he levantado la mirada, he sido fuerte como te prometí. Sé que nos acecha y conozco el peligro que conlleva seguir aquí a pesar de que me pediste que me marchara. Espero que comprendas mi decisión. ¿A dónde podría ir sin que mi corazón estallase en pedazos por tu ausencia? Pero no temas, tengo total convencimiento de que no es de mí de quien sospecha y sus celos no hacen más que protegerme. Juguemos al juego del escondite, dejemos que el mundo se regocije con su miseria. Nosotros seguiremos amándonos a pesar de todos y podremos revivir en nuestra memoria todos esos momentos que pasamos juntos.

Por siempre,

D.L.».

Pablo leyó las dos cartas varias veces y se quedó mirándolas pensativo.

—¿Qué? —preguntó Anna sentándose junto a él. Percibía cierta inquietud en su amigo—. ¿Hay algo que te llama la atención?

—Sí, pero no sé qué es —dijo Pablo mirando aquellas letras de caligrafía perfecta—. Déjame ver los libros en los que las ocultó.

Anna le brindó las novelas y él leyó los títulos en voz alta:

—*El señor de Bembibre y Fortunata y Jacinta*. ¿Qué tienen en común estas obras? —se preguntó.

—Pues aparentemente nada —respondió Anna—. Se publicaron con cuarenta años de diferencia y los argumentos no guardan ninguna correlación.

—¿Y por qué crees que los escogió para ocultar sus misteriosas misivas? — Aquella pregunta en voz alta de Pablo era para sí mismo, pero Anna tampoco tenía una respuesta válida.

Sacó el móvil de su bolsillo y le hizo una foto a las cartas.

—Así podré seguir dándole vueltas —dijo—. ¿En qué página estaban guardadas?

—Las dos en la veintitrés —respondió la bibliotecaria.

—Ese número debía significar algo para ellos.

—¿Una fecha, quizá? ¿El día que entró a formar parte del servicio?

—O la edad —dijo Pablo.

—¿La edad? Veintitrés años es demasiado joven. En 1908, cuando murió, la marquesa tenía treinta y cinco años. La relación llevaría un tiempo, supongo. ¿Crees que se enamoró de un adolescente? —Anna fruncía el ceño desconcertada. No era imposible, pero le parecía demasiada diferencia de edad.

—No digo que él tuviese veintitrés años, lo que digo es que quizá se conocieron cuando uno de los dos los tenía —aclaró Pablo.

—¡Ah! —exclamó la bibliotecaria—. Eso ya es otra cosa.

—¿Qué hacéis? —dijo Cata al entrar—. Hola, Pablo.

El joven se levantó para darle un par de besos y le explicó lo que acababan de hablar.

—Quedan unos cuantos documentos por revisar —dijo la joven—. Quizá ahí encontremos algo sobre la edad de Daniel u otro detalle. ¿Nos ayudas?

Pablo asintió y Cata fue en busca del baúl que habían dejado en un rincón apartado.

Julio tocó en la puerta del despacho de su abuelo y esperó.

—¡Adelante! —se escuchó al otro lado.

—Abuelo —dijo al entrar y se acercó para darle un beso—. ¿Cómo estás?

—Viejo —respondió el hombre muy serio.

—Dice la abuela que has estado enfermo —dijo sentándose en una de las sillas colocadas frente al escritorio.

—Tu abuela se piensa casi todo el tiempo que soy inmortal, pero a la que cojo un resfriado le entra el pánico —dijo el hombre.

—Es normal, lleváis toda la vida juntos. No sabes lo que desearía llegar algún día a tener los que vosotros tenéis.

Su abuelo lo miró con curiosidad.

—¿Y a qué debo tu visita? —preguntó.

—Venía a hablarte de un negocio —dijo Julio sin andarse por las ramas.

—¿Un negocio? —Juan Plazola sabía de negocios, aquel era un tema en el que se encontraba cómodo.

—Sabes que después de lo que pasó mi vida dio un vuelco enorme...

—Tú le diste un vuelco enorme —le interrumpió su abuelo.

Julio lo miró interrogador.

—Nunca me has dicho tu opinión sobre lo que hice, si crees que tomé una buena decisión.

Juan se reclinó en el respaldo de la silla ergonómica que su mujer le hizo comprar cuando empezó a quejarse de dolores de espalda. Observó a su nieto con suma atención calibrando lo interesado que estaba en que le diese una respuesta.

—Creo que te precipitaste —dijo al fin.

Julio no disimuló su sorpresa.

—Aquella mujer se murió en tus brazos e hizo aflorar un montón de cosas que ya llevabas dentro —siguió Juan—. Se te notaba irritado con tus compañeros de partido, siempre hablabas de este o de aquel que habían hecho cosas que no te gustaban. Te habían ido decepcionando.

—Creí que la política era otra cosa —reconoció Julio.

—¿La política la hacen personas? Pues entonces no puede ser más que lo mismo. Da igual en el ámbito que te muevas, en todos ellos hay personas y las personas somos como somos.

Julio miraba a su abuelo sin estar muy seguro de si le parecía bien o mal que las personas fuesen tan predecibles.

—Yo buscaba ayudar —dijo—, creí que podría hacer algo para que el mundo fuese un poco mejor.

—Lo sé, siempre fuiste un idealista. Pero te precipitaste. Saliste de la trinchera y te colocaste a tiro del fuego enemigo, pero también del fuego amigo. Deberías haber sido más inteligente, habrías conseguido más.

—No pretendía conseguir más, tan solo quería denunciar lo que se estaba

haciendo a costa de la pobre gente que no tiene manera de saberlo si nadie se lo dice.

—¡Claro que querías conseguir más! ¿No hubieses deseado desmontar esos mamoneos? ¿Decapitar al monstruo de las cien cabezas? Tan solo les metiste el dedo en el ojo y encima los dejaste vivir para que pudieran vengarse. Un buen estratega conoce a sus enemigos, sobre todo si van disfrazados de amigos, y se asegura de que no queden con vida cuando les asesta una puñalada. De lo contrario volverían a por él.

—¿Crees que debí ser más taimado?

—Nadie le cuelga el teléfono al presidente del gobierno, Julio —le dijo su abuelo con mala cara—. No sabes las mierdas que he tenido que hacer para borrar eso y que no afectase a mis negocios.

Su nieto empalideció. No había contado con que aquello también hubiese afectado a su familia. De manera indirecta sí, claro, pero ¿hasta el punto de que su abuelo tuviese que intervenir? No. Eso no estaba en sus cuentas.

—Lo hecho, hecho está —dijo Juan—, pero uno ha de medir sus fuerzas antes de atacar y, si no está en igualdad de condiciones, ha de planear una estrategia que le permita golpear y amagar.

Julio bajó la cabeza, mortificado.

—No imaginé que te afectara a ti también...

Juan suspiró.

—Es lo que tienen los jóvenes, que no piensan nada. Pero háblame de lo que has venido a hablarme y dejemos el pasado en el pasado.

—Quiero que me dejes convertir el Palacio de Pozo Frío en un hotel —dijo sin rodeos.

Juan no movió un músculo, tan solo observaba con atención a su nieto esperando que siguiese hablando.

—Matías y yo hemos elaborado un proyecto de negocio muy rentable...

—Matías y tú —le cortó su abuelo—. El mismo Matías que se metió contigo en política y que se largó detrás de ti.

Julio lo miró con exasperación.

—Es mi amigo —dijo.

—Ah, bueno, si es tu amigo, ya está todo claro —dijo Juan con ironía.

—Es un buen economista y lo sabes. Ha hecho los números y está convencido de que puede funcionar —siguió su nieto—. Sofía será la encargada del mantenimiento y la intendencia...

—¿Sofía Rojas? —Su abuelo volvió a interrumpirle y ahora levantaba una ceja, señal inequívoca de que empezaba a perder la paciencia—. ¿La hija de los Marqueses de Rojas se encargaría de las camareras del hotel?

—Se ha estado encargado de las visitas al palacio —dijo Julio borrando la sonrisa que había luchado por mantener en sus labios—. Y lo ha hecho genial, las cosas funcionan mucho mejor desde que ella se hizo cargo...

—¿Sofía Rojas ha hecho que las cosas funcionen mucho mejor? —dijo Juan con una sonrisa torcida—. ¿La misma Sofía Rojas que, después de escaparse de casa para tener una hija con dieciséis años, montó un negocio y se arruinó por completo? ¿Esa Sofía Rojas? No debes dejarte ninguno de sus triunfos en el tintero. Supongo que su hija también participará en el proyecto ese que habéis preparado Matías y tú.

—Cuando acabe sus estudios, sí —dijo Julio tratando de no sonar desafiante.

—Estupendo —dijo Juan y levantándose de su butaca fue hasta la mesilla en la que descansaba una jarra de agua con limón y se sirvió en un vaso—. ¿Quieres?

—No, gracias —respondió Julio, que empezaba a tener una desagradable sensación de fatalidad.

—¿Y qué vas a hacer con la biblioteca? —preguntó su abuelo mirándolo desde su altura.

Julio no esperaba aquella pregunta directa.

—Habíamos pensado mantenerla como una atracción para los huéspedes...

—¿Mantenerla? Supongo que lo habréis decidido la bibliotecaria esa y tú. — Los labios de Juan estaban sonriendo, pero sus ojos miraban fríos y oscuros—. Y te habrá dicho que la contrates para que alguien se cuide de esos libros, que los dos sabemos que son muy valiosos.

Julio no supo qué decir. Era evidente que su abuelo estaba enfadado y que trataba de controlar ese enfado frente a él.

—Abuelo, ¿qué pasa?

—Pues pasa que, a pesar de que esa niñata de mierda se atreviese a insultarme en mi propia casa, he tenido que enterarme, por tu amiga Isabel, de que la has contratado para que organice la biblioteca. A pesar de que te lo prohibí explícitamente.

Julio tensó sus músculos, ahí estaba la pelea.

—Anna estaba defendiendo a su amigo.

—¡Me insultó delante de ti! —dijo Juan rojo de ira—. Me dijo cosas que no le habría aguantado a mi peor enemigo y me las dijo en mi cara, como mi invitada. No sabes la cara que se me quedó cuando Isabel me habló de ella en la cena que dieron sus padres hace una semana. Parece que tampoco es santo de su devoción, a juzgar por los adjetivos con los que calificó a esa mal nacida.

—Eso es porque sabe que estoy enamorado de ella —dijo con una mirada gélida.

—¿Qué? —El rostro de Juan mostraba claramente la indignación que sentía. Todo su cuerpo era pura indignación—. Esa víbora se propuso entrar en esta familia y como no podía hacerlo a través del marica de tu primo cambió de estrategia y lo intentó contigo. ¿Ya te la has follado? ¡Menuda zorra!

—¡Abuelo! —Julio se puso de pie muy serio.

Juan se acercó a él. A pesar de la edad seguía siendo un hombre corpulento. Sus ojos quedaban a nivel con los de su nieto, y eso para un hombre de más de setenta años no era poca cosa.

—Escúchame bien porque solo te lo diré una vez —dijo mirándolo con fijeza a los ojos con una mirada de absoluta firmeza—. Puedes tener el palacio, te lo cederé y dejaré que inicies ese negocio. Estoy dispuesto, incluso, a invertir en ello. Puedes contratar a quien quieras y tendrás libertad total para tomar las decisiones que consideres.

Hizo una pausa y Julio sintió los pasos del verdugo acercándose sigiloso a su nuca.

—O puedes tenerla a ella —sentenció—. Tú decides.

—Estás siendo irracional —dijo su nieto—. ¿Cómo puedes hacerme algo así?

—No sé si llegaré a los ochenta, no me queda mucho de estar en este mundo, pero te juro que no dejaré que una estúpida cría, que vino a mi casa a insultarme, entre en esta familia.

—Sabes que lo hizo porque quiere mucho a Pablo —dijo Julio sintiendo que la tristeza iba anegándolo todo—. Eso debería pesar algo para ti.

—Me importa muy poco a quién quiere.

Julio comprendió que su abuelo necesitaba a alguien sobre el que descargar su odio por el hecho de que su nieto fuese gay. Y había decidido que ese alguien fuese Anna. Sintió un enorme peso en los hombros. Aquel proyecto no le incumbía solo a él. Matías, Sofía y Cata habían puesto su futuro en ello. ¿Podía renunciar a Anna por ellos? ¿No es eso lo que se espera de un amigo?

—¿A dónde vas? —dijo su abuelo cuando lo vio caminar hacia la puerta.

Julio se volvió a mirarlo.

—Nunca entendí cómo era posible que tu padre te hiciese todas aquellas cosas, porque no podía comprender cómo, siendo él así, no había dejado ninguno de esos rasgos en ti —dijo con tristeza—. Pero veo que me equivocaba. Quien a sus padres se parece, honra merece, dice el refrán. Pues tú mereces mucha honra, abuelo.

Sin esperar respuesta salió del despacho. Juan miraba aquella puerta con el vaso apretado en su mano y un montón de imágenes dantescas pasando ante su retina como un pase de diapositivas. El vaso de cristal estalló en un montón de

pedazos y Juan quedó hipnotizado en la sangre que goteaba sobre el suelo de madera con un sonido constante y rítmico, como los latidos de su viejo corazón.

Capítulo 18

Cuando Julio y Matías entraron en la biblioteca se encontraron a Pablo, Anna, Sofía y Cata en un estado de gran excitación y ajeteo.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacéis? —preguntó Julio sorprendido.

—¡Julio! ¡Matías! —Pablo se acercó a darle un abrazo a su primo y después saludó a Matías del mismo modo.

Anna se acercó también, pero de Julio emanaba tal frialdad que se detuvo en seco antes de tocarlo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupada.

Julio la miró muy serio y negó con la cabeza sin responder. Anna miró a Matías cuando Julio siguió hacia los demás y este le hizo un gesto para que dejase el tema.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Julio señalando los libros que había apilados en el suelo.

—Pablo ha descubierto el código de Daniel Luca —dijo Cata.

Julio miró a su primo con el ceño fruncido.

—¿Código?

—Sí —dijo Pablo acercándose a él—. He estado toda la mañana dándole vueltas a esas dos notas que Anna había encontrado en los libros. Había algo en ellas que me desconcertaba, pero no ha sido hasta por la tarde que se me ha encendido la bombilla.

Anna no dejaba de mirar a Julio, su aspecto derrotado, los brazos caídos, el rictus de sus labios. No podía ser solo porque un inversor no quisiera participar en el proyecto. Había otros a los que acudir. No. Aquello era otra cosa y tenía que ver con ella. Ya no le importaba nada la historia de Benita y Daniel Luca. Tan solo quería cogerlo de la mano y llevárselo de allí para que le explicara qué había pasado. ¿Por qué esquivaba su mirada? ¿Por qué no la había rodeado con sus brazos y la había besado como aquella mañana?

—¿En serio habéis estado todo el día con esta chorrada? —preguntó, irritado, y volviéndose a Anna insistió—: ¿En serio?

La biblioteca se quedó en silencio, nadie se movió siquiera hasta que el ex-senador caminó hasta la puerta pasando con cuidado por encima de los libros que había en el suelo.

—¡Haced el puto favor de recoger todo esto y dejaos de estupideces! —exclamó antes de salir.

—Pero ¿qué narices ha pasado? —dijo Sofía acercándose a Matías.

Anna no esperó a las explicaciones de su amigo y salió corriendo tras él. Lo alcanzó al pie de las escaleras.

—Julio —lo llamó.

Se detuvo de espaldas a ella.

—No es buen momento, Anna —dijo con la voz rota—, déjame ahora.

La joven se colocó frente a él ignorando su advertencia.

—¿Qué ha pasado? Esta mañana me desperté sintiendo que era la mujer más afortunada del mundo. Y ahora...

Julio evitó sus ojos y le giró el rostro. Pero ella no iba a dejarlo huir. Se acercó y, subiéndose en el primer peldaño de la escalera de alabastro, le cogió la cara entre las manos y lo obligó a mirarla.

—Dime lo que pasa —dijo con ternura.

Julio sintió que se le descongelaba el corazón y deseó abrazarla y jurarle que nunca la abandonaría.

—He visto a mi abuelo —dijo con los ojos brillantes—. Le he contado lo del hotel...

Anna lo miraba con atención buscando más en lo que callaba que en lo que decía.

—Y te ha dicho que no —dijo comprendiendo su angustia—. Es terrible, lo sé, pero aún pueden pasar muchas cosas. Quizá se lo replantee cuando tenga tiempo de pensarlo bien, quizá...

—No lo entiendes —la cortó él—. Está dispuesto a dejarme el palacio para abrir un hotel. Me ha ofrecido, incluso, aportar capital al proyecto. Me ha dado vía libre y control total.

Ahora sí que no entendía nada. El rostro de Anna mostraba la conmoción que sufría su mente tratando de encontrar la explicación de su comportamiento.

—El problema es que para que haga eso tengo que hacer algo que no quiero hacer —dijo mirándola a los ojos como si estuviese pidiéndole auxilio.

Anna bajó los brazos lentamente y dio un paso atrás bajando del escalón, sin apartar la mirada de aquellos ojos que brillaban de un modo inusual. Recordó el día en el que Juan Plazola despreció a su nieto delante de ellos dos. Y entonces lo entendió todo. Ella lo había insultado, lo había humillado. Ella. Nadie.

—Quiere que me dejes fuera —dijo muy seria.

—Quiere que te deje —puntualizó él.

Sintió la fría hoja del puñal atravesando su carne.

—¿Te ha dicho que no puedes estar conmigo? —preguntó.

—Tengo que escoger entre tener el hotel o tenerte a ti —dijo.

Anna asintió y se tragó el amargo sabor de la desilusión.

—¿Entiendes lo que digo? —preguntó él enfadado y señalando hacia la biblioteca—. Sofía está presa de un trato cainiano al que sus padres la han sometido. Cata vivirá siempre bajo el yugo de sus abuelos si su madre no consigue ganar dinero. Matías lo dejó todo por mí...

Julio se llevó las manos a la cabeza y apretó tratando de calmar el dolor que se había alojado en su cráneo y lo oprimía con insistencia.

—Voy a dejarlos en la estacada —susurró—. Tengo que decirles que su sueño se acabó. ¿Lo entiendes?

Anna sintió que su corazón se inflaba de emoción y una oleada de amor la arrolló dejándola sin aliento.

—¿Estás pensando en renunciar a todo por mí? —preguntó casi sin voz a causa de las lágrimas que trataba de contener.

Julio la miraba confuso.

—¿Creías que renunciaría a ti por un chantaje? —preguntó atónito—. Pero ¿qué clase de hombre crees que soy?

Anna movió la cabeza y las lágrimas escaparon al fin de sus ojos. Se echó en sus brazos y rodeó su cintura apoyando la cabeza en el fuerte pecho varonil. Él la abrazó también y apoyó su cabeza en la de ella aspirando el aroma de sus cabellos. Anna levantó la mirada y él la besó con ternura.

—Estoy enamorado de ti. No te dejaré mientras me quieras a tu lado.

Antes de que Anna pudiera contestar la puerta de la biblioteca se abrió y Sofía salió corriendo sin detenerse al pasar junto a ellos, pero los dos vieron que estaba llorando. Matías salió tras ella, pero se detuvo un momento al verlos. Aquella mirada hizo que Anna se estremeciese.

Sofía había salido de la casa y corría hacia la glorieta. Quería estar sola. Quería poder llorar a gusto sin tener que disimular como siempre delante de todos. Se dejó caer en el banco y se apoyó en la balaustrada para poder ocultar la cabeza. Escuchó los pasos que se acercaban corriendo, pero no levantó la mirada.

Matías llegó junto a ella y se sentó a su lado. Sin decir nada la abrazó e intentó que se apoyara en su pecho.

—Matías, vete —dijo apartándose—. Quiero estar sola.

—Todo se arreglará —susurró él—. Encontraremos la manera de salir de esto.

Su amiga lo miró a los ojos y aquella mirada le resultó estremecedora.

—Nada se arreglará —gimió ella—. Destruyo todo lo que toco.

—No digas tonterías.

—No son tonterías —dijo con furia—. Deja de tratarme como a una de tus amigas. Me conoces desde hace demasiado tiempo como para que creas que funcionará conmigo.

—Tienes nublado el entendimiento —dijo Matías poniéndose serio—. No piensas con claridad.

—¡Estoy desesperada! —gritó.

—Pero ¿por qué? —Su amigo se puso de pie—. ¡Explícamelo para que pueda ayudarte!

—¿Tú? —Sofía se rió desquiciada—. ¿Tú ayudarme?

—No me dejaste acompañarte a ver a tus padres —dijo, molesto—. Te dije que no debías ir sola.

Sofía movió la cabeza y se apartó de él.

—No sé qué fue lo que te hicieron firmar, porque por más que te he pedido que me enseñes el contrato no confías en mí. Creía que éramos amigos, Sofía.

Ella no se volvió, pero sus manos se crisparon apretando con fuerza la barandilla. Su amigo se acercó a ella, pero no la tocó. Era consciente de la enorme tensión que soportaba aunque no supiera el motivo concreto que la provocaba.

—Siempre hemos confiado el uno en el otro —susurró—. Estoy aquí, Sofía, puedes contar conmigo.

Su amiga se volvió secando sus lágrimas.

—No, Matías, no puedo. —Sin decir nada más se alejó de él y caminó de vuelta hacia la casa dejándolo helado.

Pablo y Julio se esforzaban en hablar con normalidad durante la cena, a pesar del ambiente funerario que se respiraba en el comedor.

—Explícame cuál es esa teoría sobre los tatarabuelos —le pidió cuando ya estaban con el segundo plato—. Dijiste que había algo raro en esas cartas.

—¡Sí! —exclamó Pablo con más entusiasmo del que hubiera querido—. Eran extrañas y no sabía por qué. Hasta que me di cuenta de que la persona que las había escrito se había esforzado extremadamente en que no tuviesen género. No se podía identificar si habían sido escritas para un hombre o para una mujer.

Julio detuvo el tenedor que iba hacia su boca y volvió a dejarlo en el plato.

—Y entonces me planteé la posibilidad de que Daniel Luca no escribiese aquellas notas a Benita, sino a Federico —dijo Pablo.

—Eso es muy maniqueo —dijo Matías.

—¿Estás diciendo que nuestro tatarabuelo era gay? —preguntó Julio.

—No tengo ni idea de si Federico era gay, pero de lo que estoy seguro es de que su secretario estaba enamorado de él. Ya, ya sé lo que piensas, que como todos los gays veo gays por todas partes —dijo su primo riendo—. Por eso no dije nada esta mañana, aunque esa idea se me pasó por la cabeza en cuanto leí las notas. Solo alguien que tuviese mucho que perder se esforzaría tanto en ocultar el género de la persona a la que iba dirigida su correspondencia.

—Has dicho que habías descifrado el código —dijo Matías.

Pablo asintió.

—Federico es el código —dijo.

Julio miró a Anna, que permanecía en silencio y apenas había probado bocado. Sofía y Cata tampoco estaban muy habladoras y Matías no hacía más que rellenar su copa de vino. Pablo siguió su mirada consciente de la tensión que había en aquella mesa.

—Háblanos de ese código —dijo Julio sin apartar la mirada de Anna.

—La primera nota estaba en la obra de Enrique Gil y Carrasco, *El señor de Bembibre*. Y la segunda se hallaba en *Fortunata y Jacinta*, de Pérez Galdós. Se me ocurrió buscar en todos los libros cuyo título empezase por la letra D. Y encontré la tercera nota.

—Fue en *Doña Perfecta* —dijo Cata.

—También de Pérez Galdós —dijo Julio.

—Sí, pero eso no tiene importancia —apuntó Pablo—. No es el autor, el código es la inicial del título. Ya teníamos la f, la e y la d, tres letras del nombre del tatarabuelo.

—¿Habéis encontrado todas las letras? —preguntó Julio.

—Aún no —dijo Pablo negando con la cabeza—. Nos falta la o. En eso estábamos cuando habéis llegado.

—Pues eso cambiaría toda la historia. La muerte de Benita tendría un carácter mucho más trágico aún.

—Las cartas se hacen más desesperadas —dijo Anna con voz apagada—. Es como si contasen la historia. Al parecer Benita estrechaba el cerco alrededor de Daniel y este temía que estuviese a punto de descubrirlo, con lo que ello habría supuesto.

—Hemos deducido que el tatarabuelo Federico era un hombre al que no se le notaba su homosexualidad —dijo Pablo—, y también creemos que Benita estaba verdaderamente enamorada de él. Al menos al principio, antes del nacimiento del bisabuelo. Hemos leído algunas cartas que se escribieron antes de casarse y es bastante evidente la devoción que ella sentía. También hemos visto que ella era una mujer de fuerte carácter, acostumbrada a que se hiciese su santa voluntad.

—Vaya —dijo Julio—, ya sabemos a quién sale el abuelo.

—Lo mismo podríamos decir de ti —dijo Matías levantando su copa y apurándola después—. Siempre haciendo tu santa voluntad sin tener en cuenta a nadie.

—Matías, has bebido demasiado esta noche y no has comido nada —dijo su amigo con una advertencia en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Ahora también vas a decirme cuánto puedo beber? —dijo el otro al tiempo que cogía la botella y rellenaba la copa hasta el borde haciendo que se vertiese sobre el mantel de hilo.

—¡Matías! —le gritó Sofía—. ¿Sabes lo que cuesta quitar una mancha de vino de estos manteles? ¡Qué tonterías digo! ¿Qué vas a saber tú de nada?

—Tienes razón, Sofía, no sé nada de nada —dijo el hombre, y levantándose se inclinó sobre la copa para beber de ella sin moverla.

—Después de la cena quiero ver esas cartas... —dijo Julio mirando a su primo.

—Pero ¿a quién le importa lo que pasó hace cien años? —dijo Matías mirándolo desde el otro lado de la mesa—. Todos los que estamos aquí estamos preocupados por la situación en la que nos vemos por tu culpa. Y por la suya.

Julio miró a su amigo tratando de mostrarse sereno, aunque en sus ojos se veía la furia que contenía.

—¿Por qué no se lo decís de una vez? —dijo Matías mirando a madre e hija—. Este hotel era vuestra salvación y ni siquiera se ha planteado la posibilidad de aceptar lo que Juan le ofrece. Nos sacrifica a todos por alguien a quien conoce hace diez minutos.

—Cállate, Matías —dijo Sofía entre dientes.

—¿Por qué? Estoy harto de callarme. Toda mi vida he dejado que los demás decidan por mí —dijo cogiendo su copa—. Voy a cumplir treinta y tres años y aquí estoy, perdiendo un tiempo que no tengo.

Julio lo miró con tristeza.

—Lo siento muchísimo, Matías —dijo.

—¿Por qué no puedes superarlo por una vez? —dijo su amigo—. ¿Te crees que tu abuelo va a venir a comprobar con quién te acuestas? Solo teníais que mantenerlo en secreto un tiempo.

—¿Estás diciendo que deberíamos habernos escondido como ladrones para que mi abuelo soltase la pasta? —Julio lo miraba decepcionado.

—¡Sí, eso digo! —exclamó su amigo—. Llevo toda mi vida arrastrándome detrás de ti. Cada decisión que has tomado me ha llevado a caer un peldaño más abajo. Tu honorabilidad arrasa con todos los que tiene a su alrededor. No hace distinciones de ninguna clase.

—Nunca te obligué a seguirme —dijo Julio.

—No, tú nunca obligas a nadie a seguirte. Te seguimos porque te queremos —dijo Matías dejándose caer en la silla—. Y tú ni te paras a pensar en lo que nos haces con tus decisiones.

—¿Pensáis como él? —preguntó mirando a Sofía y a Cata.

Ninguna de las dos levantó la mirada del plato y Julio apartó el suyo con violencia.

—No renunciaré a la persona que amo por este maldito proyecto —gritó poniéndose en pie para salir del comedor—. ¿Qué clase de persona sería si me plegase a su chantaje? Si es lo que queréis, lo siento, porque jamás aceptaré algo así.

—Os habéis pasado tres pueblos —dijo Pablo cuando su primo se marchó.

—La culpa la tiene tu abuelo —dijo Cata.

—Por supuesto, pero lo que hay que hacer es buscar una alternativa, no pedirle que se someta a sus designios —dijo y después miró a su amiga fijamente—. Lo que no entiendo es por qué está en tu contra.

Anna se levantó y salió del comedor, no quería participar en aquella conversación y los demás la dejaron desaparecer conscientes de que no lo estaba pasando bien con la situación. Se dirigió a la biblioteca y cerró la puerta tras ella. Durante unos segundos permaneció con la espalda apoyada en la puerta. Sin dramas, utilizando el raciocinio, que siempre la había salvado en los momentos de más tensión. Incluso cuando era una niña.

Pasó por delante de las estanterías y fue revisando los libros que estaban al alcance de su mano. Si ella ocultase cartas en aquellos libros escogería algunos que su amante pudiese alcanzar sin necesidad de una escalera. Cogió varios títulos que comenzaban con la letra «o» y, después de varios intentos, encontró la carta dentro de las *Obras jocosas y satíricas*, de Ramón Mesonero. Desdobló la hoja y leyó con emoción:

«Amor mío:

He escuchado sus palabras detrás de la puerta y he visto tus lágrimas cuando has huido furtivamente por el pasillo. No permitiré que destruya tu vida, no podría soportarlo. Me marcharé de aquí para siempre y dejaré que mi recuerdo poco a poco se borre de tu memoria. Sé que mi partida será dolorosa al principio y debes pensar en esto que voy a decirte cuando estés con tus pensamientos. He tenido una vida mejor gracias a haberte conocido, porque gracias a ti he sabido lo que es amar a otro ser humano, sin medida. La muerte es nuestra compañera inseparable desde que nacemos y va con nosotros a todas partes. Sabe de nuestras aflicciones y nuestras alegrías y puede proporcionarnos consuelo cuando no hay ninguna otra salida. Me iré en silencio como llegué a tu vida y

solo te pido que no malgastes mi sacrificio. Vive. Vive y ama.

Por siempre,

D.L.».

Anna cerró los ojos y dejó que las lágrimas se deslizasen serenas por sus mejillas. Se acercó al escritorio y dejó el libro y la carta sobre la mesa. La puerta de la biblioteca se abrió y entró Cata como una exhalación, como siempre, sin complejos. Se acercó a su amiga y la abrazó con cariño.

—Sé lo que estás pensando —dijo sin separarse—. Sé cómo eres y ahora mismo estás dándole vueltas a la idea de hacerte a un lado.

Anna se dejó querer y descansó su cabeza sobre el hombro de su amiga.

—Matías está borracho —dijo la joven apartándose para mirarla a los ojos y asegurarse de que sus palabras penetraban la espesa capa de tristeza que la embargaba—. Mi madre nunca antepondría nuestro bien económico a los sentimientos de Julio. Así que deja de pensar ahora mismo eso que estás pensando.

—No pienso nada —dijo ella.

—¿Vas a mentirme? —Cata la miró decepcionada—. ¿Tan pronto rompes tu promesa? Dijimos que no nos mentiríamos. Nunca.

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas de nuevo.

—Tienes razón, no dejo de pensar que soy el único impedimento para que consigáis vuestro sueño y que sería tan fácil...

—Sabes lo que han hecho mis abuelos con mi madre, ¿verdad? La han hecho prisionera de sus errores. No lleva una bola atada con una cadena a su tobillo, pero es como si la llevara.

Cata parecía demasiado mayor en aquellos momentos y Anna sintió que su tristeza aumentaba por ello. Aquella adolescente debería estar pensando en cosas triviales, disfrutando de su grupo de música o de su serie preferida. Saliendo con sus amigas a divertirse, pensar en chicos y en maquillaje o deseando ser una famosa youtuber. Y sin embargo ahí estaba, tratando de ayudarla a salir del pozo en el que estaba.

—Eso mismo es lo que quiere hacer ese estúpido y egoísta viejo con Julio —dijo Cata—. ¿Y tú vas a permitirselo?

—Solo hemos estado juntos una noche —dijo Anna con la voz quebrada por las lágrimas—. ¿Merece una sola noche tal sacrificio por vuestra parte? ¿Por su parte?

—No sabemos lo que pasará con vuestra relación, eso no es lo que importa. Lo importante es que si Julio cede al chantaje de su abuelo tendrá que vivir bajo su yugo para siempre. Como nosotras.

—¿Por qué? —preguntó su amiga—. ¿Por qué no podéis libraros de ellos?

—Porque saben algo de mi madre que ella no quiere que se descubra —dijo la joven—. He tratado de averiguarlo por todos los medios que se me han ocurrido. Porque sé que ese es el único modo de que ella se atreva a plantarles cara.

Anna pensó unos segundos y se limpió las lágrimas.

—El nombre de tu padre —dijo de pronto.

Cata asintió.

—Está claro —dijo.

—¿Y no tenemos ni idea de quién pueda ser?

Cata negó con la cabeza. Anna se dirigió hasta el sofá y se dejó caer agotada. La tensión la había dejado sin fuerzas.

—He encontrado la última carta —dijo mirando a su amiga—. Está sobre la mesa.

Cata fue hasta el escritorio y la leyó.

—Dios —susurró yendo a sentarse junto a Anna—. ¡Se suicidó!

Anna asintió.

—Creo que Benita descubrió que su marido tenía una relación homosexual y amenazó con denunciarlo. ¿Te imaginas lo que hubiese sido para esos dos hombres en aquella época? ¿Con una posición tan cercana al rey, del Marqués de Pozo Frío?

—¡Qué horror! —exclamó Cata releendo la carta.

—Su muerte debió trastornar a Federico.

—E hizo responsable a Benita —susurró Cata—. Por eso la mató.

Anna asintió.

—Un hombre en su sano juicio no estrangula a su esposa delante de su hijo de siete años. Está claro que el dolor lo enloqueció.

—Y por eso el rey lo indultó —dijo Cata.

Su amiga asintió y después de un rato en silencio, en el que las dos pensaron en el puzle al que acababan de colocar la última pieza, Anna miró a la joven y le sonrió.

—Gracias, Cata —dijo mirándola con ternura—. Eres una excelente mejor amiga.

—Anda ya... —dijo la otra sentándose junto a ella y pasándole un brazo por los hombros—. Lo que tenemos que hacer ahora es encontrar una solución.

Anna asintió.

—Una solución para todos nuestros problemas.

Capítulo 19

Cuando Anna entró en su habitación, pasada la medianoche, no se sorprendió al encontrar a Julio tumbado en su cama, con las manos debajo de la nuca, mirando al techo. Ella se acercó, se quitó los zapatos y se tumbó junto a él boca abajo, apoyándose en los codos para poder mirarlo.

—¿Dónde estabas? —preguntó girando la cabeza para mirarla a los ojos.

Anna lo observó, tenía un aspecto triste pero sereno.

—Hemos estado revisando los documentos que faltaban —dijo.

La expresión de sorpresa en el rostro de Julio mostraba a las claras que no era aquella la respuesta que esperaba.

—Te voy a contar toda la historia de tu tatarabuelo —dijo Anna.

Julio la miró sorprendido.

—No es que me importe mucho eso ahora mismo —dijo.

—Lo sé —respondió ella—, pero a Pablo se le ha ocurrido una idea y creo que puede funcionar. Además, se lo debes a Federico, de algún modo eres parte de él.

Cuando acabó la historia los dos estaban sentados en la cama, frente a frente.

—Todos fueron víctimas de su época —dijo el ex-senador conmocionado por tanto sinsentido.

—Y de ellos mismos también —dijo Anna—. En todas las épocas ha habido personas dispuestas a permitir que los demás fuesen felices. Y también personas empeñadas en impedirlo.

—Mi abuelo sería una de esas personas.

—Tu abuelo, los padres de Sofía, mis padres... —dijo Anna—. Todas esas personas tienen algo en común.

—¿Que son gilipollas? —preguntó él torciendo una sonrisa.

—De algún modo se sienten poderosas aplastando a los demás —dijo Anna—. Pero no siempre se salen con la suya. Con nosotros no lo van a lograr.

Se puso de rodillas en la cama y se quitó el vestido lanzándolo lejos. Julio no se hizo de rogar y se incorporó desabotonándose la camisa y lanzándola al mismo lugar al que había ido la ropa de ella. Anna le rodeó el cuello con los brazos para besarlo y él respondió mordisqueándole suavemente el labio inferior obligándola a abrir la boca. Anna sintió el roce de su lengua y lo dejó explorar mientras deslizaba sus manos hasta el cinturón de su pantalón. Julio bajó las

manos por su espalda hasta su cintura encendiendo sus sentidos y continuó hasta posar las manos en su trasero. Anna sentía su erección presionando contra sus muslos y se estremeció al recordar lo que vendría después.

Sin dejar de acariciarla Julio la tumbó sobre la cama y se colocó sobre ella cambiando la posición de sus manos y deslizando una de ellas dentro de sus braguitas.

—¡Dios! ¡Cómo te deseo! —exclamó él al ver cómo se retorció en sus manos.

Anna sentía que iba a perder la cabeza, le faltaba el aire y el ansia la devoraba por dentro. Entonces él se giró con ella encima y la hizo sentarse sobre su pelvis.

—Soy todo tuyo —dijo con la voz ronca.

Anna se estremeció al tomar el control y empezó una suave y lenta aproximación mientras las manos de Julio se agarraban con suavidad y firmeza a sus pechos.

—¿Qué harás si no funciona? —preguntó Pablo a su amiga cuando estacionaron el coche junto a la entrada de la casa de sus abuelos.

—Me iré —dijo ella sin dudar—. No permitiré que les quite su sueño. Si Julio y yo tenemos que estar juntos podremos esperar...

—¿Y cuál es el plan? —dijo Pablo—. ¿Esperarías a que mi abuelo se muriera? ¿A que dejase de importarle? No lo veo.

Anna se encogió de hombros.

—Pues espero que funcione —dijo sonriendo con tristeza.

Su amigo estiró el brazo y la atrajo para darle un sonoro beso en la mejilla.

—Haremos que funcione —dijo mirándola a los ojos antes de bajar del coche.

Rodearon el edificio principal y fueron hasta el jardín de atrás, donde Pablo pensó que estaría su abuela. La anciana revisaba sus plantas como todos los días y se volvió al escuchar pasos que se acercaban.

—¡Pablo! ¡Anna! —exclamó al verlos—. ¡Qué sorpresa!

Su nieto la abrazó con cariño y luego dejó que Anna la saludara. La bibliotecaria sonrió a la mujer y aceptó sus muestras de cariño devolviéndoselas con sincero afecto.

—¡Qué alegría! —dijo la mujer—. Venid, vamos a pedirle a Mariana que nos prepare algo...

—Antes quiero hablar con el abuelo —dijo Pablo—. ¿Está en su despacho?

La anciana frunció el ceño al ver a su sobrino tan serio.

—¿Pasa algo, Pablito?

—No, abuela, no pasa nada. Tenemos que hablar de negocios, ya sabes.

—¿Y tú, Anna? ¿Te quedas conmigo?

Anna asintió.

—Me encantaría tomarme un café con usted, y si Mariana ha hecho de esas deliciosas pastas que probé cuando estuve aquí...

—¡Pues claro, hija! —dijo Lucía agarrándose de su brazo—. Anda, Pablo, tú ve con Juan, está en su despacho, sí. Y nosotras a buscar a Mariana.

El abuelo Plazola estaba leyendo el periódico, como hacía todos los días antes de ponerse a trabajar. Pablo entró sin llamar y la expresión en el rostro del anciano fue más que elocuente en un primer momento, mostrando el cariño enraizado que sentía por su nieto, pero enseguida la borró para poner otra mucho más severa.

—¿Qué haces aquí? ¿Y tu abuela?

—Está con Anna —dijo Pablo acercándose hasta la mesa y sentándose frente al robusto escritorio—. Ella la entretendrá hasta que acabemos de hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —dijo el abuelo con exasperación.

Pablo lo miró en silencio durante unos segundos. No trataba de hacer que se sintiera incómodo, tan solo se preguntaba quién era aquel viejo que tenía delante, porque no lo reconocía.

—He venido a contarte una historia —dijo.

—¿Una historia? —preguntó el otro.

—Sí —dijo Pablo—. La historia de tu bisabuelo Federico, Marqués de Pozo Frío.

Juan abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué sabes tú de mi bisabuelo? Anda, márchate de aquí antes de que me enfade...

—Escúchame bien, abuelo. Podemos hablar tranquilamente tú y yo, o llamo a la abuela y se lo cuento todo. Tú decides.

Juan contrajo los músculos de la cara que aún le respondían.

—Habla de una vez —dijo haciéndole un gesto con la mano.

—Hemos estado revisando documentos antiguos...

—¿Hemos? ¿Quiénes? —le interrumpió.

—Ya sabes quiénes. Sofía, Cata, Anna y yo.

—¿No había más gente para meterse en cosas que no les incumben?

—Abuelo...

—Está bien, ya me callo, pero ahórrame los detalles y límitate a lo que has venido a decir.

—Federico Plazola y Daniel Luca crecieron juntos —empezó a contar su nieto—. Daniel tenía su misma edad. Era hijo de alguien del servicio de sus padres, aún no hemos podido averiguar de quién, la cuestión es que a Federico no le importaba eso porque no tuvo nunca entre sus defectos el del esnobismo. Gracias a su influencia, Daniel pudo estudiar y labrarse un futuro. Su amistad se mantuvo a lo largo de los años, hasta que al cumplir los veintitrés ocurrió algo que cambiaría sus vidas para siempre.

El abuelo observaba a su nieto con las manos enlazadas sobre su prominente barriga, con más o menos desinterés.

—Descubrieron que se amaban.

Juan Plazola empalideció hasta que no quedó ni una gota de rubor en sus mejillas.

—¿Qué canallada estás diciendo? —dijo entre dientes.

—Federico y Daniel se amaban —repitió Pablo.

Juan dio un fuerte golpe en la mesa provocando que el periódico saltase y que su nieto diese un respingo. Pablo se mantuvo inmóvil en su silla con la mirada fija en su abuelo.

—Estoy seguro de que a la abuela le encantaría escuchar todo lo que he venido a decir, el único motivo de que ella no esté aquí es que prefiero llegar a un acuerdo contigo. Pero si vuelves a interrumpirme saldré de este despacho y se lo contaré todo. Todo. Incluso que has chantajeado a tu nieto para que deje a la mujer que ama, porque quieres vengarte de ella por haberme defendido. Estoy seguro de que a la abuela no le gustará nada descubrir esa otra cara del hombre con el que ha vivido cincuenta años.

Juan apretó los labios y respiró hondo por la nariz.

—¿Continúo? —preguntó Pablo. Su abuelo asintió ligeramente—. Bien. Nos hemos quedado en los veintitrés años de Federico y Daniel. Estamos en 1896. Como comprenderás, aquellos dos hombres no tenían ninguna posibilidad de vivir una relación sana y libre. Federico pertenecía a una familia influyente y había muchas miradas puestas en él. Los dos hombres sabían que debían mantener las apariencias y decidieron que Federico debía casarse. Benita Ortega era una joven de buena familia que había puesto sus ojos y también sus afectos en el guapo Federico. Por lo que hemos podido averiguar no era nada afeminado y resultaba muy atractivo para las mujeres. Benita y Federico se casaron y ella tuvo que aceptar, como un apéndice de su marido, a su buen amigo Daniel Luca, que pasó a convertirse en su secretario instalándose en la casa del matrimonio.

Pablo hizo una pausa por si su abuelo quería decir algo, pero Juan Plazola se había prometido no volver a interrumpirle para que acabase cuanto antes.

—Durante años vivieron en familia, el matrimonio y el amante. Al principio

Federico se preocupó de mantener las apariencias y cuidaba los detalles con su esposa, haciéndola sentir una mujer más o menos deseada. Pero es agotador mantener mucho tiempo una mentira y poco a poco su esposo se fue distanciando de ella. Sobre todo, después de nacer su primer y único hijo varón, que lo libraba de la incómoda obligación de tener que procrear para asegurar la continuidad de su apellido y de las apariencias. Mientras Federico se distanciaba de Benita, Daniel estaba cada vez más unido a su esposo. Los dos desaparecían durante horas dejándola sola con el niño. Benita sabía que su marido la engañaba y al principio pensó que Daniel era su tapadera. Creyendo, la pobre, que cuando se marchaban juntos en realidad Federico iba a encontrarse con otra mujer. Esto lo sabemos porque hemos leído la correspondencia que mantenía con su buena amiga, la infanta María Isabel de Orleans. Hasta que un día siguió a los dos hombres y descubrió la verdad.

—¿Y eso también se lo contó a la infanta? —preguntó Juan entre dientes.

Su nieto negó con la cabeza.

—No, supongo que resultó demasiado humillante para ella y trató de solucionarlo de otro modo. En 1903 Benita tramitó una denuncia contra su marido por conducta deshonesta —dijo Pablo muy serio—. Hemos leído la denuncia.

El abuelo asintió haciéndole un gesto para que continuase.

—Pero aquella denuncia se retiró, por supuesto. Federico era el Marqués de Pozo Frío y una persona muy cercana a María Cristina de Habsburgo y a su hijo Alfonso XIII. Yo creo, aunque esto no esté documentado, que a Benita la debieron llamar al orden porque después de este hecho se mantuvo en un segundo plano hasta 1909, año en el que escribió una carta a María Isabel de Orleans que ha sido el documento más esclarecedor de todos los que hemos podido leer. Incluso más que las cartas que escondió Daniel en los libros.

Pablo se llevó la mano al bolsillo superior de la camisa y sacó varios papeles doblados que le ofreció a su abuelo.

—He hecho fotocopia de la carta por si quieres leerla —dijo.

Juan no hizo siquiera el gesto de coger los papeles y Pablo los dejó sobre la mesa.

—En ella le explica a su amiga el calvario que vive, presa de un matrimonio sin amor, con un hombre que ama a otro hombre y un hijo al que detesta. Le cuenta que intentó denunciarlo, pero que el propio rey la llamó al orden. La carta tiene como finalidad pedirle ayuda para una nueva acometida, esta vez contra Daniel Luca, el eslabón débil de la cadena. Le dice que sabe que con su destrucción se granjeará el odio de su marido y le pide ayuda para cuando llegue ese momento, porque teme por su propia seguridad. Asegura que ha visto la

muerte en los ojos del marqués, pero que no cejará en su empeño porque no puede seguir viviendo en la ignominia a la que la somete. No hemos encontrado la respuesta de la infanta y tampoco el más mínimo rastro de una denuncia contra Daniel Luca. Y sabemos que Federico la asesinó pocos días después de la fecha en que fue escrita la carta.

—Ese pervertido la mató para hacerla callar —dijo Juan con desprecio.

Pablo asintió.

—Creemos que Daniel interceptó la carta y, viendo lo que iba a ocurrir, se suicidó.

Pablo miraba a su abuelo a los ojos y no percibió el más mínimo cambio en su expresión.

—Después de eso —continuó—, Federico perdió la razón y mató a Benita junto al pozo y a la vista de su hijo. Tu padre. Un niño de siete años que, probablemente, fue testigo mudo de todo aquel drama. Hemos encontrado dibujos que hizo para Daniel y por algunos detalles creemos que el secretario y el niño se tenían afecto. Su madre nunca lo quiso y su padre era un hombre atormentado que no tenía tiempo para dedicarle.

Juan se miró las arrugadas manos con ojos cansados. Pronto cumpliría ochenta años y sabía que su vida se acercaba a su fin. Había vivido mucho y todas esas cosas que había vivido seguían perennes en su memoria. Pero cada día se preguntaba cómo era posible que las que estaban más vívidas y frescas fueran las que restaban. Recordaba a su padre como un hombre severo, de mirada penetrante y fría. Jamás tuvo una palabra amable para él. Todo lo que hacía le parecía mal y siempre estaba presto a criticarlo por ello. No conoció a su madre, por lo que jamás supo lo que era el cariño hasta que Lucía entró en su vida. Una mujer robusta y fiel, con el instinto maternal grabado a fuego en su vientre y en su cerebro. Ella caldeó su frío corazón, supo mostrarle otros modos. Le enseñó a abrazar, a besar, a confiar.

—Tu padre fue un hombre cruel porque la vida no lo trató demasiado bien —dijo Pablo—. No sabemos cómo fue su vida tras de la muerte de Daniel y de su madre, pero es bastante seguro que no fue fácil vivir con Federico después de eso.

El abuelo torció una sonrisa.

—Somos lo que la vida hace con nosotros —dijo.

—Cierto. Pero él tenía una excusa —dijo su nieto con dureza—. Tú has vivido rodeado de belleza y has tenido a tu lado a un montón de personas que te han querido. Tu infancia fue dura, pero cuando huiste de aquello conseguiste construir una vida increíblemente valiosa.

Juan Plazola miraba a su nieto con ironía en los ojos.

—¿Y crees que porque me has contado todo esto voy a perdonarte?

—¿Perdonarme? —dijo Pablo desconcertado—. ¿Por qué habrías de perdonarme a mí? Yo no he hecho nada malo.

—Nunca admitiré que mi nieto, sangre de mi sangre, sea un perverso.

Pablo sonrió al tiempo que negaba por la cabeza.

—Tú no tienes nada que decir. Eres mi abuelo y te quiero, a pesar de tus defectos, pero no necesito que apruebes mi manera de vivir —dijo su nieto—. No he venido a convencerte de nada y mucho menos a pedirte perdón, he venido a devolverte tu chantaje.

El abuelo frunció el ceño y apretó los dientes, consciente al fin de que tenía enfrente a un rival, no a un inferior.

—Vas a dejar que Julio abra un hotel en el Palacio de Pozo Frío. No es necesario que inviertas nada en el proyecto, tiene inversores suficientes. A cambio, nada de todo esto saldrá nunca de la familia —dijo Pablo.

—¿Me estás amenazando? —dijo el anciano.

—¿No es evidente? —dijo su nieto—. Mi intención y la de los demás no es aprovecharnos, como ya has visto. Tan solo queremos que nos dejes en paz.

Pablo se puso de pie.

—Ya le dije a tu primo que puede abrir el hotel, pero esa Anna tiene que apartarse de mi familia.

—No, abuelo —dijo Pablo—. Anna no se va a ninguna parte. Anna y Julio están enamorados y vas a dejar que sean felices juntos. No sabía lo que había pasado con ella, no me lo contaron hasta ahora. Quería mucho a esa chica, pero ahora la quiero muchísimo más. Ella es la que me ha ayudado a perdonarte y gracias a ella he podido venir a hablar contigo, algo que me juré que no haría nunca. Estoy seguro de que encontraríamos un escritor dispuesto a contar la historia del Marqués de Pozo Frío —dijo mirándolo fijamente—. Y la de su único hijo. Y la de su nieto...

El viejo soltó el aire por la nariz como un toro preparándose para embestir.

—¿Cuántos años crees que le quedan a la abuela? —Pablo se puso serio—. ¿Después de todo lo que ella ha hecho por ti vas a destrozarle sus últimos años de vida?

Su nieto movió la cabeza negando y se dio la vuelta para ir hasta la puerta.

—Ya no eres mi héroe, ese título te venía grande, pero eres mi abuelo y yo soy tu nieto, sé que los dos podremos conformarnos con eso.

Abrió la puerta y salió dejando al anciano con sus pensamientos.

Capítulo 20

Sofía bajó las escaleras de mármol acariciando la piedra suave y fría. Le había prometido a Anna hacerlo, pero le iba a resultar más difícil de lo que había imaginado. Atravesó el hall y caminó hasta el despacho en el que trabajaba Matías. Tocó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—¿Te molesto? —preguntó.

Su amigo levantó la mirada del montón de papeles que estaba revisando y negó con la cabeza.

—¿Qué necesitas? —preguntó volviendo a bajar la vista.

—Que dejes eso un momento —dijo ella—. Ven, vamos a sentarnos aquí.

Fue hasta el sillón y se sentó en el escabel esperando que él lo hiciese en el sillón. Matías tiró el bolígrafo sobre los papeles al tiempo que se levantaba y atravesó el despacho hasta donde ella lo esperaba.

—¿Qué ocurre? —dijo sentándose obediente—. Para regañarme por lo del otro día no hace falta que te pongas tan ceremoniosa.

Sofía negó con la cabeza.

—No es eso de lo que quiero hablarte —dijo.

Matías empezaba a preocuparse.

—Es algo muy delicado —dijo ella buscando la manera de abordar el tema.

Su amigo la miraba desconcertado y confuso.

—¿Pasa algo grave? ¿Estás enferma? ¿Es Cata? —dijo angustiado—. ¿Cata está enferma?

—No, no, tranquilo, nadie está enfermo —dijo su amiga, sonriendo con ternura al ver su preocupación.

—¡Joder, Sofía, habla de una vez, que me estás poniendo malo!

—Está bien, esta bien, ya va.

Sofía sopló como si estuviese haciendo un gran esfuerzo físico, volvió a coger aire y otra vez sopló. Matías no dijo nada, dispuesto a callarse hasta que ella dijese lo que fuera.

—Yo nunca quise... No...

Se puso de pie y se paseó por el despacho. Había mantenido el secreto tanto tiempo que era como si tuviesen que sacárselo con unas tenazas.

—Eres el padre de Cata —dijo al fin.

Matías abrió la boca y los ojos como si quisiera expulsarlos de su cara.

—¿No vas a decir nada? —dijo ella y, al ver que no hablaba, volvió a

sentarse en el escabel—. Sé que te juré que no era tuya, pero hacía dos años que no nos veíamos y tú tenías un futuro brillante por delante...

Matías la miraba muy serio, con una expresión desconocida para ella.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —dijo, dolido—. Me lo juraste.

—Lo sé, Matías, lo sé. Pero ¿qué podía hacer? Mi vida era un desastre. Tenía dieciocho años, mis padres me dieron de lado. ¿Cómo iba a arrastrarte conmigo? ¡Tus padres te enviaron a Londres para alejarte de mí!

—¿Y eso te daba derecho a privarme de saber la verdad?

Se puso de pie con las manos en la cabeza, poco a poco la idea de que tenía una hija se iba haciendo sitio en su mente y el dolor que arrastraba crecía de un modo insoportable. Sofía se levantó también y trató de cogerle del brazo, pero él se apartó de ella.

—Escúchame, Matías; escúchame, por favor. Tú te marchaste y pasé por todo aquello yo sola. Lo peor ya había pasado, ya había asumido el papel de madre soltera. ¿Sabes lo que me costó eso? ¿Sabes lo que habría supuesto para ti?

Él se volvió hacia ella furioso.

—¡Hubiese vuelto si me lo hubieses dicho! —gritó.

—¡Lo sé! —gritó ella también—. Pero de haberlo hecho te habría destrozado la vida.

—¿Otra vez con eso? —dijo él—. Pero ¿qué derecho tenías a decidir por mí?

Sofía no dijo nada y bajó la cabeza. Después se sentó de nuevo, agotada.

—Solo quise que uno de los dos tuviese la vida que había planeado —dijo con la voz rota—. Hablamos tantas veces de cómo sería nuestra vida...

—Pero en ese futuro siempre estábamos juntos —dijo con rabia—. Tú decidiste por los dos. Tú me robaste mi vida.

—Matías —susurró ella sintiendo que se le rompía el corazón—. No me digas que mi sacrificio fue en balde. Tienes que perdonarme, no podría soportar que no me perdonases.

Él movía la cabeza, nervioso. No quería perdonarla, no tan fácilmente. Pero había una vocecilla en su interior que le gritaba que era un cobarde y un hipócrita. Después de calmarse volvió al sillón y se sentó frente a ella.

—Cuando regresé de Londres y me enteré de que habías tenido una hija y te habías marchado de tu casa me pregunté si sería mía —dijo Matías mirándola a los ojos—. Y me entró pánico.

—Viniste a verme enseguida —dijo ella asintiendo—. Decías que querías saberlo, pero yo sabía que estabas aterrado ante la idea de ser el padre.

Matías cerró los ojos un instante, avergonzado por su cobardía.

—Habían pasado dos años —susurró—. Dos años sin saber nada de ti. No contestaste a mis cartas, no respondías a mis llamadas de teléfono. Cuando me dijiste que no era el padre sentí alivio, no estaba preparado para...

Sofía puso una mano encima de las de su amigo.

—No te preocupes —le interrumpió—. ¿Crees que si yo hubiese podido huir no lo habría hecho?

Matías cogió su mano y la sostuvo con delicadeza, jugando con sus finos dedos.

—Estaba enamorado de ti —dijo y levantó la mirada clavándola en sus ojos—. Nunca te engañé.

Sofía asintió y apartó su mano y su mirada temiendo que pudiese percibir algo que no quería mostrar.

—¿Por qué me lo has contado ahora? —dijo él entrecerrando los ojos.

—Sabes que mis padres me han obligado a firmar un contrato que me tiene completamente a su merced.

Matías asintió y Sofía se mordió el labio, nerviosa.

—Me amenazaron con contarle a Cata quién era su padre si no cumplía con todas las exigencias que ellos me imponían para saldar mi deuda —explicó—. Yo podría conseguir el dinero y devolvérselo, pero igualmente me tendrían cogida con eso.

—Comprendo —dijo Matías—. Vas a decírselo a Cata.

—Tengo que hacerlo —dijo ella mirándolo de nuevo a los ojos—. Le diré la verdad, que tú no lo has sabido hasta ahora.

—Me odiará igual, y lo sabes —dijo él—. Pero es justo.

—No quiero que te odie, pero es el único modo de librarnos de ese yugo.

Sofía se levantó nerviosa y se dirigió a la puerta.

—Espera —la detuvo Matías—. ¿Me querías?

Sofía asintió. Él estaba demasiado cerca y ella tenía demasiadas ganas de llorar.

—¿Te haces una idea de lo mal que lo pasé? ¿En un país extraño, sin conocer a nadie y con el corazón hecho trizas porque la chica a la que amaba había dejado de quererme?

—Si te sirve de consuelo —dijo ella sintiendo las lágrimas resbalar por sus mejillas—. Para mí no fue muy divertido tampoco.

Matías interceptó una de aquellas lagrimas y después limpió con sus manos las demás. Sofía las apartó con suavidad, no quería ser brusca, pero no podía soportar su contacto, le hacía más daño del que hubiese querido mostrar.

—Todavía sientes algo por mí —dijo él mirándola con fijeza.

Sofía no respondió, se dio la vuelta y salió corriendo de allí. Matías se

mantuvo inmóvil durante mucho rato con la mirada clavada en aquella puerta cerrada.

—¡Matías no, mamá! —exclamó Cata cuando le contó toda la historia—. ¡Tenía que ser Julio!

Sofía la miró desconcertada.

—¿Julio? Pero ¿de dónde te sacas tú eso?

Cata se encogió de hombros.

—Estaba claro que tenía que ser uno de ellos, y puestos a elegir...

—¿En serio te lo vas a tomar así?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que montase un drama? —preguntó su hija sonriendo—. Que estamos hablando de que mi padre es uno de tus mejores amigos, no de que sea un asesino en serie.

Sofía se recostó en el sillón con las manos en la boca ahogando una ristra de palabras malsonantes, que era lo único que le apetecía decir. Después de estar aguantando el chantaje de sus padres durante meses, por proteger a su hija, ahora resultaba que no tenía ninguna importancia para ella.

—Así aprenderás a no ocultarme cosas —dijo Cata yendo a sentarse a su lado y abrazándola—. Tienes los ojos como dos tomates, mira que eres tonta.

Anna rodeó la cintura de Julio cuando él la atrajo hacia sí y juntos contemplaron la puesta de sol en Pozo Frío.

—¿Crees que Sofía y Matías podrían volver a estar juntos? —preguntó Anna mirándolo.

Julio asintió.

—Estoy convencido de que él aún la quiere. Siempre ha salido con mujeres que se parecían a Sofía. En el fondo es con ella con quien quiere estar, pero creo que las dudas que tenía sobre Cata lo mantenían alejado. Ahora que ya sabe la verdad, es posible que se deje de sustitutas y vaya a por la original.

Anna sonrió con sincera alegría.

—Nunca pensé que Pablo pudiese conseguirlo. Estaba convencido de que tu abuelo le tiraría su chantaje a la cabeza.

—El viejo quiere mucho a mi abuela —dijo Julio—. Haría cualquier cosa por esa mujer.

Se colocó delante de ella para que lo mirase a los ojos.

—Pero deja de disimular, ya sé que Pablo tuvo ayuda —dijo con una irónica

sonrisa—. ¿Creías que no me enteraría?

Ella se agarró a su camisa y fijó la vista en uno de sus botones.

—Le pediste perdón —dijo rodeándole la cintura con sus brazos—. Dice Pablo que llegaste a conmoerlo.

Anna se encogió de hombros.

—En el fondo es un buen hombre. Tan solo había que escarbar un poco en la superficie para llegar hasta su corazón. Le hablé de mi infancia y eso me hizo conectar con el niño atormentado que lleva dentro. Ese odio a todo lo que tiene que ver con la homosexualidad le viene de su padre. Tu bisabuelo debió escuchar cosas horribles de su padre y del único hombre que lo trató con cariño cuando era un crío. A saber qué cosas le dirían para llegar a generar tal inquina contra ellos.

Anna apoyó la cabeza en su pecho y fijó la vista en el banco en el que había muerto Benita.

—Las peores palizas que recibió tu abuelo fueron por venir aquí —dijo, mientras Julio le acariciaba el cabello con ternura—. Sin embargo, seguía viniendo. Había algo aquí que lo llamaba.

Anna inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo y él sintió una oleada de ternura concentrada en aquellos ojos.

—¿Te quedarás conmigo? —preguntó muy serio.

—¿Me estás proponiendo un trabajo o que viva contigo? —dijo ella con cautela.

—Las dos cosas —respondió el ex-senador conteniendo el aliento.

Ella sonrió divertida.

—Está bien, pero con una condición —dijo muy seria.

—Adelante —la animó.

—Quiero que me dejes bajar por la barandilla de esa increíble escalera.

Julio la miró sin comprender.

—Desde que llegué al palacio no he dejado de pensar en eso, deslizarme sobre el mármol suave...

—¡Estás loca! —exclamó él—. Te romperías la cabeza si te cayeras desde arriba.

—No pensaba caerme —dijo ella arrugando la boca.

Él la miró con intensidad y Anna se sintió arrollada por una oleada de deseo. Quería a ese hombre como no había querido nunca a nadie, y no estaba acostumbrada a ese poderoso sentimiento. Julio entornó los ojos sintiendo la tensión que vibraba entre ellos. Se inclinó lentamente y rozó sus labios con la punta de la lengua. Ella rodeó su cuello con los brazos y se puso de puntillas para besarlo con pasión. El beso se fue transformando con una extraordinaria

ternura. Se convirtió en un beso tan largo que Anna sintió que se le doblaban las rodillas invadida por un inestable delirio. Sentía la dureza de su sexo dentro del pantalón, presionándola, y Anna deseó que se deshiciera de toda aquella tela que los separaba.

Cuando Julio se apartó de ella, Anna vio en sus ojos aquellos brillantes puntos rojizos y el ardor que desprendía su mirada.

—Ya no es mi primera vez —dijo ella con timidez.

—Joder, Anna —rugió él.

Volvió a besarla y al cerrar los ojos sus pestañas rozaron sus mejillas. Tenía tantas ganas de ella que empezaba a perder toda resistencia. Sus lenguas se enredaron y las manos de Julio se colaron dentro del pantalón apoderándose de sus nalgas y oprimiéndola con fuerza contra su extraordinaria erección.

—¿Estás segura? —preguntó cuando ella empezó a desabrocharle el pantalón.

Anna introdujo una mano dentro de su calzoncillo y le arrancó un gemido de placer como única respuesta.

—Hotel Palacio de Pozo Frío es un poco rimbombante, ¿no creéis? —dijo Cata.

—A mí me gusta —dijo Sofía—. Además, es como se llama, y quienes quieran alojarse aquí verán que tiene historia cuando lo busquen en Google.

Sofía miraba a Matías de reojo, su amigo estaba de pie frente a uno de los ventanales mirando al exterior.

—¿Tú qué opinas, Matías? —dijo Cata elevando un poco la voz—. ¿O tengo que llamarte papá a partir de ahora?

—¡Cata! —Su madre la miró reprobadora. Aquella niña era única poniéndola en evidencia.

Matías la miró sorprendido.

—Ven —dijo Cata—. Siéntate con nosotras.

Él se acercó y se sentó en el sofá donde la joven le había indicado. Ella estaba tumbada, como siempre, y dobló las piernas para dejarle sitio. Sofía estaba en un sillón frente a ellos. Esperaban a que Julio y Anna regresaran de su paseo para ir a cenar.

—¿Cómo lo llamarías tú? —preguntó Matías.

—No tengo ni idea —dijo la joven después de pensarlo un rato.

—¿Entonces? —Matías la miró sonriendo—. Si no tienes uno mejor, cállate.

—Ya deberías saber que yo solo me callo lo que quiero —dijo ella sacándole

la lengua.

—¿Sabes cómo se le llama a eso? Bocazas —dijo Matías sacándole la lengua también.

—¿Queréis parar? —dijo Sofía regañándolos—. Parecéis dos críos.

—Sí, mamá —dijeron los dos al unísono, y los tres se echaron a reír.

La puerta del salón se abrió y entraron Julio y Anna.

—Ya era hora —dijo Matías poniéndose de pie—. Me muero de hambre.

—Perdonad —dijo Anna—, se nos ha ido el santo al cielo.

—Ya veo, ya —dijo Matías caminando detrás de Sofía y de Cata hacia la puerta, para ir al comedor—. El santo se ha llevado dos botones de tu camisa, Julio.

Las risitas siguieron escuchándose durante unos segundos después de que salieron del salón.

—¿Quieres ir a cambiarte? —preguntó un poco avergonzada.

—Será mejor —dijo él sonriendo.

Anna asintió y lo vio salir del salón. Quiso quedarse allí sola un momento y observó cada detalle de aquella habitación como si fuese un tesoro. Quería crear muchos buenos recuerdos para guardarlos en el lugar que hay en todo cerebro para ese menester. Había mucho espacio libre en aquel cuarto y sería una delicia ir amueblándolo con dulces experiencias como la que había vivido esa noche.

La puerta del salón volvió a abrirse y Cata asomó la cabeza.

—¿No vienes? —preguntó.

Anna sonrió a su amiga y asintió. Cata estiró el brazo y ella corrió a refugiarse en él. Juntas salieron del salón y caminaron hacia el comedor.

—¿A ti te gusta el nombre de Hotel Palacio de Pozo Frío? —dijo Cata—. ¿No te parece pretencioso?

Querid@ lector@,

Hola, espero y deseo que hayas pasado un buen rato leyendo esta historia. Cuando empecé a escribir tan solo soñaba con que, algún día, mis letras encontraran lector@s como tú. No puedo más que agradecerte el que me hayas elegido entre las miles de lecturas que tienes a tu alcance. Nunca podré expresarte lo agradecida que me siento. Sé que no es muy habitual que esta clase de gestos sean agradecidos, pero quiero que tengas claro que gracias a tu elección has hecho posible mi sueño.

Al final de estas páginas podrás encontrar el primer capítulo de mi anterior novela, como suelo hacer siempre.

Estaré encantada de recibir tus impresiones sobre cualquier cosa que quieras contarme. Para ello aquí tienes mi mail: janawestwood92@gmail.com, al que puedes escribirme cuando gustes.

También puedes encontrarme en

Facebook: <https://www.facebook.com/JanaWestwood92>

Twitter: <https://twitter.com/JanaWestwood>

Y en Amazon: [relinks.me/JanaWestwood](https://www.amazon.com/relinks.me/JanaWestwood)

Me despido con un sentido abrazo y todo mi cariño. No olvides que tu opinión importa.

Jana Westwood

Capítulo 1

Tumbada en el brezal miraba el cielo y dibujaba con el dedo graciosas formas que él debía adivinar.

—La señora Hershaw —dijo el muchacho riendo.

—¡Es una vaca, tonto! —exclamó Caroline riendo también.

—Pues eso —dijo él apartándose para esquivar un manotazo—. Ven, vamos hasta la colina.

Echaron a correr retándose mutuamente como solían hacer siempre en todo aquello que acometían, ya fueran las matemáticas que les enseñaba la madre de Caroline o una carrera indómita a través de los prados.

—¿Tú crees en Dios, Braden? —Caroline miró a su amigo a los ojos con aquella mirada que tenía el poder de desarmar a quien fuese objeto de su atención—. No me refiero a creer lo que dice el reverendo Storey, me refiero a creer de verdad. A sentir en tus huesos que hay alguien que nos observa mientras estamos aquí sentados los dos solos.

El muchacho pensó durante un buen rato antes de responder.

—No, Caroline, no creo que haya nadie observándonos —dijo convencido—. Pero esto no se lo diría a nadie que no fueses tú. Mi madre me correría a zapatillazos si me oyera y mi padre me estamparía la botella de vino en la cabeza.

Caroline pasó un brazo por los hombros del chico y apoyó la cabeza en la suya.

—No te preocupes, Braden, no dejaré nunca que Dios se enfade contigo —dijo con seguridad—. Tu corazón es puro y Él lo sabe, no creo que le importe que tengas la cabeza tan dura. Además, yo estoy decidida a ablandártela.

—Será mejor que regresemos ya —dijo Braden poniéndose de pie—. Tu madre me castigará sin merienda si llegamos tarde.

Caroline sonrió al tiempo que se levantaba.

—Mi padre dice que dentro de unos años seré más alto que tú —dijo el niño que, teniendo un año más que Caroline, era mucho más bajo que ella, algo que le molestaba enormemente.

—Pero nunca serás más listo que yo —dijo Caroline echando a correr.

—«Buena gente cristiana, he venido aquí para morir, de acuerdo a la ley, y según la ley se juzga que yo muera, y por lo tanto no diré nada contra ello. He venido aquí no para acusar a ningún hombre, ni a decir nada de eso, de que yo soy acusada y condenada a morir, sino que rezo a Dios para que salve al rey y le dé mucho tiempo para reinar sobre ustedes, para el más generoso príncipe misericordioso que no hubo nunca: y para mí él fue siempre bueno, un señor gentil y soberano. Y si alguna persona se entremete en mi causa, requiero que ellos juzguen lo mejor. Y así tomo mi partida del mundo y de todos ustedes, y cordialmente les pido que recen por mí. Oh, Señor, ten misericordia de mí, a Dios encomiendo mi alma».

Amelia Wilkie había recitado de memoria el discurso que hizo Ana Bolena antes de ser decapitada, y los dos adolescentes la miraban extasiados mientras dejaban que su imaginación volase libre por aquellos lejanos días de la corte del rey Enrique VIII.

—Si la espada estaba bien afilada la reina no debió sentir gran cosa —dijo Braden.

—El rey hizo venir a un verdugo de Calais que tenía fama por su buen hacer en esos lances —explicó Amelia—. Normalmente los ejecutores utilizaban un hacha, pero este esgrimidor de Calais prefería la espada de doble filo. Además, se dice que urdió un ardid para distraer a la dama, pidiendo en voz alta a un criado que le trajese la espada cuando esta ya viajaba en dirección al suave y delicado cuello de la reina.

Caroline se llevó las manos al cuello, estaba pálida y sus ojos brillaban.

—¡Qué terrible desconsuelo morir a manos del hombre al que amas! —exclamó al tiempo que las lágrimas caían de sus ojos—. Abandonada por él y sin poder ver su rostro por última vez sabiendo que te

odia tanto como para desear tu muerte.

Braden la miró y movió la cabeza, estaba acostumbrado a su talento para el drama, debería haberlo previsto dado el tema de la clase de hoy.

Caroline se puso de pie y caminó hasta la ventana.

—¿Cuál sería su último pensamiento? Seguro que recordó algún momento feliz en el que se sintió amada —dijo y suspiró con honda pena—. O quizá la última imagen que se recreó en su mente fue un desplante o desprecio, aquel que dio inicio al fin del amor que rey y reina se profesaban.

—Caroline, vuelve a tu sitio —dijo su madre con voz cansada, y se dejó caer en la silla al sentir que perdía las fuerzas.

Braden se puso de pie rápidamente y fue a sostenerla al ver que se desmayaba.

En los años siguientes la salud de Amelia se fue deteriorando hasta acabar postrándola en una cama. Al principio siguió dando clases a los dos niños, aunque la asiduidad fue mermando con el paso del tiempo. Braden tenía que ayudar a su padre en la granja y cada vez tenía menos libertad para hacer lo que quería y Caroline debía ayudar a su madre que empeoraba a ojos vista. Aun así, los dos jóvenes seguían encontrado algún rato en el día para pasarlo juntos. Eran almas gemelas y se comprendían casi sin necesidad de emitir el más mínimo sonido.

El padre de Braden se equivocó por poco y cuando el muchacho cumplió los quince años ya era mucho más alto que Caroline.

—¿Hoy tampoco se ha levantado? —preguntó él.

Tumbados en el brezal miraban al cielo, como cuando eran niños, aunque ya no dibujaban vacas que confundían con orondas vecinas.

—Está muy débil —dijo Caroline sin apartar la vista de las nubes—. Quisiera poder subir por encima de ellas y alejarme tanto del suelo que todo el dolor que siento desapareciese.

Braden sabía lo que quería decir. Podía sentir la tristeza que emanaba de su cuerpo, la angustia por no poder hacer nada para impedir lo inevitable. Deslizó uno de sus brazos bajo su cuello para abrazarla.

—¿Cómo voy a vivir sin ella? —sollozó la joven apoyando la cabeza en su pecho.

Lord Cornforth bajó del carruaje con rapidez y atravesó los metros hasta la puerta que la señora Mathews mantenía abierta. La anciana mujer lo había visto llegar desde la ventana y había corrido con sus pasos cansados hasta la entrada.

—Dese prisa, lord Cornforth, la señorita no podrá resistir mucho más —dijo con tristeza.

Andrew Cornforth corrió a las escaleras y las subió de dos en dos. Hacía ya tiempo que había entrado en la madurez, pero seguía estando en plena forma. Cuando entró en la habitación en penumbra sintió un estremecimiento en su espíritu. Amelia yacía en el lecho con los brazos encima de la colcha. Su cuerpo se veía tan pequeño y delgado que le recordó la primera vez que la vio, cuando se la presentó Darrel Symmons.

—¿Quién es esa joven? —le preguntó Andrew Cornforth a su amigo Darrel Symmons.

—Amelia Wilkie. Es hija de un reverendo de Winpenham. Mi hermana la conoció hace unos meses cuando visitó a su amiga Lorelle Pushman y desde entonces no ha parado de decir que quería traerla a Southbourg. Es su buena obra para estas vacaciones.

Andrew se sintió atraído de inmediato hacia aquella joven que se movía etérea por el salón, paseando del brazo de la hermana de su amigo.

El heredero de los Cornforth no era un mujeriego, pero la atracción que sintió por Amelia Wilkie fue el sentimiento más auténtico que jamás tuvo por una mujer. A pesar de ser un hombre casado.

Su alma se estremeció al verla ahora tan desvalida y el peso de la culpa creció en su corazón. Se acercó despacio para no molestarla y ocupó la silla que había colocada junto a la cama. Con delicadeza cogió una de sus manos como si levantase una pluma, de tan poco que pesaba. Amelia abrió los ojos con lentitud, los párpados le pesaban y su respiración era lenta y difícil.

—Andrew... —susurró.

Lord Cornforth se llevó aquella escuálida mano a la boca y la besó con intensidad.

—Has venido —dijo Amelia, sin fuerzas.

—¿Cómo no me avisaste antes? —dijo él, visiblemente emocionado—. Habría enviado a mi médico...

Amelia negó lentamente al tiempo que sonreía.

—No hay tiempo para eso ahora —dijo utilizando las fuerzas que le quedaban—. No me queda mucho y tengo algo que pedirte.

—¿Para que ha venido ese hombre, Annie?

—Anda, acaba con esas galletas, que voy a meterlas al horno —dijo la vieja señora Mathews tratando de dar esquinazo a las preguntas de la joven.

—¿Va a estar mucho rato? —siguió interrogando Caroline—. No me gusta separarme de mi madre.

Annie miró a la joven con ternura, era una muchachita dulce y adorable que quería a su madre con devoción. Ninguna de las dos había tenido una vida fácil, ser madre soltera no te abría muchas puertas en la sociedad a la que pertenecían y menos siendo la hija de un reverendo. No importaba que todo el mundo en Winpenham sospechase quién era el padre, Amelia Wilkie jamás había dicho su nombre en voz alta a nadie.

Mientras vivió el reverendo las cosas fueron más llevaderas, pero al morir él la vida se volvió muy complicada para Amelia y los pocos que aún la trataban le dieron también la espalda. Si no hubiese tenido el poco dinero que le dejó su madre y no hubiese sido tan buena administrándolo, probablemente madre e hija se habrían muerto de hambre.

Annie movió la cabeza, disgustada, y aquel gesto no le pasó desapercibido a Caroline, que frunció el ceño y se acercó a la anciana con preocupación.

—¿Es él? —preguntó buscando insistente los ojos de la criada—. Annie, ¿es él?

La anciana se mordió el labio, culpable.

—¿Por qué lo has llamado? —preguntó Caroline furiosa—. ¡Debiste preguntarme!

—Fueron órdenes de tu madre —dijo la criada.

Caroline la miró sin dar crédito a lo que oía.

—No es cierto —dijo.

—Sí lo es, mi niña. Tu madre me pidió que lo hiciese venir. —Annie cogió la bandeja con la masa de las galletas para meterlas al horno.

Caroline negaba con una aterrada expresión en su rostro.

—Tu madre pregunta por ti.

La voz del hombre sonó en aquella cocina como un trueno y a punto estuvo de provocar una catástrofe con las galletas.

—Deberías subir —insistió.

Caroline lo miró con profundo desagrado pero, sin poder controlar su curiosidad, analizó cada uno de sus rasgos. Era muy guapo y de él había heredado la mitad inferior del rostro. Se propuso pasar junto a él ignorándolo por completo, pero su madre había sido muy cuidadosa con su educación y le fue imposible hacerlo. Se detuvo un instante para hacer una ligera reverencia antes de correr a las escaleras para subir a la habitación.

—Ven aquí, cariño. —Amelia trató de levantar el brazo pero las fuerzas no la ayudaron.

Caroline corrió a sentarse en la cama y cogió su mano, llevándosela a la cara en un gesto cariñoso.

—Tengo muchas cosas que contarte, pero no me queda tiempo —dijo la enferma—. He aguantado todo lo que he podido, hija, pero ya no me quedan fuerzas y debes dejarme ir.

Caroline sintió que las lágrimas anegaban sus ojos y por más que trató de retenerlas cayeron en una cascada imparable.

—¿Por qué le has hecho venir? —le reprochó—. Él no nos quiere, no deberías haberle llamado.

—Mi pequeña —dijo Amelia con tristeza—, no sabes nada de la vida. ¿Cómo voy a dejarte sola en este mundo tan cruel? ¡Solo tienes quince años!

Caroline negaba sin apartar la mano de su madre de su rostro.

—Escúchame, hija, él cuidará de ti. Se lo he pedido y ha aceptado...

—¡No! —exclamó la joven, aterrada—. ¡No quiero!

—¿Ya no me respetas? —dijo Amelia con severidad—. ¿Es eso? ¿Le has perdido el respeto a tu madre?

Caroline sollozó y negó con la cabeza.

—Entonces no vuelvas a contradecirme —dijo la moribunda—. Él es tu padre, el único pariente vivo que te queda. Cuidará de ti y deberás respetarlo y obedecerlo cuando yo ya no esté.

Los sollozos de Caroline arreciaban con cada palabra que escuchaba.

—Mi pequeña —repitió su madre recuperando la ternura con la que siempre le hablaba—, no puedo dejarte sola. Ahora no lo entiendes, pero cuando tengas hijos lo entenderás.

Amelia dejó de hablar, se sentía agotada y cerró los ojos un momento. Caroline notó que temblaba y se secó las lágrimas enfadándose consigo misma por ser tan egoísta.

—¿Tienes frío, mamá? —preguntó al tiempo que le metía los brazos bajo la colcha.

Amelia asintió con la cabeza y Caroline buscó más ropa con la que tajarla, pero al ver que no conseguía entrar en calor, se tumbó junto a ella y la abrazó. Amelia sonrió con dulzura, pero no volvió a abrir los ojos.

Solo estuvieron cinco personas en el funeral y una de ellas era el pastor que ofició la ceremonia. La gente que es cruel con los vivos también lo es con los muertos. Amelia se fue tal y como había vivido, silenciosa y sin reproches. Para Caroline la presencia de su padre en el entierro fue como un puñal que se hundía profundo en su corazón. Aun así lo atendió con educación y respeto, como habría deseado su madre. Regresaron juntos a la casa y le pidió a Annie que preparase el té, dispuesta a escuchar lo que tenía que decirle. Había meditado mucho y como buena hija de su madre aceptaría sus designios sin protestar y sin mostrar orgullo alguno. Si su madre había decidido que Lord Cornforth se asegurase de que no le faltase lo necesario, así sería.

—¿Quién era ese joven? —preguntó.

—Braden Locksley —dijo Caroline—, mi madre nos daba clase desde niños. Su padre y sus hermanos trabajan en las minas de los Forrester.

—¿Sois amigos? —preguntó.

Caroline asintió y Andrew frunció el ceño.

—Creo que lo mejor será vender esta casa. —Su padre se llevó la taza a los labios mirando a su alrededor como si estuviese evaluando los beneficios de aquel acto.

Caroline lo miró, desconcertada.

—¿Vender la casa? —preguntó sin comprender—. Aquí es donde vivo.

Andrew Cornforth la miró con aquellos ojos claros y sonrió.

—No puedes quedarte aquí sola —dijo—. Ventrás a Landrock Hoo conmigo.

Caroline abrió mucho los ojos y dejó su taza en la mesa por temor a que se le cayese de las manos.

—Eso no es posible —dijo ella rápidamente—, yo no quiero ir a Southbourg con usted.

El rostro de su padre mostró claramente su sorpresa. Miró a su alrededor, a la humilde casa en la que aquella jovencita había crecido. Ahora se le ofrecía la posibilidad de vivir en una gran mansión, una de las mayores propiedades del condado de Downham, y podía identificar la repulsión que le provocaba esa posibilidad con solo mirarla.

Andrew dejó su taza sobre la mesilla y utilizó la servilleta para limpiarse los labios. Después la miró muy serio y decidido.

—Le prometí a tu madre que cuidaría de ti —dijo—, y yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Ah, sí? —Caroline lo miró con desprecio.

Aquella mirada y el tono de su reproche hicieron empalidecer al hombre.

—Estoy seguro de que Amelia te dio una exquisita educación —dijo, severo.

Caroline levantó la barbilla en un acto reflejo de rebeldía y lo miró molesta porque la hubiese llamado

por su nombre.

—Mi madre era una mujer culta y educada y pudo encargarse de trasmitirme todo lo que ella sabía. También me enseñó a conocer mi sitio en el mundo, y resulta evidente que alguien como yo no encajaría en un lugar como Landrock Hoo.

—Pues haremos que encajes —dijo él muy serio.

Caroline apretó los labios y tensó la espalda.

—No deseo su ayuda, milord —dijo.

—No es tu potestad decidir eso —insistió su padre—. Como te he dicho, hice una promesa y jamás he faltado a una en toda mi vida.

Caroline le sostuvo la mirada, pero esta vez se mantuvo callada.